

**Roger-Pol
Droit**

Volver a ser niño

**Experiencias
de filosofía**

PAIDÓS

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Cita

Antes de empezar

Desbrozar

La bola de cristal

Ejercicio de definición

Lo que yo llamo el espíritu de...

No sabes hablar

La mica

Ejercicio de observación

El espíritu de la infancia no habla...

Hablar sin saber

Las Termópilas

Ejercicio de inatención

El espíritu de la infancia habla...

Desvariar

La trementina

Ejercicio de ilogismo

El espíritu de la infancia desvaría y...

Jugar sin fin

Maillot

Ejercicio de desapego

El espíritu de la infancia juega...

Emocionarse siempre

Kodak

Ejercicio de emoción

El espíritu de la infancia ríe-llorea

Entontecerse divinamente

La salvación del ángel

Ejercicio de incomprensión

Inepto como Dios

Vagabundear siempre

El metal rojo

Ejercicio de movilidad

El espíritu de la infancia es...

Reiniciar

Disolvente

Ejercicio de refrescamiento

El espíritu de la infancia es...

Extraerse del tiempo

Los budas

Ejercicio de eternidad

Lo exterior al tiempo reside en él
Extraerse de sí mismo
El Zorro
Ejercicio de salvajismo
El espíritu de la infancia no es...
Epílogo
El arte del desequilibrio
Pictogramas
Notas
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

SINOPSIS

Roger-Pol Droit nos invita en su nuevo libro a viajar a nuestra infancia para recuperar aquello que la define, su espíritu lúdico y creativo, inocente y alegre. A través de diferentes capítulos, el autor nos propone, mediante recuerdos de su propia infancia y reflexiones filosóficas, una serie de ejercicios que consisten, por ejemplo, en extraerse del tiempo, asilvajarse o jugar sin fin.



**Roger-Pol
Droit**

Volver a ser niño

**Experiencias
de filosofía**



En la infancia comprendemos las cosas como en un sueño; luego, de mayores, no sé por qué siempre volvemos a él como si rumiásemos, para extraer todo su jugo y su verdadero saber.

Leonardo Bruni d'Arezzo

De studiis et litteris liber, 1422

Antes de empezar

Toda infancia es un rompecabezas.

Imágenes, recuerdos, juegos, emociones, sensaciones... esas piezas al principio parecen separadas.

Poco a poco, descubrimos que encajan, que se juntan, que se combinan y se unen las unas con las otras.

Sin embargo, no distinguimos enseguida el dibujo que forman. Para lograrlo, se necesita un poco de paciencia. Y hay que aprender a ejercitar la mirada.

Este libro, a su manera, es un rompecabezas.

Algunas piezas evocan retazos de mi vida. Otras pretenden incitarte a encontrar tu propio camino, te proponen experiencias de pensamiento, acciones que debes intentar. Otras exponen reflexiones acerca del sentido de todos estos elementos.

Por lo tanto, se trata tanto de comprender como de experimentar.

De experimentar y comprender, ¿qué?

Que la infancia puede ser un tiempo pasado, pero que el espíritu de la infancia es un recurso perpetuo.

A medida que se vayan juntando las piezas del rompecabezas, verás que los diferentes textos forman un único texto.

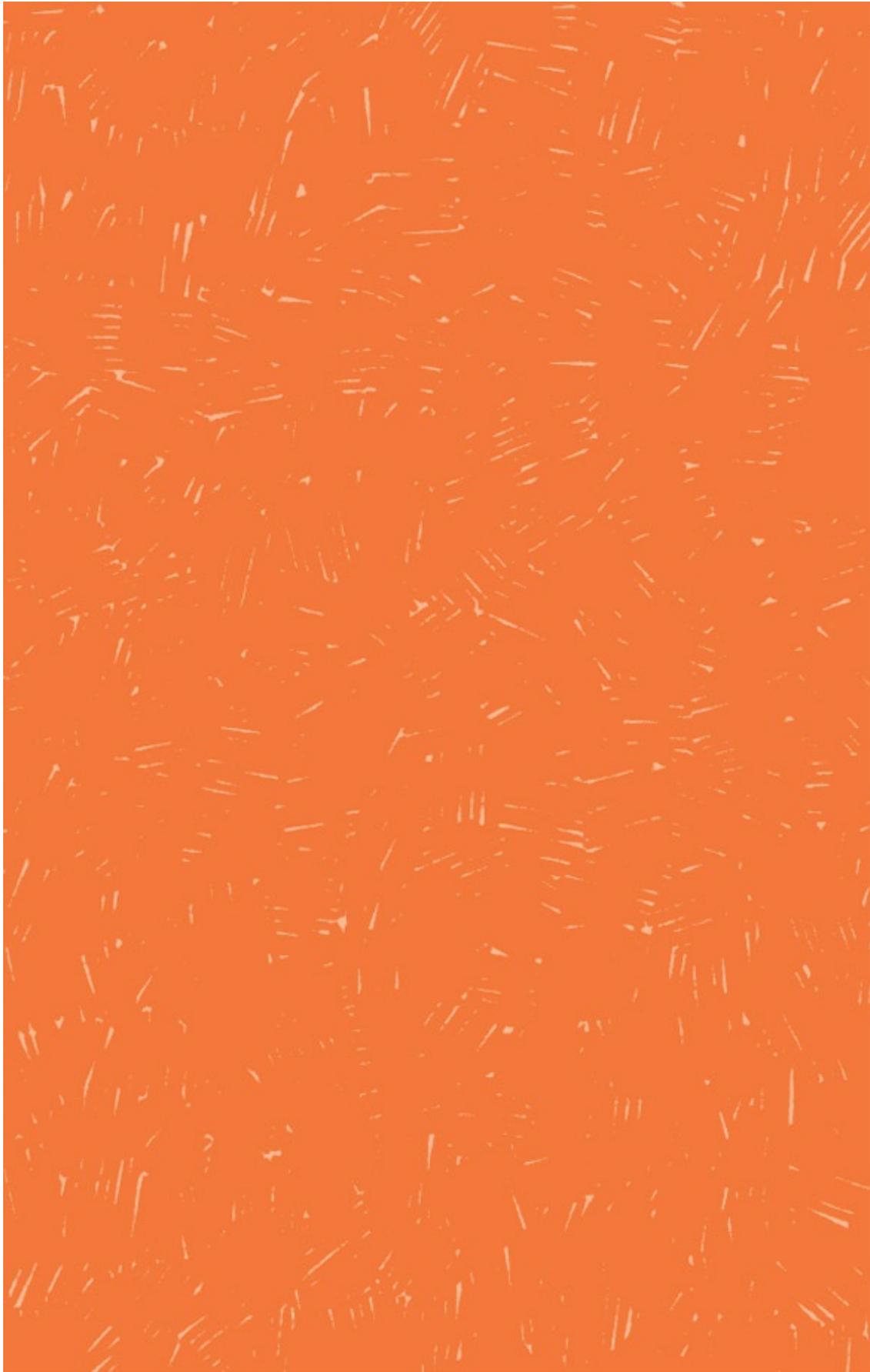
Y que el espíritu de la infancia no es necesariamente lo que crees.

¿Cómo es posible que los niños pequeños sean tan inteligentes y la mayoría de los hombres sean tontos? Debe de ser la educación.

Alejandro Dumas, hijo

Desbrozar





La bola de cristal

En mi escritorio tengo un pisapapeles de cristal.

Es esférico, o casi.

Es un objeto que he visto toda la vida.

No hay nada entre las cosas que uso habitualmente que sea para mí tan arcaico, tan primigenio, que esté tan arraigado en el fondo de mi memoria.

Dentro del cristal hay una flor de seis pétalos. No sabría decir exactamente si es azul eléctrico, azul marino o azul añil. Lo que es seguro es que es un pensamiento. Esa flor que se llama pensamiento.

Recientemente he sabido que esa flor figuraba a menudo en la categoría de objetos que sirven para decir «pienso en ti».

¿Quién pensaba en quién? No lo sé.

Esta bola de cristal pertenecía a mi madre, pero no sé de dónde la había sacado ni quién se la había dado.

Solo recuerdo que le tenía mucho cariño, que para ella era un objeto importante, muy querido.

De niño, me parecía que pesaba mucho, esos cientos de gramos me parecía que pesaban toneladas.

Durante años, me pasé horas y horas haciendo girar esa bola sobre una bandeja de metal.

De ese juego ha conservado las estrías, como una especie de pátina.

El cristal, en la parte superior, se ha vuelto mate. Se han incrustado una serie de rayas, unas esquirlas minúsculas, unas roturas de la superficie.

La flor, el pensamiento azul, ya no se ve bien. De lado se distingue mejor, pero ese ángulo deforma los contornos.

Esta bola me ha acompañado como un rosebud nunca extraviado ni roto.

Esta bola es exactamente igual que mi infancia: muda, y sin embargo parlante a su manera, aparentemente erosionada, pero inalterable.

Con un pensamiento dentro, venido de no se sabe dónde ni de quién, que ha atravesado el tiempo pero que es intemporal.

Un juego antiguo, sin palabras, que hace hablar.

Ejercicio

de definición

¿A ti qué te dice la palabra *infancia*?

Si oyes esta palabra, ¿en qué piensas inmediatamente? ¿En un recuerdo en particular, en una imagen de ti mismo en el pasado, en tus padres, en las personas que te criaron? ¿En un lugar, un objeto, un sabor, un olor? ¿En una sensación única, incomparable y secreta, enterrada en lo más íntimo de ti, en lo que te hace ser tú, como un elemento que perdura, frágil, pero incorruptible?

Yo, por definición, no lo sé. Eres tú quien debe buscarlo. Realmente.

Eres tú quien debe intentar responder, encontrar, recuperar o inventar.

Porque me gustaría no escribir este libro yo solo. Me gustaría que lo construyéramos juntos, paso a paso, página tras página.

Ya sé que seguramente te limitarás a leerlo. Me imagino que no garabatearás en los márgenes, que no intercalarás tus textos entre mis párrafos. Aunque bien mirado...

En todo caso, cada uno debería realizar estos ejercicios y meditaciones por su cuenta, a su manera, practicar los que yo propongo y poco a poco ir inventando los suyos. Cada uno tiene sus recuerdos, sus obsesiones, sus ternuras. Cada uno tiene sus reflexiones, sus ideas y sus asociaciones.

Si expongo los míos, o por lo menos algunos, no es para exhibirlos, y menos aún para imponerlos. Lo hago solo para dibujar un trayecto, una especie de camino de aproximación a ese enigma que llamamos *infancia*. No se trata de contar mi infancia, ni de volver a ella, ni de complacerme en ella.

Se trata más bien de reflexionar. Porque podría ser —y en realidad esta es la hipótesis de partida, el detonador que pone en marcha este recorrido— que no supiéramos, o que supiéramos muy poco de lo que pueda ser la infancia. Y eso hace que no la aprovechemos, que no saquemos de ella todo lo que podríamos sacar. No aprovechamos el espíritu de la infancia porque creemos saber lo que son los niños y la niñez. Nos sentimos seguros y tranquilos, ya sea por costumbre o por pereza..., o por las dos cosas a la vez. Esa comodidad idiota es lo que hay que empezar a sacudir, a resquebrajar, a deshacer. Más vale empezar a buscar. Retomar la pregunta, y empezar a desbrozar.

Este término tan corriente, tan banal, que empleamos continuamente, *infancia*, ¿qué sentido tiene para nosotros? ¿Qué definición darías tú?

El vocabulario corriente nos proporciona los primeros indicios: los niños, todos singulares, todos diferentes, tienen en común la *infancia*. La palabra puede designar a un conjunto de niños (la infancia diabética, huérfana, obesa, etc.). Más comúnmente, es el periodo de la vida humana que va del nacimiento a la madurez.

La infancia sería el tiempo de la simplicidad («un juego de niños», «la infancia del arte»), el tiempo del capricho y del candor («no te hagas el niño», «una mirada infantil»), el tiempo de la inferioridad («salir de la infancia», «volver a ser como un niño»).

Rumia estos elementos. Pregúntate si te convienen o no, y por qué. Esboza tu primera definición.

La mía es la siguiente.

Lo que yo llamo el espíritu de la infancia

Si has empezado a leer estas líneas, si comprendes su sentido, si puedes juzgar su pertinencia o sus insuficiencias, si eres capaz de formular objeciones, si puedes argumentar, decir por qué estás de acuerdo o no, ¡es que ya no eres un infante!

Porque *infante* significa etimológicamente «el que no habla», el que todavía no tiene acceso al lenguaje. Y por consiguiente *infante* también significa «el que no sabe juzgar», aunque sepa hablar, porque el infante según dicen no tiene acceso a la razón. El infante es pues un ser humano que no comprende, o que comprende mal, y que naturalmente no sabe leer.

Habéis sido niños y ya no lo sois.

¿Así de fácil? Todos sabemos que la infancia perdura en nuestras vidas, en nuestras acciones, en nuestros pensamientos y nuestros gustos. Pero no sabemos cómo. Hablamos de una huella, una influencia, un ambiente, hablamos del inconsciente, del determinismo, de una predisposición, de traumas...

La infancia no es simplemente un pasado.

No se reduce a la historia vivida por cada individuo en sus primeros años. Es una dimensión permanente de la existencia. Una dimensión psicológica, por una parte, pero no solo eso, ni mucho menos. Una dimensión metafísica, en realidad. No te dé miedo esta palabra: a lo mejor quiere decir que yo no sé nombrar esa dimensión ni decir en qué consiste.

Me gustaría buscarlo. Trazar un camino, dar unos pasos al menos. Atisbar hasta qué punto la infancia supera a los niños, desborda las preguntas que estos suscitan.

La infancia es algo distinto de lo que pueden decir los pediatras, los historiadores, los sociólogos, los psicólogos, los etnólogos, los antropólogos y otros sabios, que sin duda no afirman nada que sea falso, pero tampoco nada que sea esencial. Pues solo tienen de la infancia visiones restringidas y parciales.

Por mi parte, no creo que la infancia esté acotada. Estoy convencido de que es indispensable distinguir entre la infancia —temporal, circunstancial— y el *espíritu* de la infancia. Uno pasa de la infancia a la edad adulta. Pero incluso sin saberlo, no abandona el *espíritu* de la infancia. Porque este no tiene límites ni en el tiempo ni en el espacio.

Sospecho que esa ausencia de fronteras y ese estatus enigmático reservan unas cuantas sorpresas. El espíritu de la infancia puede interrogar, tal vez desplazar, lo que llamamos «la razón», «el yo», «el tiempo», «la edad», «la inocencia»... y algunos otros pilares tanto de la existencia como del pensamiento.

Solo sé, como primera evidencia, que la infancia no es el niño, y que el espíritu de la infancia no se refiere a un solo periodo de la vida. Yo he sido un niño, hace mucho tiempo que ya no lo soy. En el momento en que escribo estas líneas, soy un hombre viejo, no un anciano, pero casi. El niño que fui ha desaparecido hace muchos años. No la infancia, por supuesto. Pero ¿qué significa este término?

¿El periodo inicial de mi vida? Sí, claro, pero no solamente. De esa infancia-periodo he conservado, como todo el mundo, recuerdos, herencias, nostalgias, impulsos, repulsiones... La infancia que viví, sigo prolongándola, como todo el mundo, a riesgo de reconstruirla o deformarla. Si es un periodo de la vida, nunca se cierra del todo, nunca es del todo un pasado.

Como una página que uno no gira nunca, que reescribe, o que cree borrar. Se puede olvidar, con más o menos intensidad, por un momento más o menos largo. Se puede recomponer, reformular, transformar en superficie y en profundidad.

Pero no se puede abandonar definitivamente.

Romper con la propia infancia —totalmente, para siempre— es una imposibilidad. Sería romper con uno mismo, convertirse en otro, cambiar radicalmente de existencia, de subjetividad, de vida, de presencia. Sin duda, puede uno soñar con ello, a veces algunos días... Dejo en suspenso saber si se trata de días buenos o de días malos.

En cualquier caso, lograr semejante ruptura es imposible. Es tan imposible como convertirse en el primero que pasa. Salir absolutamente de la propia infancia sería salir de uno mismo. Eso no corresponde a ninguna realidad.

No se debe concluir sin embargo que uno esté atrapado en su infancia, metido en su trampa como una mosca en el ámbar, fijado allí para siempre. Nada nos impide movernos, trabajar esa pasta, transformar su sentido. Pero nunca será la infancia de otro. Sin estar verdaderamente atado a la propia infancia, uno no puede desprenderse de ella, como de una maleta o de un vestido.

Sin embargo, esa infancia no es todavía el espíritu de la infancia. Lo que yo busco es sin duda más extraño y más radical. Una reserva de vida, de creación, que los niños reales y las infancias vividas encarnan parcialmente, pero que es de otra naturaleza. Los pequeños, en todo lo que los afecta, proporcionan indicaciones, nos dan pistas que podemos seguir para componer el espíritu de la infancia. Pero nada más. Es algo que está por explorar, por descubrir. Y por elaborar también.

Porque el espíritu de la infancia no es un dato bruto. Es un extracto, un destilado, un aceite esencial. Uno puede haber tenido una infancia difícil, desdichada, incluso una infancia de pesadilla, haber hecho todo lo posible por escapar de ella, y sin embargo conseguir encontrar, en el espíritu de la infancia, recursos para toda su vida. Pues no se trata de duplicar la propia infancia, sino de discernir en ella —tanto si ha sido fácil como difícil, protectora como amenazadora, armónica como caótica— elementos universales que permiten elaborar el espíritu de la infancia.

Si es el caso, habrá que ejercitarse modestamente. Practicar poco a poco el espíritu de la infancia, como se practica una lengua, un deporte, una disciplina, una ascesis. De todas formas, antes de dar una vuelta por esos parajes, conviene precisar en qué consisten.

En torno a la infancia gravitan asombros, éxtasis y descubrimientos. Y perduran independientemente del paso del tiempo. Un espíritu inaugural preside todos los aprendizajes de una forma indefinidamente reiterada. Ese espíritu de la infancia no pasa jamás, se reinventa sin cesar.

Ya no es un tiempo de la vida, es la vida misma del tiempo. Y la encarnación de sus paradojas.

El espíritu de la infancia tiene rasgos comunes con lo que los budistas japoneses llaman «el espíritu del principiante» (*shoshin*), que conjuga el deseo de aprender, la conciencia de ignorar y la ausencia de certidumbres. Este espíritu del principiante, en las antípodas de la suficiencia y de la maestría, lejos de la arrogancia de los expertos y de la confianza en uno mismo, es un comienzo perpetuo, un descubrimiento sin fin.

Llamo espíritu de la infancia a una manera de estar en el mundo que no tiene nada que ver con la edad ni con las competencias. Una mirada que se sorprende, que no sabe hablar de lo que ve, o que no habla de ello de forma hábil ni sabia. Una sensibilidad que las emociones sumergen, saturan, conmocionan, sin posibilidad de tomar distancia. Una voluntad, una fuerza que por sí misma no se preocupa de la realidad, que ignora los compromisos, los rodeos, el camino de los medios. Deseo y nada más.

Llamo espíritu de la infancia a una debilidad y una fuerza desmesuradas, que se conjugan y se metamorfosean la una en la otra. Que deben trabajarse, transformarse, pero que jamás pueden abandonarse, so pena de perder la propia vida.

Llamo espíritu de la infancia a un país cercano, donde todo convive, del que todo procede, donde todo vuelve, pero que sigue siendo prácticamente inaccesible.

Ese país solo podemos atisbarlo, rozarlo. Podemos aludirlo, más que nombrarlo o describirlo con exactitud. Lo observamos de reojo, porque nunca se ofrece directamente para que podamos recorrerlo.

Llamo espíritu de la infancia a ese lugar de todos los contrarios, el lugar transversal y secreto donde los opuestos coexisten, se entremezclan, se anudan unos con otros.

Es decir, que se trata efectivamente de lo impensable, pero no necesariamente de lo invivable.

Llamo espíritu de la infancia a esa conexión innombrable de los opuestos, a esa multiplicidad sin unidad, que es mucho más que una tierra de contrastes o un conjunto de paradojas.

Hay que extraer ese espíritu del río de los discursos, imágenes y representaciones acerca de la infancia, donde todo y su contrario se encuentran en un caos soberano.

En la historia del pensamiento, se ha hecho de la infancia una discapacidad, una desgracia, un estado miserable, animal, bestial y repugnante, una condición de la que hay que huir, un lastre, la huella y la prueba de la caída original, pero también una plenitud, una aurora destinada a decaer, un poder que hay que proteger, una naturaleza que hay que desarrollar, un recurso por descubrir.

La infancia ha desempeñado todos los papeles posibles e imaginables, según las épocas, los lugares, las obras y las vidas cotidianas, según los medios sociales, las culturas y las fantasías.

Ha encarnado al diablo y a Dios, el infierno y el paraíso, la impotencia y la soberanía, la debilidad y la fuerza, el bien y el mal, la ineptitud y la inteligencia, la falta de lógica y la sagacidad, la razón y la locura, la servidumbre y el dominio, el pasado y el porvenir, la paciencia y el capricho, la risa y las lágrimas, el juego y la seriedad... Pero no, como cabría pensar demasiado simplemente, siendo ora lo uno ora lo otro, esto aquí y aquello allí, ¡sino a menudo siendo todo a la vez, simultáneamente!

Las concepciones de la infancia, los innumerables rostros de niños de carne o de papel que la historia nos ha legado han sido escrutados de mil maneras por cantidad de disciplinas y creaciones. Deseo inventar un camino, no retomar los que ya han sido trillados, y son tantos...

Si fuese historiador, hablaría de los niños de Esparta, que vivían en grupo, aguerridos a la fuerza, obligados a enfrentarse y a superar el miedo a la oscuridad, a los combates y al hambre. Hablaría de los niños de Sócrates y de Cicerón, de las *nurseries* de los pequeños lores y de los *slums* de Londres, donde en la época de Dickens morían de agotamiento unos obreros de ocho años. Diría las costumbres, las instituciones, los modos de vida, los mapas mentales, las evoluciones, las rupturas, las continuidades y las discontinuidades.

Si fuera sociólogo, estudiaría las variaciones de la tasa de mortalidad, las fecundidades totalmente distintas. Describiría a los niños olvidados, esclavos, prostituidos, vendidos, explotados, rotos, aniquilados y a los que son mimados, protegidos, acompañados, educados, cuidados, instruidos. Clasificaría los códigos, los indicios, los datos de esas disparidades inauditas.

Si fuera psicólogo, exploraría los aprendizajes del crecimiento, los estadios del desarrollo, las etapas de la motricidad, la adquisición de la bipedestación, de la marcha, de la palabra, del razonamiento. Tendría a mi disposición análisis de la percepción, de los afectos, de la autoconciencia, de las relaciones originales con el entorno, de la construcción de la relación con el mundo.

Si fuera etnólogo, seguiría las variaciones estructurales de lo que se llama infancia entre los pueblos nómadas, las sociedades ágrafas, la destrucción de los mundos tradicionales por efecto de la globalización. Explicaría los rituales, las iniciaciones, los sistemas de parentesco. Compararía, en la medida de lo posible, la naturaleza y la función de la infancia en culturas totalmente disímiles.

Pero no soy nada de eso. Tampoco soy demógrafo, psicoanalista, biólogo, pediatra, educador, antropólogo... Cada uno de los expertos dispone, acerca de la infancia, de cantidad de puntos de vista, conocimientos e hipótesis. Según los casos, son objetivamente pertinentes, intelectualmente interesantes y enteramente discutibles. Lo que yo quiero intentar es de otra naturaleza.

Como filósofo, no pertenezco, *stricto sensu*, a ninguna disciplina constituida. Mi mirada, mis andanzas, mis palabras no están regidas por las exigencias y las reglas estrictas de una ciencia definida. Evidentemente, no gozo de una libertad infinita, del privilegio absurdo de decir cualquier cosa a propósito de lo que sea.

Igual que cualquier otro, a veces más que otros, estoy obligado como filósofo al rigor, a la coherencia y la precisión. Pero poseo una forma de libertad de la que otros no gozan, pues la filosofía no tiene un objeto determinado. El filósofo no sabe lo que busca. Lo descubre y lo inventa a la vez, a base de ensayo y error, a tientas, pasando de una experiencia a otra.

Desde esta óptica, pregunto: «¿Qué es la infancia? ¿Se puede extraer su espíritu?», como si no lo supiese, como si nadie pudiera decírmelo de forma cierta. Ni siquiera los filósofos. Porque también entre ellos reina la cacofonía.

Sus juicios sobre la infancia no cesan de contradecirse. Descartes afirma, prolongando una larga y sólida tradición de desprecio, que es «una gran desgracia haber sido niño antes de ser hombre». A la edad en que la razón aún no está formada, todos confían en lo que les dicen, sin poder someter a examen lo que les inculcan. El ser humano se halla pues expuesto al error, a las fábulas y a las ilusiones.

La desgracia de haber sido niños sería encontrar anclados en nosotros, como obstáculos para buscar la verdad, prejuicios, conceptos falsos, hábitos nocivos, juicios que nos extravían. Convertirse en filósofo equivaldría pues a liquidar la infancia, a deshacerse de esa reserva de trampas y obstáculos al «sentido común», es decir, a la razón, o a la capacidad de distinguir entre verdadero y falso.

Rousseau afirma lo contrario: ser filósofo es saber escuchar al niño que vive perpetuamente en nosotros, que siente lo justo y dice la verdad, que habla con la voz de la naturaleza, de la sabiduría, de la compasión, de la humanidad auténtica. Por lo tanto, siempre que no lo hayan corrompido y desfigurado excesivamente, el niño sería filósofo.

Pero las cosas no son tan sencillas. En el *Emilio*, Rousseau más de una vez se muestra cartesiano, separa la infancia y la edad adulta, distingue entre las capacidades de abstracción de esos dos mundos, y da más valor al segundo.

Sin duda, Nietzsche, en *Así hablaba Zaratustra*, es el único que considera la infancia como el estadio supremo de la evolución del espíritu, el último paso de la sabiduría, la inocencia final.

El tiempo en que los filósofos despreciaban la infancia —no veían en ella más que limbos en los que se balbucea, mutismo idiota y ataques de ira salvajes— ha pasado a la historia. Ya no se puede prescindir de la infancia, enviarla fuera del campo de la

existencia digna, la del adulto, un sujeto supuestamente lógico y dueño de sí mismo. Desde hace varias generaciones se ha desarticulado esa vieja cadena que unía en una sola tropa a niños, mujeres, esclavos, locos, salvajes y bárbaros como seres carentes de razón, inválidos del pensamiento, desprovistos de poder.

Esos marginados de la filosofía tenían en común, según decían, el hecho de mantener una relación algo coja con el *logos*, la palabra *razón*. Su acceso al pensamiento lógico se consideraba sesgado, alterado por su sensibilidad, sus emociones, su incapacidad natural para gobernarse. Tanta ceguera suscitó la rabia y la risa, y estas acabaron por romper los antiguos esquemas.

Pero no es seguro que nosotros los hayamos mejorado. Pues los inválidos del pasado se han convertido en héroes, modelos, ídolos. Se ha proclamado que el salvaje es más sabio, la mujer más perspicaz, el bárbaro más vivo, el loco más libre... Nos hemos persuadido de que el niño es el modelo absoluto, el maestro natural y fecundo, una fuente ilimitada de creatividad e imaginación.

Los oprimidos de antaño se han convertido así en los reyes de hoy. No estoy seguro de que esto sea bueno. Sin duda, a veces hay que compensar adoptando el sentido contrario, pero las consecuencias pueden resultar excesivas. A pesar de todo, esta inversión pura y simple, y por lo tanto demasiado simple, no deja de tener inconvenientes y efectos perversos.

La infancia ha pasado de muda a charlatana. De sometida, se ha vuelto dictatorial. De descuidada, ahora es omnipresente. Ella es ahora la que lo decide todo, cuando antes no se le concedía nada. Sin duda, ese movimiento del péndulo es algo general. Tal vez tenga como mérito satisfacer algún resentimiento. La venganza de los débiles siempre es justa, en cierto sentido. Y repugnante, en otro.

De hecho, ese cambio radical no cambia gran cosa. Si la infancia ha pasado del silencio a la logorrea, de la indiferencia a la obnubilación, de la periferia al centro de todo, es porque sigue sin reflexionarse lo bastante acerca de ella.

Sugiero, pues, que nosotros emprendamos esa reflexión. Juntos.

La *infancia* puede ser el nombre que se da a un periodo de la existencia, puede designar un determinado lapso de tiempo. La división de los comienzos de la vida humana no es evidentemente idéntica en la Grecia antigua, en la Francia de Luis XIV o en la China contemporánea. A pesar de todo, sea cual sea la manera como se establecen los límites entre las edades de la vida (infancia, adolescencia, edad adulta, edad madura, vejez...), la primera siempre es solo una etapa. Una vez pasada, ha terminado. Uno fue un niño y ya no lo es. Esta infancia como periodo se atraviesa, y luego se abandona para siempre, aunque queden huellas, vestigios, cimientos.

Lo mismo ocurre con la infancia como principio, la infancia como espíritu, como actitud, como mirada sobre la vida, aquella de la que quiero hablar. Esa infancia resulta totalmente independiente de las edades, del fluir del tiempo, de la secuencia de los

distintos momentos de la existencia. Este espíritu de la infancia no es nada perecedero. No termina nunca. En el adulto, joven o maduro, o en el anciano, subsiste. Intacto. Hasta el último suspiro, perdura e insiste. Sin desgaste, sin distancia.

Este espíritu de la infancia —inalterable, inmóvil, inmutable— ¿de qué está hecho? ¿Cómo se reconoce? ¿Es posible cultivarlo? ¿Con qué finalidad, y de qué manera?

¡No te imagines que yo lo sé! No tengo el resultado antes de emprender el camino. Al iniciar este periplo, no tengo pensado ningún punto de llegada. Ignoro lo que quiero decir hasta que no llegue al final del recorrido. Hay que aproximarse a lo que no se sabe a tientas, casi a ciegas.

Se trata, pues, de abordar el espíritu de la infancia como un principio, una fuente permanente, detrás de las figuras innumerables de la infancia como periodo de la existencia, un principio anterior a las realidades indefinidamente diversas de todos los niños reales.

En esta búsqueda a tientas, libre, no dudaré en recurrir a lo que fueron, tal vez, mis primeros años. No para relatarlos —el relato sería incierto y poco interesante—, sino para extraer de ellos algún que otro rasgo posible de la infancia permanente. No creo por supuesto que mi existencia personal sea nada ejemplar. Pero lo único que tengo a mano como primer material de ejercicios son esas briznas de recuerdos y esas paradojas subjetivas.

La primera regla, para intentar aproximarnos al espíritu de la infancia, es sacar materia prima de lo que uno ha vivido, de lo que queda de ello, de lo que se puede exhumar. De ese material es de lo que hay que fiarse, más que de los discursos de los doctos.

De hecho, a lo mejor es muy simple. Podría incluso ser tan simple, tan primigenio, tan permanente, que por eso mismo resultase un principio prácticamente imposible de decir. El único medio de hablar de él consiste en ejercitarse, entrenarse, intentar designar ese lugar vital, descubrir dónde está, y comprender qué se puede hacer con él. Sin demasiadas ilusiones, pero con constancia, obstinación y afán.

Este recorrido voluntariamente subjetivo no tiene la intención de forjar una teoría de la infancia. Ni de elaborar su concepto. Porque no se trata, justamente, ni de teorías ni de conceptos, sino de lo que hay debajo, o más acá.

Supongo que el espíritu de la infancia está más acá de los conceptos. Pero también más acá de la palabra, de la razón y del tiempo. Ese «más acá» es la condición de posibilidad de lo demás, es decir, de todo.

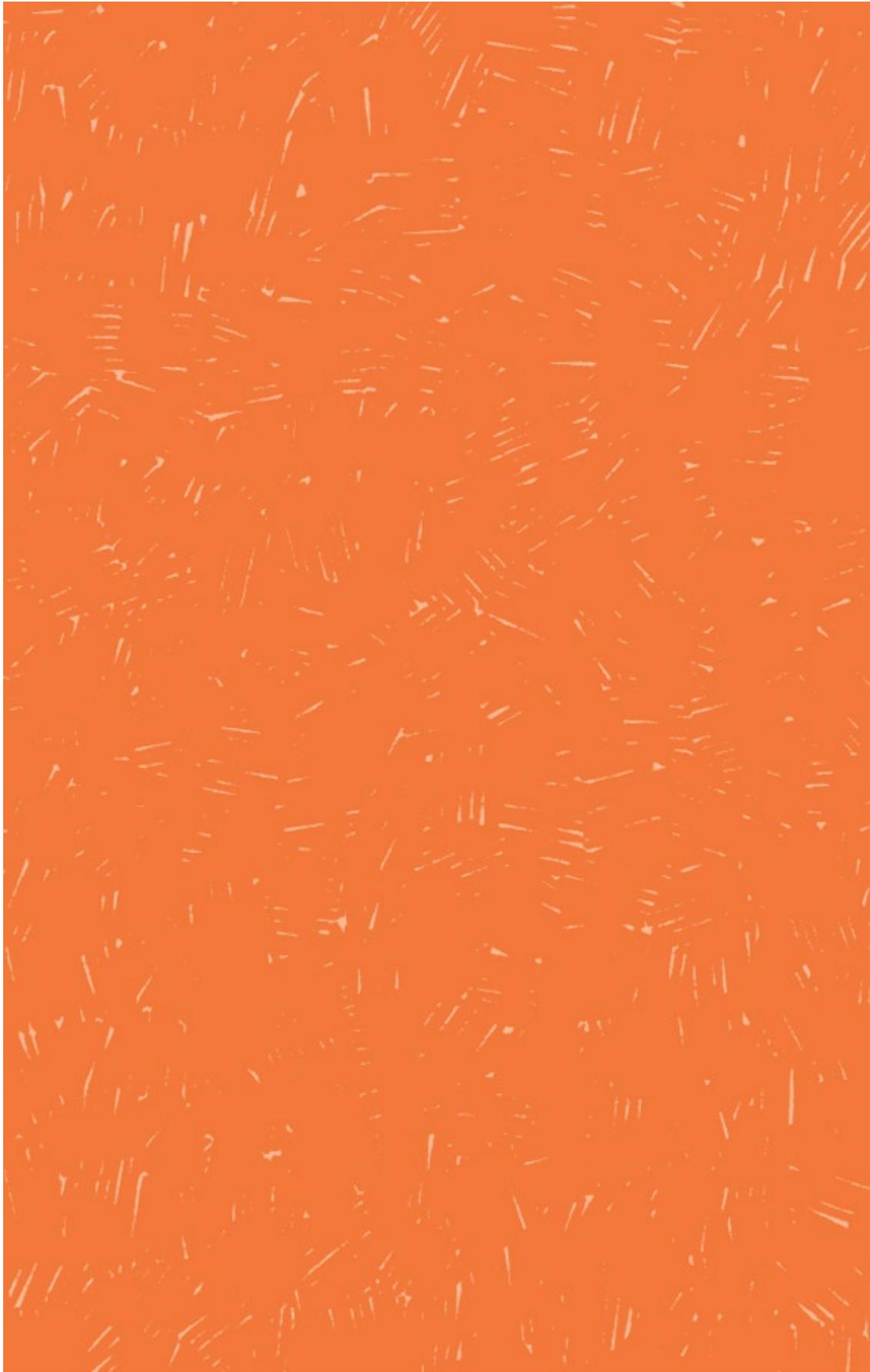
Ocuparse de ello adopta varias formas.

Era sencillamente imposible ajustar el lenguaje a esos recuerdos. No existían palabras adultas para aquellas impresiones de la infancia.

Vladimir Nabokov
La defensa

No saber hablar





La mica

Todos tenemos nuestra magdalena. Las hay por todas partes. Nos asaltan sin previo aviso, abren puertas cuya existencia ni siquiera sospechamos. De pronto, caemos en los túneles del tiempo, los agujeros negros de la memoria, los mundos enterrados que surgen intactos.

Un rastro en el campo, una feria rural de productos de ocasión. Un batiburrillo sin interés, sin valor, donde no hay nada que llame la atención... ¡pero fíjate en esto! La hoja de mica en la portezuela de esa estufa de carbón. Como vidrio, pero opaca, translúcida solamente cuando a través de ella se distinguen las llamas.

De pronto, recuerdo perfectamente esa pequeña estufa achaparrada, casi cuadrada, no muy alta, sus curvas y sus salientes, los más mínimos grabados, el cierre macizo. Estaba en el salón según se entraba, en una de las casas donde viví de niño. Salvo error, debí de contemplarla interminablemente, entre los tres y los seis años, casi cada día. La mica me ha saltado a la cara en ese pueblo perdido, y de nuevo miro durante largo rato las brasas rojizas a través de la ventanilla redonda.

Sin embargo, lo había olvidado todo. El color del metal, las formas y la mica se habían ausentado de mis recuerdos. De no haber encontrado ese objeto, no lo habría recordado nunca. Pero en cuanto lo vi, todo era familiar, habitual, próximo, evidente hasta el más pequeño pliegue, la más ínfima curvatura. Recuperé esa mica y la estufa entera como se reconoce enseguida la cara de una persona familiar, los rasgos de un amigo que hemos perdido de vista.

Sin embargo, lo repito, esa estufa no pertenecía a los recuerdos que recuerdo, por así decir. Habría podido pasar revista a las habitaciones de aquella casa, recuperar ciertas imágenes. Me habría acordado de la escalera de madera de cinco pisos, sin ascensor, y de las persianas, y hasta de una reja que mi madre había puesto en el balcón, por miedo a que me cayese al asomarme a mirar el patio... Pero jamás habría vuelto a pensar en esa estufa, su azul pálido, su cierre y su mica.

¿Debemos llamar infancia a esa extraña reserva de imágenes, sonidos, ideas, olores y tactos que permanecen, en cada ser humano, absolutamente presentes y absolutamente ausentes?

¿En qué infancia se encontraba esa mica, esa imagen incapaz de hablar? Si hubieran sido aniquilados, esos recuerdos no podrían reaparecer. Pero reaparecen. Podemos suponer que persisten en algún lugar. Hay que imaginarlos, por tanto, en lo

que llamaremos, monstruosamente, una «nada relativa», una especie de sueño profundo de la memoria, un armario del pasado...

Mi hipótesis: estas imágenes proceden del tiempo de antes de las palabras. Contemplé esa mica sin saber su nombre, sin poder hablar de ella. Esas cosas están ahí —presentes, enigmáticas, sentidas, respiradas, escrutadas...—, pero no podemos pensarlas, separarlas de nosotros y manipularlas, por falta de palabras. Lo primero de la infancia es esto.

Lo que vemos, en ese mundo sin palabras, no es accesible directamente, está fuera del alcance de las introspecciones. Son polvos imantados de mutismo.

Ejercicio

de observación

Estás ahí, inmóvil, con la mirada fija. Desde hace varios minutos miras, sin decir palabra, sin hacer ningún gesto. ¿Qué miras? Por ejemplo, esa mesita de metal amarillo, justo delante de ti. En realidad, el ejemplo no tiene ninguna importancia. Imagínate que vas en un tren —un tren antiguo, de los de antes, de los que descubres al entrar que todavía funcionan, cuando creías que de esos ya no quedaban—. Entre los asientos, hay una mesita amarilla, de un amarillo sucio, indeterminado, indescriptible.

Sí, indescriptible. Por eso mismo te has quedado mirándola. Lo que haces, una vez más, importa poco. Porque lo que importa es lo que *no* haces... Sabes que no lograrás expresar ese amarillo exactamente. Nunca. Lo intentarás, por supuesto. Intentarás decir: «Botón de oro marchito», «Miel demasiado clara en una infusión de verbena y menta demasiado oscura», «Pollito envejecido prematuramente», «Reflejo de sol desvaído de un atardecer de otoño cuando empieza a hacer frío», «Corazón de margarita marchita», «Salamandra menopáusica»... ¿Qué sé yo?

Justamente, no lo sé. Ni tú tampoco. Por lo tanto, venga, continúa, sigue. Esfuérzate por describir ese amarillo, el tuyo, ahí, ahora, el que tienes a la vista. El de ese bol, el de esa yema de huevo (salvo si estás en Italia, donde a la yema la llaman el rojo del huevo), el amarillo de ese jersey, de ese juguete, de esa pasta, de lo que quieras...

¡Y qué más da que sea amarillo! Toma un azul, un verde, un rojo, un rosa, cualquier cosa, el timbre del oboe, el sabor de las fresas del bosque, el olor de las lilas, la textura de una espuma de jabón, el tacto de la piel de la persona amada... Cada vez tendrás que acabar así, sin decir nada. Porque es imposible decir si uno quiere decir exactamente. Inténtalo con una tisana, un licor, un paño de pared amarillo en un cuadro de Vermeer, el efecto en tu brazo de un tejido sintético, el ruido de una nutria en la orilla de un río, el olor del cuero de un viejo Bugatti. La lista, por definición, es infinita. ¡Y el fracaso seguro! Nunca tendrás más que aproximaciones, palabras que se acercan, etiquetas genéricas que no recogen el matiz, lo real, la cosa misma, su tono exacto, su realidad. No es culpa tuya. El propio lenguaje es así.

Por eso estás ahí, en silencio.

La infancia también es esto.

Un mundo sin palabras.

Ahora vas a ver. Y digo ver.

El espíritu de la infancia no habla, y lo dice todo

Para nombrar a los humanos recién nacidos, los griegos de la Antigüedad utilizaban un término que significa «brote», «vástago» (*teknon*). Mientras que el *logos* —palabra y razón— está en el corazón de su concepto de lo humano, es curioso que el nombre que dan a los comienzos de la existencia no haga referencia al hecho de que este *logos* está ausente. Muchos filósofos antiguos sí subrayan que los muy jóvenes no tienen el uso de la palabra ni de la razón. La vida del ser parlante, pensante, racional y dotado de lenguaje —estos dos rasgos remiten sin cesar el uno al otro— empieza en la afasia, el mutismo, la falta de lógica. Situación enigmática, cuestión crucial. No obstante, la lengua griega no escoge este signo distintivo para nombrar el comienzo de la vida.

El latín sí lo ha escogido. El niño es «el que no habla» (*infans*). Primero fue un adjetivo. Encontramos por ejemplo la expresión *puerum infantem* (un niño pequeño que no habla). Pero enseguida apareció el sustantivo, su uso se extendió y abarcó todos los años del crecimiento, incluso aquellos en que a todas luces el lenguaje está adquirido y se domina la comunicación verbal.

Detengámonos aquí. La infancia (*infantia*) es, propiamente dicha, el estado del ser humano «fuera del lenguaje», sin palabras, sin frases, sin posibilidad de articular un sentido coherente y comprensible. Desde este punto de vista, lo que define la infancia es el silencio: el término *infancia* lo dice, insiste en ello, no cesa de recordarlo, aunque nosotros ahora ya no lo oímos. La infancia está al otro lado de las palabras, fuera del lenguaje. En el mutismo, en la incapacidad de hablar.

Pero no como las piedras ni como la madera. El silencio de la infancia no es el silencio inerte de las cosas. Gritos, llantos, gemidos, risas, muestran desde el principio que la infancia es sensible, orgánica, se ha hecho carne y está viva. Sin palabras, tiene hambre, sed, dolor, necesidades, ganas, miedo... y lo manifiesta, grita, llama, suplica, exulta, rechaza. Sin palabras, dice lo que le sobra y lo que le falta. Como hacen muchísimos animales.

Sin embargo, nuestra infancia humana no vive la misma incapacidad de hablar que las vacas, las ratas, los perros... Esos animales —y tantos otros— son inteligentes, sensibles, capaces de comprender muchas situaciones, capaces también de hacerse entender. Pero son incapaces de entrar en el universo del lenguaje simbólico. No poder hablar cuando se podrá hablar un día no es en absoluto la misma situación que no poder hablar y no poder hacerlo jamás.

De ahí que no se pueda decir que esos animales —tan conmovedores y enternecedores como se quiera— estén en un estado de infancia. Como tampoco se puede sostener que la infancia humana es animalidad pura y simple. Cuando Rolin, el pedagogo, afirma en el siglo XVII que «la infancia es la vida de un animal», sabe perfectamente que esa vida animal en el ser humano es temporal. Está destinada a desaparecer y a ser sustituida por la existencia de un «animal racional». Este último aparece, según dicen, con «la edad de la razón», y entonces empieza a hablar y a pensar humanamente.

Esta diferencia es decisiva. La infancia humana, incluso muda, incluso incapaz de comprender la frase más sencilla, posee la palabra en potencia. Naturalmente, tendrá que aprender a hablar. Pero si le es posible este aprendizaje es porque dispone, de manera innata y constitutiva, de la capacidad de aprender una lengua. Los animales son *aloga*, decían los griegos, seres «sin palabras», privados del *logos*. Pero esa ausencia en ellos es definitiva, y en cambio para el ser humano es solo una etapa.

Todo el mundo puede constatarlo fácilmente: cualquier perrito o gatito criado en un piso oye el mismo número de frases que un bebé. Al cabo de dos o tres años, el niño habla; el perro y el gato, no. Solo en las novelas de ciencia ficción, como la de Clifford D. Simak, los perros, a fuerza de observar a los humanos, un día empiezan a hablar y toman el poder. En el mundo real, los perros juegan con los niños, pero solamente estos últimos logran poco a poco ir construyendo frases.

Si tuviéramos que entrar en el análisis de esta singularidad humana, habría que explorar un laberinto de cuestiones complejas, y correríamos el riesgo de perdernos. Habría que preguntarse, por ejemplo, de dónde procede esa facultad, cómo se ejerce, qué la favorece y qué la obstaculiza. Habría que buscar las causas y las consecuencias, mostrar sus resortes y sus engranajes, releer a Descartes, a Géraud de Cordemoy, a Rousseau, a Chomsky y a tantos otros, considerar muchas hipótesis, enigmas y teorías científicas.

No es esta mi intención. Me basta con haber recordado que la infancia primero es un periodo sin palabras, pero que eso no está destinado a durar. Al menos en apariencia. Porque no es seguro que realmente dejemos de ser mudos. Lo que me interesa es justamente la perennidad de ese silencio, la continuidad de nuestra incapacidad de hablar, la permanencia en nosotros de esa *infancia* sin palabras ni frases. Lo que me interesa es la parte afásica del espíritu de la infancia.

Obviamente, todo el mundo está de acuerdo en afirmar que la infancia-mutismo cesa con la adquisición del lenguaje. Y nadie puede negar esta evidencia: la cría humana que ayer no hablaba, que solo era capaz de gemir o de gritar, hoy habla, articula y se hace entender. Pronto sabrá leer, escribir, dominará los rudimentos de la gramática. ¿Ha acabado la infancia? ¿Ha irrumpido por fin un ser parlante y lógico en ese lugar donde reinaba la afasia?

Me parece que afirmar esto sería incompleto, demasiado simple y superficial. Creo que el mutismo de la infancia persiste en el seno de la palabra. Que nuestros discursos están habitados por un silencio interno, originario y persistente. Y sobre todo, que ese mutismo no es un defecto, una carencia, una etapa destinada a ser liquidada. Si el espíritu de la infancia está ligado a un silencio que habita en el hueco de las palabras, es este silencio el que nos hace hablar.

Porque este mutismo es lo que nos mueve. Claro que hablamos. En realidad, para pensar, amar, actuar, tener conciencia de nosotros, de los demás y del mundo, no hacemos otra cosa. La antigua definición aristotélica del ser humano como un «ser parlante dotado de razón» sigue siendo válida. Pero, si estamos efectivamente inmersos de manera continua en un baño de palabras, de mensajes y de informaciones, no hay que olvidar sobre qué fondo de incapacidad de hablar discurren estos flujos de frases.

Apartamos demasiado deprisa, llevados por las palabras y a través de ellas, todo lo que las palabras no podrán decir jamás. En particular, la singularidad exacta y única de los objetos, de los instantes, de las personas. Ahora bien, ninguna frase, jamás, puede captar de forma exacta la esencia de lo real y el fluir del tiempo.

También aquí la constatación es fácil. Por ejemplo, intenta decir —exactamente, insisto— el verde de esta hoja, el de aquel árbol, bajo esta luz y en este instante concreto. O bien el azul, entre miles de otros azules, de este cielo, aquí, en este segundo. O el rostro único de esta tristeza, la tonalidad incomparable de esta alegría que te transforma, te sumerge, en un momento preciso.

Tengo que decir «este verde», «esta hoja», «este árbol», «esta luz», designando algo fuera de las palabras, señalando con el dedo. Es lo que Wittgenstein llama lo «místico»: la experiencia directa del mundo. Nuestras palabras y nuestras frases intentan describirlo, expresar lo que allí ocurre, comprender cómo intervenir en ello. Pero no pueden captarlo realmente. A una persona que no supiera en absoluto lo que es el color verde, no dispones de ningún medio para explicárselo con palabras. De ningún medio. Solo puedes encontrar una cosa verde (de un determinado verde, de entre los miles de verdes que existen) y decirle: «¡El verde es esto!».

La causa de esta impotencia es bien conocida: las palabras son unidades abstractas, agrupamientos esquemáticos, moldes generalistas. Son indispensables, pero también muy toscas. Frente a lo real, siempre somos incapaces de decir realmente, de hablar de verdad, tanto si se trata de las cosas como de nosotros mismos.

Existe por lo tanto una parte de silencio que no suprimiremos nunca. Es la que no cesamos de explorar, sabiéndolo o no, cuando contemplamos sin palabras un paisaje sublime, sintiendo que nada de lo que pudiéramos decir lo alcanzaría; cuando acariciamos un cuerpo amado, cuya piel jamás podrá alcanzar ninguna frase; cuando nos sumergimos en la música, que intenta ir más lejos, y de otra forma; cuando presentimos a Dios, si hay algo que corresponda a este término, como incognoscible, inconcebible, indescriptible...

Pero esa impotencia insuperable no es una laguna. Nada sería más ficticio, ni más idiota, que imaginar nuestra incapacidad sin remedio para nombrar adecuadamente al mundo como una debilidad. Es justo lo contrario. Esa afasia duradera es justamente nuestra suerte. Nuestra fuerza, nuestro impulso para hablar.

En efecto, como jamás podremos decir el mundo completamente, adecuadamente, definitivamente, nos esforzamos sin cesar por hacerlo, interminablemente. Como no podemos decirnos a nosotros mismos, ni decir a los otros, ni lo que hay entre nosotros, nos aplicamos indefinidamente a acercarnos a ello. Como decir el mundo nos está vedado para siempre, lo intentamos una y otra vez. Este tanteo infinito, este movimiento asintótico está en el corazón del ser parlante, de todo lo que hace y dice.

El espíritu de la infancia no tiene palabras, y es el que nos hace hablar.

Es una paradoja, pero no es en absoluto inaudita. También nuestra ignorancia infinita es el meollo de nuestra capacidad de conocer, y nuestra inacción es lo que nos hace actuar. En este sentido, el espíritu de la infancia, incapaz de lenguaje, es el influjo secreto de todos los discursos. Hace calcular al matemático, balbucear al poeta, investigar al científico. Empuja al explorador a avanzar sin fin, al escritor a frasear, al político a exhortar.

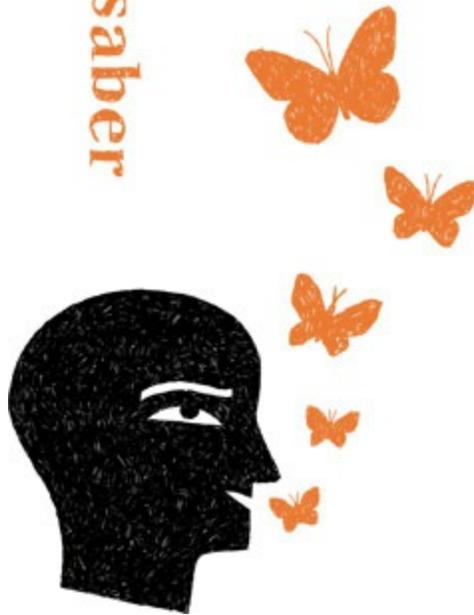
El mutismo, he aquí el motor. Para hablar, pensar y actuar humanamente, hace falta esa huida interna del *logos*, esa afasia primera y persistente.

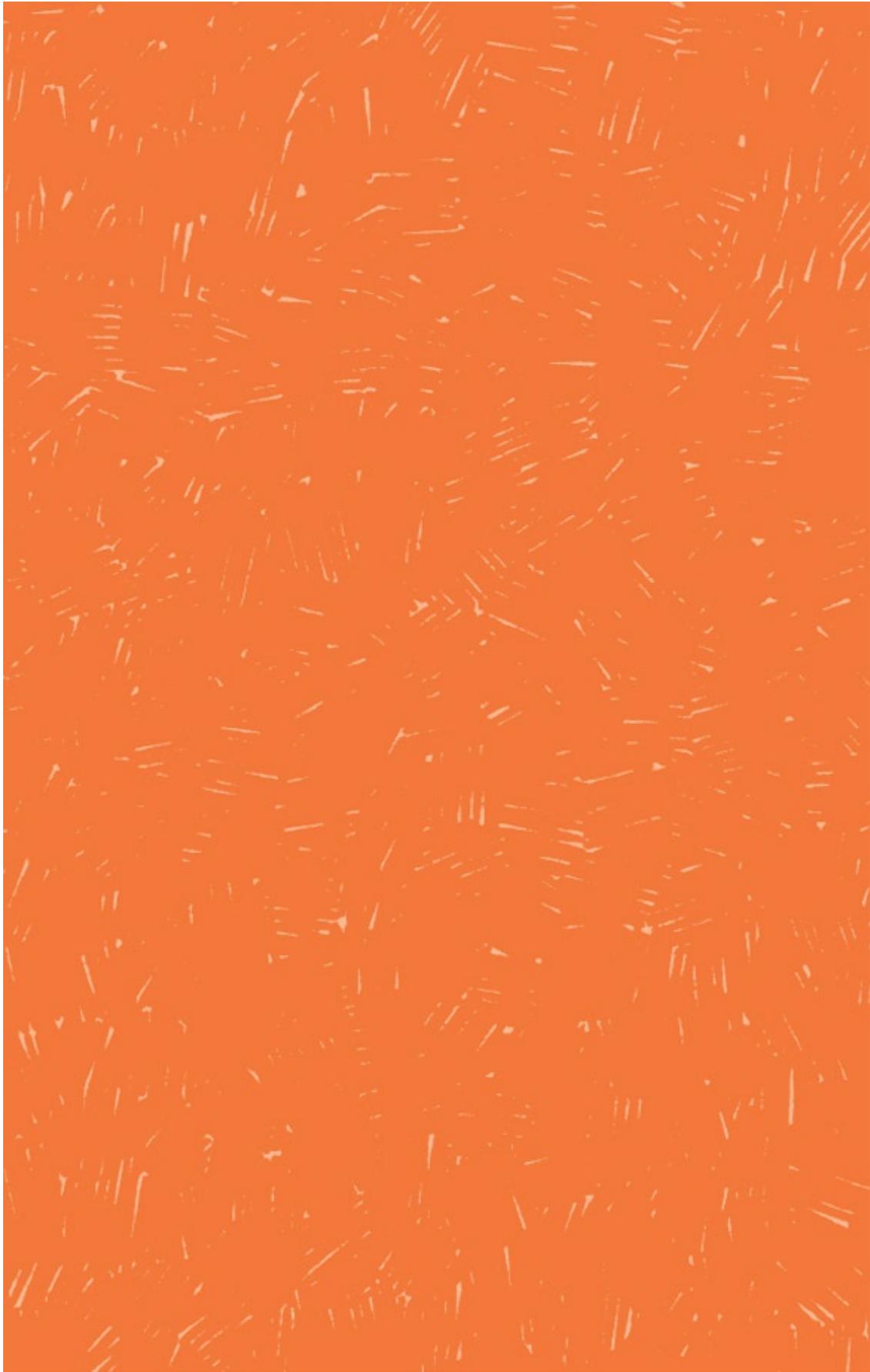
En este sentido, toda palabra es ejercicio de infancia.

Y con estos trescientos golpes hizo trescientos soldados. Guardianes de los montes, guardianes de las leyes, guardianes de las ciudades. Y Jerjes se los encontró erguidos en las Termópilas.

Victor Hugo
Los trescientos

Hablar sin saber





Las Termópilas

Mi bisabuela era un personaje de novela. Con su velo, sus títulos de nobleza y un candor brutal. Aquella aristócrata de Guadalupe era una especie de niña vieja eternamente escandalosa. En gran parte me crio, y gracias a ella el criollo fue mi segunda lengua materna. En cuanto oigo decir: «Tim, Tim?», todavía contesto «Boi sec!», que es la réplica ritual para que pueda empezar un cuento.

Ella me los contaba sin cesar, a la manera de las viejas nodrizas de los griegos, las cuentacuentos campesinas, las mujeres de letras como madame de Sévigné o madame de Ségur, todas esas memorias infalibles y maternales, cargadas de experiencia durante décadas y portadoras de fábulas inagotables.

Convertía los cuentos en juegos, ceremonias y salmodias. Las épocas y los géneros se mezclaban en el tiempo y el espacio, desde el entierro de Victor Hugo en 1885, que ella había contemplado a los catorce años desde un balcón de la plaza de l'Étoile, hasta la conquista del Everest, convertida en paseo hasta la otra punta del jardín.

Esa conquista del Everest consistía en caminar una treintena de metros, recorridos horizontalmente, por un camino adoquinado. Ella era Edmund Hillary y yo era el sherpa Tenzing. Su marcha era difícil, la mía todavía era más o menos frágil, así que la aventura existía realmente. Yo, por supuesto, no sabía dónde estaba el Everest, quiénes eran Hillary y Tenzing, solo tenía cuatro años. Pero conquistar el Everest era exultante, grandioso, heroico. La gloria estaba al final de la avenida, la bandera ondearía en la cima...

Las Termópilas se hallaban dentro de casa, los días de lluvia, de catarro, cuando estaba encamado. Con las piernas dobladas debajo de la manta, yo dibujaba el desfiladero de las Termópilas. Me sabía de memoria los peligros de las tropas descomunales del ejército persa, la ambición de Jerjes, el heroísmo de Leónidas, el sacrificio de los trescientos, la resistencia a ultranza de los espartanos frente a unos adversarios diez veces más numerosos y mejor armados.

La batalla de las Termópilas era como el Everest. Yo no tenía la menor idea de la historia militar del año 480 antes de Cristo, no sabía nada de Esparta ni de Atenas. Ni siquiera tenía una noción clara de lo que podía ser una guerra, ni la menor idea de aquella derrota sangrienta y sin embargo ejemplar. Pero aquellas palabras familiares, aquella historia repetida de peligro, astucia y honor me transportaba y me exaltaba.

Mi sorpresa fue inmensa, unos años más tarde, al descubrir que los otros niños, en la escuela, no conocían las Termópilas. No habían jugado nunca a ese juego. ¡Ni siquiera sabían quién era Leónidas! Fue un gran momento de desengaño y de extrañeza.

Hoy me da risa.

Sin embargo, hay momentos en que todavía me causa asombro.

Ejercicio

de inatención

Pero seguro que tú también lo has vivido. Y mil veces además. Como todos nosotros, seguro que has pronunciado esta frase: «No quería decir eso».

De acuerdo, ya sé que muchas veces esta afirmación es puramente hipócrita. Sabías muy bien lo que hacías, pero no lo asumes, no quieres ser responsable, te escaqueas con cualquier pretexto: estabas cansado/a, deprimido/a, tenso/a, las palabras han ido más allá de tu pensamiento, no tenías intención de decir semejante cosa, la retiras, condenas esas afirmaciones, no te identificas con ellas...

Dejémoslo. Sincero o falso, el tema no es este. El desdoblamiento del que hablamos es de otro tipo.

Estoy seguro de que algunas veces también has dicho «no quería decir eso» en casos muy diferentes. Tenías una idea, sabías claramente lo que deseabas transmitir, pero la lengua te ha traicionado, las frases se han tornado ambiguas, las palabras han dicho otra cosa distinta, que no habías visto ni previsto.

O los otros han interpretado tus palabras a su manera, el contexto lo ha cambiado todo, el significado se ha vuelto distinto, el resultado se ha alejado totalmente de tu intención... Entre lo que tú querías decir y lo que se ha entendido se ha abierto una brecha. Una brecha inmensa, o peligrosa, que puede tener graves consecuencias.

Aunque no sea grave, lo cierto es que esa brecha no se puede suprimir. Es inútil creer que repitiendo lo que querías decir vas a suprimir de golpe esa distancia que se ha instalado. Es imposible colmar la brecha, salvar el abismo.

Entonces descubres la inatención que nos constituye. Por mucha atención que pongas, lo que dices siempre se te escapa necesariamente de una u otra forma. ¿Es extraño?

No. Es una situación de la infancia. Al cabo de un tiempo los niños hablan, pero no saben enseguida lo que dicen. Las palabras se les escapan, el sentido de lo que expresan muchas veces habita en otra parte.

En definitiva, la infancia desvaría.

Durante siglos, considerables legiones de pensadores han repetido que los niños, antes de alcanzar la mítica «edad de la razón», decían cualquier cosa.

Los niños no regían del todo.

Lo mismo, por otra parte, que las mujeres, los bárbaros, los salvajes, los locos, los esclavos, los negros, los amarillos, los cobrizos, los infieles, los insumisos, los nómadas, los artistas, los lunáticos, los visionarios... y algunos más que sin duda puedes añadir.

Se está empezando a hacer el mundo.

¿Qué oculta esa pretendida inatención tan extendida, esa infancia a la espera de una edad supuestamente adulta, tal vez inaccesible, fantasmática, demasiado evidente para ser cierta?

Deberías ejercitarte para encontrar elementos de respuesta. Lo que sigue sin duda puede ayudarte.

El espíritu de la infancia habla sin saber lo que dice

Para hablar, no basta con pronunciar palabras. Tampoco con hacer frases. Eso lo hacen los loros, repitiendo las series de sonidos que han oído. Los actuales robots parlantes lo hacen más sutilmente, pues dan la impresión de poseer una inteligencia real, una pertinencia sensata en sus réplicas... hasta que aparecen sus límites: lo que dicen, al cabo de un momento, resulta mecánico más que animado por una comprensión y una intención auténticas.

¿Qué es necesario para hablar de verdad? No unas cuerdas vocales, ni una voz de síntesis, sino una «congruencia» en «el uso de los signos de la lengua», como dicen Descartes y su discípulo Géraud de Cordemoy, una pertinencia en las réplicas y las comunicaciones. Esa pertinencia no tiene nada que ver con el hecho de que los signos utilizados sean sonoros o visuales. En este sentido, al utilizar la lengua de signos, los mudos hablan con la misma congruencia que sus semejantes al emplear las cuerdas vocales.

Ahora bien, para muchos filósofos, desde la Antigüedad hasta la edad clásica, los niños son loros. Aunque profieran sonidos, construyan frases y parezcan utilizarlas con conocimiento de causa, en situaciones y formas congruentes, no se les considera verdaderos «seres parlantes». Una vez sale del silencio, la infancia no entra inmediatamente, según estos pensadores, en la palabra plena, auténtica y sensata.

¿Por qué? Cualquiera puede observar que al cabo de unos meses de crecimiento, como máximo al cabo de dos o tres años, los *infantes* dejan de merecer ese nombre, que expresa su incapacidad primera. Se acabaron los gorjeos, los balbuceos y otros juegos sonoros. Aparecen las palabras de la lengua «materna», las frases construidas, cada vez más complejas. Se instalan las réplicas ajustadas, las preguntas y respuestas, la expresión de la voluntad, de las impresiones, de los estados de ánimo... En resumen, hablan. La evidencia es total.

¡Pero no! No es suficiente. Por lo menos, según los graves y doctos pensadores que a lo largo de los siglos se han dedicado a mantener a la infancia en su sitio, a aparcarla fuera del discurso adulto, con un estatuto anterior y exterior a la razón.

Al hablar, dicen, la infancia hace «como si...». Imita la palabra sensata. A veces de una forma casi idéntica: profiere sonidos, articula palabras, ¡parece que hable! Pero no sabe lo que dice, igual que los loros, o los autómatas. La infancia no habita su propia palabra desde dentro, no incorpora ni controla lo que dice.

Esta observación me parece muy correcta... a condición de darle la vuelta. La infancia que no sabe lo que dice cuando habla no constituye un momento efímero de inmadurez. Ni un estado excepcional. No es en modo alguno un periodo de debilidad, destinado a ser superado para poder acceder por fin al reino de la razón, del sentido pleno y de los juicios fundados.

Al contrario: nunca, a ninguna edad, sabemos lo que decimos, o no lo sabemos del todo, de una forma absoluta. Y esto es precisamente lo que nos hace avanzar. Como la infancia-mutismo, esa infancia-sinrazón es permanente, y constituye una fuerza, un rasgo vital del espíritu de la infancia.

Por muy adultos, racionales y controlados que seamos, nunca sabemos del todo lo que decimos. Para comprenderlo, basta recurrir a Freud, al descentramiento que el psicoanálisis ha descubierto en nuestra forma de fabricar sentido. El descubrimiento del psicoanálisis es que siempre significamos algo distinto de lo que creemos y queremos expresar. No damos nunca en el clavo, siempre caemos en la trampa constituida por la maraña de los significantes y los deseos inconscientes.

Para los que son reticentes ante el psicoanálisis, podemos emplear otro argumento. Más simple, pero no menos eficaz, y convergente.

Siempre llegamos a mitad de la película. Tomamos la historia de la vida en marcha, empieza sin nosotros y antes de nosotros; heredamos sobre todo una lengua, una familia, una cultura, una serie de lazos y de intrigas que nos han precedido. Dicho de otra forma, vivimos siempre una serie, pero nunca el primer episodio. Nadie sabe, por otra parte, si hubo algún día un primer episodio ni en qué pudo consistir.

Por eso nunca sabemos del todo qué significa lo que decimos. A cualquier edad, nos encontramos en esa situación que se atribuye a la infancia, porque la historia en la que estamos metidos desborda siempre lo que sabemos de ella. Las palabras con las que pensamos, las categorías, los valores y las referencias en los que nos apoyamos son siempre más complejos, y tienen más sentido, de lo que sabemos. Inevitablemente, por tanto, siempre hay una parte en lo que decimos que se nos escapa.

No tiene nada que ver con la puerilidad, el candor y la inocencia. Lo que yo llamo espíritu de la infancia no es solo lo no dicho en lo que decimos, sino también lo que se nos escapa en lo que pretendemos controlar y lo que no captamos en lo que creemos comprender.

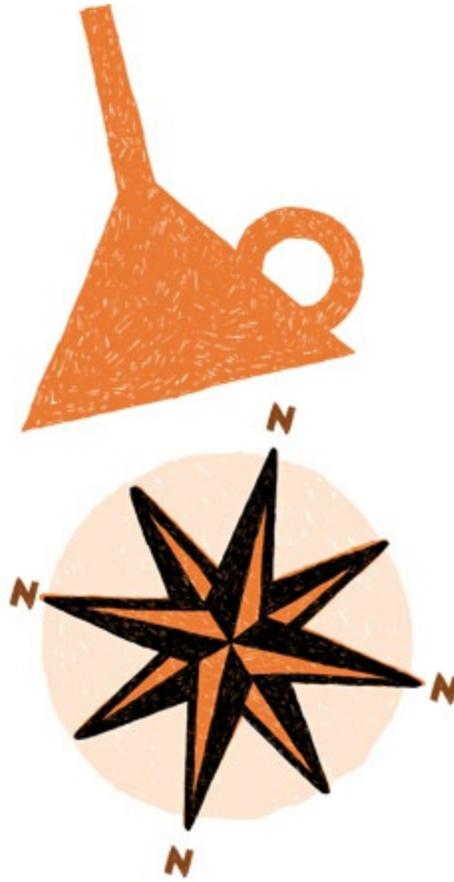
Una vez más, se trata más de un motor que de un obstáculo. Que una buena parte del sentido de lo que proferimos se nos escape no debe entenderse como una insuficiencia, un defecto, como un fracaso por debilidad. Si no conocemos —¡ni mucho menos!— los sentidos posibles de lo que decimos, es porque el sentido desborda por todos lados, se engendra profusamente por todas partes, sin necesidad de esperar a que lo organicemos.

Nuestras palabras —adultas, razonables, controladas, significantes, aumentadas, informadas, etc.— están siempre en una línea restringida, rodeada de cantidad de otros sentidos posibles. Poetas, artistas, narradores, novelistas, a veces incluso filósofos y científicos, lo saben perfectamente, y sacan de ahí una gran parte de sus capacidades para inventar palabras nuevas.

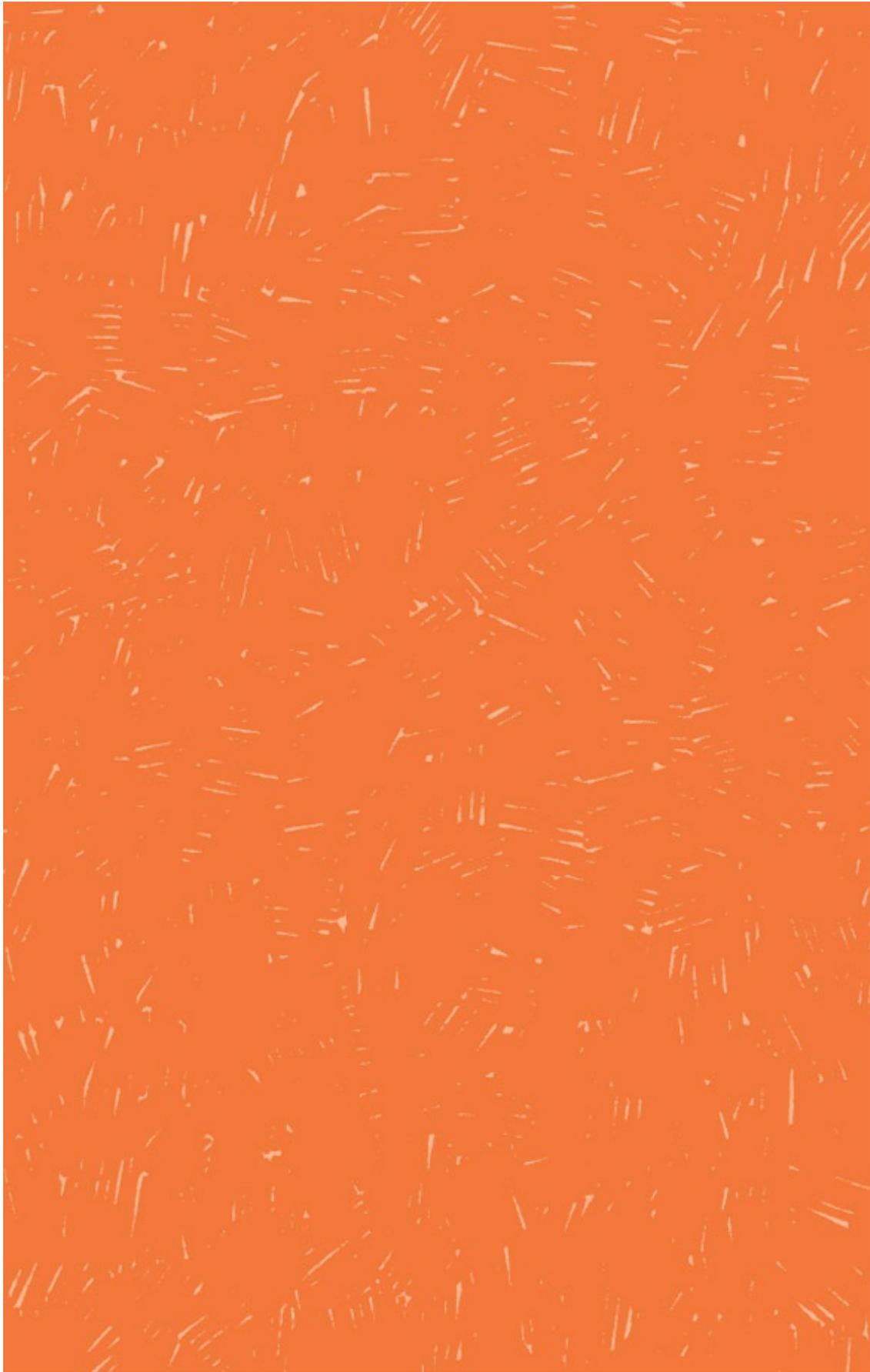
En verdad, yo soy aquella gran dispensadora de bienes: la Estulticia.

Erasmus de Róterdam

Elogio de la locura



Desvariar



La trementina

El olor es fuerte, mareante. Lo invade todo. Absorbe el mundo. Para mí, al menos, es el olor de la infancia. Lo comprendo un día, por casualidad, en casa de un amigo pintor. En su taller, de pronto me siento atraído, capturado, raptado por ese olor. De golpe me vuelvo pequeño. Mi cabeza apenas alcanza el caballete, la tela me queda más arriba.

Me sé de memoria ese perfume acre. También creía haberlo olvidado. Esencia de trementina. Con ella se matizan los colores de la pintura al óleo, se limpian los cepillos, los pinceles, los cuchillos. A veces, se corrige un error en la tela.

Mi madre era pintora. El batiburrillo de tubos, paletas, trapos, cajas de madera, caballetes y telas de todos los tamaños sigue siendo para mí un universo primigenio, ambiguo, todo empapado de trementina.

Amaba ese olor y a la vez lo odiaba. Las dos cosas eran ciertas al mismo tiempo. Lo amaba porque cuando estaba inmerso en la trementina estaba cerca de mi madre, en su lugar, su creación, su pasión. Admiraba las pinceladas de color que emergían de ese batiburrillo para crear en el cuadro unos lugares que yo conocía, unos caballos que yo había visto, unas caras familiares. O bien unas flores recién cogidas, unas casas que yo recordaba, unos cielos que no me eran extraños.

Pero con la trementina también asociaba una rabia feroz. Mi madre se ocupaba del cuadro, no de mí. Ella estaba siempre atenta, disponible, me protegía y me tranquilizaba, y de pronto se volvía ausente, inaccesible, lejana. Pintaba.

La esencia de trementina me presentaba a mi madre en su vida real, intensa, feliz, y la situaba para mí a una distancia insalvable.

Era un olor irracional.

Ejercicio

de ilogismo

Naturalmente, tú eres adulto o adulta, y por lo tanto racional. Sabes que la esquina del mueble contra la que chocas por la noche no te quiere mal, que es la Tierra la que gira alrededor del Sol, que los objetos no hablan, no se desvanecen nunca, no piensan nada.

Has aprendido a vivir y a reflexionar en un mundo donde las cosas son inertes, las leyes de la física calculables, la acción de los humanos lógica y comprensible.

Por lo tanto, te ríes cuando te enteras de los resultados de esos famosos experimentos sobre el desarrollo progresivo de los niños.

Por ejemplo: esa gran bola de plastilina que se extenderá, se enrollará y se transformará en un espagueti largo y fino. Una vez hecho esto, ¿hay más plastilina que antes o menos? La pregunta, para nosotros, no es tal. Pero los niños, hasta cierta edad, no tienen dudas: ¡menos! Evidentemente menos, ya que el espagueti es más fino, más pequeño. ¡Por lo tanto, se le ha quitado algo!

Los niños hablan, pero no razonan; en este caso, no conciben la conservación de una misma cantidad de materia bajo formas diferentes. Otro experimento: entran tres coches, uno detrás de otro, en un túnel. Dentro, no pueden adelantarse. El azul va en cabeza. El segundo es el blanco y el último el rojo. En el túnel no se los ve. ¿Cuál saldrá primero? ¿En qué orden aparecerán? Los niños sienten pánico. ¿Cómo saberlo puesto que ya no los ven? En ese túnel opaco todo es posible. La respuesta es inaccesible. Cada uno dirá lo que le parezca...

Naturalmente, esto te desconcierta, te parece incomprensible o ridículo, o las dos cosas a la vez. En cualquier caso, es otro mundo. Un planeta perdido, un pensamiento que tú ya no puedes pensar. ¡Es así!

¿De verdad? Entonces, ¿nunca dudas ni desvarías? Míralo desde otro ángulo, míralo desde el punto de vista opuesto. Cuando te golpeas de noche contra la mesilla, ¿ni una sola vez has pensado que la mesilla tiene la culpa? ¿Juras que ningún objeto te ha parecido nunca hostil o benévolo? ¿Estás absolutamente seguro o segura de que las cosas inertes en ningún caso te parecen animadas? ¿Nunca te parece que el Sol gire alrededor de la Tierra? ¿Jamás te parece que la continuidad lógica del mundo pueda fluctuar?

Busca en tu memoria. Ejercítate francamente en encontrar esa parte de infancia en tus proyectos, tus observaciones, tus impresiones, tus fantasmas cotidianos. Enseguida verás que está por todas partes, que aflora en cada momento. Cuando hayas atisbado su omnipresencia, te faltará captar que eso no necesariamente es un defecto ni una imperfección. Ni siquiera una contradicción...

El espíritu de la infancia desvaría y por eso hace pensar

Los siete años son —según la opinión unánime— la bisagra que da entrada a «la edad de la razón», cuando la infancia se supone que abandona divagaciones y delirios, y alcanza el pensamiento autónomo, claro y responsable. Los griegos de la Antigüedad ya consideraban esa edad como un punto de inflexión. Los romanos abundan en ello. La Edad Media, el Renacimiento y el siglo XVII no se quedan atrás. Rousseau, la psicología del siglo XIX y nuestros pediatras modernos van en el mismo sentido. Con otras palabras, pero el resultado es el mismo: la sinrazón se aleja, la lógica y la moral se instalan.

Es inútil pretender que ese jalón no significa nada. Es un punto de referencia, un momento importante en el desarrollo cognitivo del individuo, un momento en el que se desarrollan las capacidades de memorización, de juicio, de abstracción, etc. Esto está claramente establecido.

Pero no vayamos a equivocarnos en cuanto al significado de esa «edad de la razón». Si lo que se quiere decir es que un ser humano, alrededor de los siete años, generalmente se vuelve más capaz de mantener la atención, de estar atento más tiempo que antes, que es capaz de aprendizajes más complejos y de realizaciones lingüísticas más elaboradas, no estoy en desacuerdo. Siempre se podrá discutir el ritmo de esa evolución, su extensión, sus causas (fisiológicas, neuronales, psicofísicas, culturales, etc.), pero sería estúpido negar una realidad unánimemente constatada.

Otra cosa es el sentido de ese momento del crecimiento. Si se trata de convertirlo en el final de la infancia, el momento único en el que la sinrazón cede su lugar al entendimiento, yo sería muy escéptico. Incluso resueltamente crítico, si lo que se pretende es prolongar de alguna manera las divisiones antiguas.

¿Qué creían los antiguos? Más o menos lo siguiente: después de la época del silencio, de la infancia-*infans*, incapaz de hablar, venía el tiempo de las palabras huecas, de las frases incontroladas, de los balbuceos irracionales. Pero los siete años eran el final de la locura, del sinsentido y del ilogismo. De pronto cesaba la vida animal y comenzaba la vida humana.

Eso es lo que hay que perseguir y combatir. Porque quedan muchos esquemas de ello en nuestra mente. Esos trazados antiguos aún nos convencen —¡jerróneamente!— de que un día por fin la infancia acaba, la sinrazón desaparece definitivamente y la lógica se impone. Creemos que hay realmente un *antes* (confusión, caos, contradicciones) y un *después* (orden, claridad, coherencia), y que están separados, que son estancos, que no se tocan.

La realidad es mucho menos sencilla. Claro que existen notables diferencias entre una mente muy joven y una mente madura. Sus capacidades deductivas, sus facultades de razonamiento son muy distintas. Nadie confunde las actividades de iniciación de la clase de párvulos con seminarios de topología algebraica. Entre las demostraciones de los matemáticos y los rudimentos del cálculo básico se interpone un largo recorrido. Eso — no hace falta decirlo— está fuera de toda discusión.

Lo que yo sí discuto, en cambio, es la existencia de una separación radical entre esos dos mundos. El matemático más curtido, el más experimentado, a veces sueña con escenas lógicamente imposibles. Me dirán que eso no tiene nada que ver, porque son sueños y son absurdos, todo el mundo los tiene, sea medalla Fields o no. Yo creo lo contrario: sí que tiene que ver... porque es el mismo psiquismo, el mismo cerebro, la misma alma, llámenlo como quieran, la que forja demostraciones impecables y sueños absurdos.

Jamás nos deshacemos del todo de la sinrazón, del pensamiento mágico, del animismo, de la locura, del caos... En la mente más racional, más asentada, en el adulto más formal, esos monstruos sobreviven. Enterrados, relegados, subterráneos, tal vez. Pero nunca aniquilados. Persisten y se manifiestan sin hacer ruido. Acompañan los días y las noches, los trabajos y los gestos.

Sin embargo, sería una visión demasiado negativa —demasiado *grandilocuente* en cierto sentido— imaginar el acceso a la racionalidad como una vida al aire libre más o menos minada por galerías subterráneas pobladas por *aliens* oscuros y perspectivas imposibles, como en los grabados de Escher.

La realidad es más tonta, más plana, pero también más tónica. Si algo de la infancia-sinrazón no cesa de habitarnos, también es para permitirnos pensar, escapar del corsé de las deducciones, resistirnos al yugo de la lógica. Al igual que el silencio hace hablar y la incompreensión hace comprender, el choque de un instante de locura impulsa a la deducción.

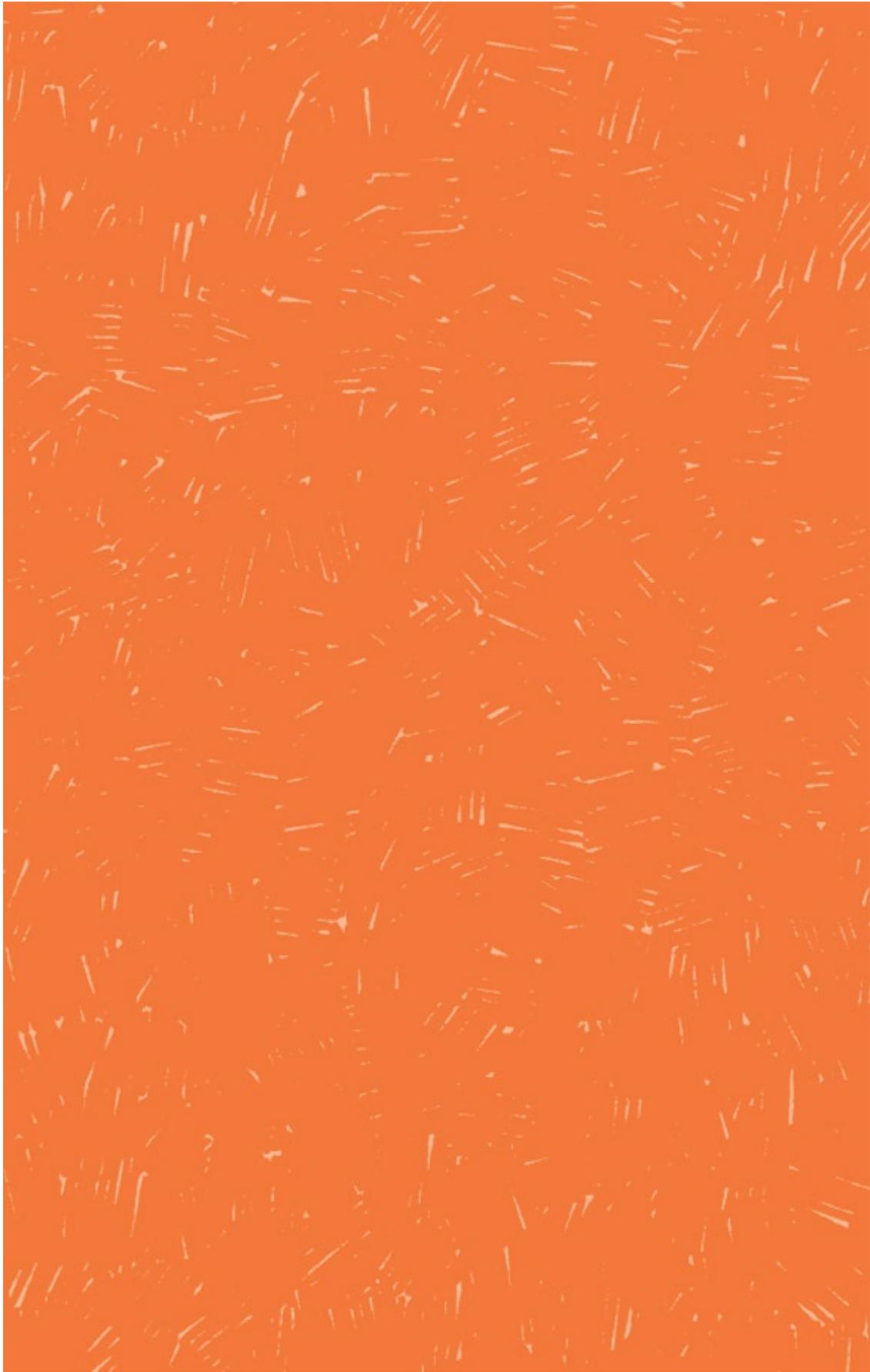
El espíritu de la infancia también es el país del absurdo, del sinsentido, del otro lado del espejo. Y tengo la debilidad de creer que es ahí también donde se alimentan — asustados o cómplices, con complacencia o reticencia— los hombres que pretenden vivir bajo el control de la razón. Se llamen filósofos, científicos, o como quieran...

La actividad creativa de Brahma no se sustenta en ninguna necesidad por su parte, sino simplemente en el juego, en el sentido corriente de la palabra.

Brahma-sutra, II, 1, 32, 33



Jugar sin fin



Maillot

En los bulevares exteriores de París, los llamados «bulevares de los Mariscales» porque todos llevan el nombre de algún mariscal del Primer Imperio, existen entre la Porte Maillot y la Porte Dauphine dos subterráneos que son para mí extraños lugares de memoria. O de «no memoria», no sé cómo decirlo.

Cada vez que paso por allí, recuerdo que hay algo en ese lugar que recuerdo, pero nada es preciso ni fijo. Reconozco la bóveda de cañón, los pozos de luz cuando es de día, las bombillas amarillas de noche y, por encima de todo, los pequeños azulejos rectangulares de cerámica blanca que, en esos subterráneos, van del suelo al techo, los mismos azulejos que en las estaciones del metro de París.

Si conozco bien esos lugares es porque una extraña locura de mis padres, cuando era muy pequeño, consistió en considerar indispensable pasearme al atardecer en coche para que me durmiera.

Iba acostado en el asiento de atrás de un gran Ford negro, en una época en que las sillitas infantiles no se habían inventado ni los cinturones de seguridad eran obligatorios. Era de noche y mi padre, al volante, cantaba. Se sabía de memoria decenas de estribillos, centenares de canciones y arias de opereta, sin olvidar algunos pasajes di bravura como el aria de Fígaro de El barbero de Sevilla. Su papel de solista en una coral del orfelinato le había permitido suavizar, muy relativamente, una infancia digna de Dickens.

Lo que yo percibía de esos cantos, mientras me dormía, era la circularidad, la repetición, el eterno retorno alegre y rítmico. Nada que ver con una sola vez. Los descubrimientos musicales pertenecen a otro mundo. Allí lo importante eran los estribillos, las cantinelas, los ciclos y la vuelta a empezar.

La infancia es una máquina de volver a empezar. Lo que más le gusta son las reiteraciones, las repeticiones, las referencias que reaparecen una y otra vez.

En el auto, de noche, mi madre hacía sus bocetos y mi padre cantaba un repertorio que yo había terminado por saberme de memoria. Esos viajes cotidianos se convertían en uno solo, se pegaban los unos a los otros, los estribillos eran una sola canción cuya única forma de aparecer era el retorno.

Eso es muy difícil de pensar, pero se siente inmediatamente, sin esfuerzo alguno.

Esa repetición que a la infancia le encanta es una vuelta a empezar cada vez idéntica y diferente. Las mismas reglas y mil variantes.

Eso se llama juego.

Ejercicio

de desapego

Tienes miedo porque es un momento crucial. Dentro de unas horas, tal vez unos instantes nada más, vas a jugar una partida esencial para tu vida futura.

Imagínatelo, puedes elegir lo que quieras.

Un examen, una declaración de amor, una entrevista de trabajo, un alegato ante un tribunal, una obra de teatro en la que actúas por primera vez, una audiencia donde te juzgan... Lo que tienen en común estas situaciones tan diferentes es que de lo que hagas, digas o expongas a la mirada de los demás dependerá tu suerte por una larga temporada.

De ahí el estrés y la aprensión. Y quizá también la angustia. Sin embargo, es posible, no digo suprimirlos como por arte de magia, pero sí atenuarlos, paliar sus efectos.

Piensa, simplemente, que lo que vas a hacer es un juego. Vas a jugar al candidato, al enamorado, al que busca un empleo, al abogado, al actor, al reo... Lo que te paraliza, de hecho, no es nada más que un juego.

Me objetarás: «¡Pero no es un juego! Es la realidad». Sucederá «de verdad». Y precisamente eso es lo que te asusta.

Pero las cosas no son tan sencillas. Busca dónde está, exactamente, esa frontera presumiblemente evidente entre «jugamos» y «no jugamos». Te costará determinarlo.

Y es que esa divisoria se desplaza sin cesar. Nunca separa tan nítidamente como creemos lo «serio» de lo «no serio», «lo ficticio» de la «realidad», «lo natural» de lo «convencional».

He aquí otra situación donde aparece el espíritu de la infancia. El espíritu de la infancia constituye un mundo donde el juego es real.

Vas a ejercitarte para comprobar que, de hecho, no deja de existir jamás.

El espíritu de la infancia juega eternamente

Solemos contraponer el juego a lo serio. El juego, considerado pueril, estaría del lado de lo inútil, de lo superfluo, de lo no esencial. Lo serio, lo supuestamente maduro, encarnaría lo real, lo verdadero, lo eficiente. Nada es más estúpido que esa oposición. Nada más falso.

Porque el juego es el sumun de lo serio. No es accesorio ni secundario. No es una distracción. No es nada fútil. Al contrario, es la actividad humana fundadora de todas las demás. Y esto no es difícil de demostrar. Es una cuestión crucial para abordar el espíritu de la infancia. En todas partes y siempre, la infancia juega. No hace otra cosa. Electivamente. Constitutivamente.

Pero ¿en qué sentido? ¿Revelando así su inanidad, su debilidad? ¿Mostrando, en esos universos artificiales que son los juegos, su falta de lucidez, su alejamiento de la realidad? ¿O haciendo estallar a plena luz la potencia creadora de lo imaginario, la libertad soberana de instaurar reglas, la gratuidad suprema por la que se reconocen los actos propiamente humanos?

Dime cuál es tu concepción del juego y te diré cómo defines lo humano, lo divino, la vida, el mundo... En este sentido, la infancia y sus juegos son un indicador, un filtro o un prisma.

¿Qué hacen los niños cuando juegan? Una serie de gestos fundadores. Imitan. En algunas tumbas de niños sumerios se han encontrado carritos. En todas partes, a través de los siglos y las civilizaciones, se han hallado utensilios en miniatura, armas reducidas, muñecas y casitas de muñecas. Reproducir lo que hacen los mayores, apropiarse de sus gestos, esta es la función primordial del juego.

¿Imitar como los monos? Si uno quiere relegar la infancia a una forma de bestialidad, de imitación servil y torpe, dirá eso. Pero también es posible imaginar que estos modelos reducidos son recreaciones del mundo, reinversiones imaginarias. «He aquí lo que es un carro, lo que puede hacer, lo que debería hacer, he aquí lo que yo decido que haga, aquí y ahora», dice soberanamente el espíritu de la infancia. Y el carro hace lo que le dicen. Como las muñecas, las figuritas, los soldaditos y *tutti quanti*.

Pues lo propio del juego es crear sentido. No recibe este sentido desde fuera, no lo busca en ninguna parte. El juego instaura el sentido, lo establece. «Ahora somos conductores de carros.» O piratas, o vaqueros, o caravaneros, o *ninjas*, etc. Máxima

básica, primera consigna: «Jugamos a que éramos...».

¿Qué otra cosa hacemos, una vez adultos? Reproducimos, bajo otras formas, los mismos procedimientos. Jugamos a que éramos... banqueros, revolucionarios, industriales, sindicalistas, artistas, filósofos, artesanos, locutores, ingenieros, abogados, vendedores, etc.

Estas actividades también son roles, personajes que hay que interpretar. Dicen que son serios, que requieren competencias, formaciones, responsabilidades, lo cual es exacto. Pero esto no borra para nada, en esos oficios y cargos, la parte fundamental de juego.

¡Ya sé que entre «jugamos a que yo era médico» y «soy médico» existe una diferencia! Años de estudio, exámenes, controles, aptitudes reales y comprobables para ejercer la medicina, que no es ningún juego. Entre «jugar a médicos» y «ser médico» existe todo el espacio que separa al niño del adulto, al juego de lo real, a lo ficticio de lo serio, a la competencia autoproclamada, «de broma», de la competencia reconocida «de verdad» por una institución. A pesar de todo, la cosa no es tan sencilla.

Porque existe otra cara del juego. No está constituido simplemente de ficciones efímeras ni de declaraciones arbitrarias. El juego también consta de reglas, de normas, de leyes específicas. Al encuadrarlo, esas leyes lo definen y lo hacen existir, prescriben a qué se juega y cómo, qué está permitido y qué no lo está, y en qué consiste hacer trampas.

Los juegos son más o menos ricos en reglas, que a su vez pueden ser más o menos complejas o prolijas. Pero las normas no están nunca ausentes. Incluso en la ensoñación («jugamos a que esto era una isla desierta...») hay unas reglas implícitas establecidas (si es una isla desierta, no se puede pedir ayuda a los vecinos, por ejemplo, ni ir a la tienda).

El error más frecuente es creer que lo imaginario y la regla se oponen. Por un lado, el libre vagabundeo de la fantasía. Por otro, la ruda constricción de los corsés normativos. Naturalmente, jugar a las muñecas no es jugar al ajedrez. Sin embargo, la diferencia no es tan grande como cabría pensar. Porque también hacen falta reglas básicas para jugar a las muñecas: la muñeca tiene que poder hacer o no una serie de actividades bien delimitadas. Simétricamente, las leyes del juego del ajedrez (tablero, desplazamiento de las piezas, captura...) se establecen mediante un acto de imaginación: esto es una torre, esto es una reina, esto un caballo, etc., y cada uno tiene sus propios trayectos.

El juego de la infancia, es decir, el juego a secas, está entre lo arbitrario y la ley. Entre la espontaneidad y la obligación establecida. Entre los caprichos de lo imaginario, sus saltos de humor, sus rodeos y sus rupturas imprevisibles, y la fijeza de las órdenes inmutables, la recurrencia de los algoritmos, la inviolabilidad de las reglas.

Decir que el juego está «entremedias» no deja de ser una aproximación. Porque no está «a la misma distancia» de esos términos antagónicos, como puede uno estar entre el vicio y la virtud, o entre unos partidos de derechas y unos partidos de izquierdas,

ilusoriamente o no, eso ya es otra cuestión... Ese «entremedias» es impropio, porque no se trata de un centro ni de un medio. Más bien de una conexión, de unos lazos. En el juego, de una forma difícil de captar y más difícil aún de explicar, existe una combinación de azares y decretos, de incontrolable y controlado, que adopta la forma de oposición entre los caprichos y las normas.

Para que se desarrolle el juego, las dos cosas se unen, se imbrican, se intensifican aliándose. Solo entonces puede aparecer ese elemento primigenio con toda su potencia cósmica, metafísica. Sin nada en común con lo pueril, que se desprecia. Es todo lo contrario: un gesto tan libre que apenas lo podemos distinguir.

Entre las culturas del mundo, la de la India tiene un concepto muy refinado del juego como espíritu de la infancia, y ha sabido abordar su naturaleza enloquecedora. Pero la India no está sola en eso. Sin duda, todas las culturas han reflexionado sobre los lazos entre el juego, la infancia y la vida humana, y hasta la vida divina.

No hay que olvidar, por ejemplo, que los griegos reunían en una misma familia de palabras «niño» (*paidón*), «juego» (*paidia*) y «educación», «saber», «valores» (*paideia*).

Pero lo que ocurre en la India clásica y en el campo del sánscrito es más sorprendente. Porque el pensamiento indio engloba en la categoría de «juego», sin introducir jerarquizaciones, actividades tan parecidas y tan distintas, tan libres y tan exigentes en reglas, como los juegos de pelota y los ejercicios poéticos, la prestidigitación y la domesticación de los pájaros, los dados y la magia, el columpio y las actividades eróticas, los juegos de palabras y los de la carne.

El *Kama sutra* —el juego tiene que ver con la esfera de *Kama*, el placer, entendido en todas sus formas, desde la danza a la gastronomía, desde el sexo a la poesía— enumera, por ejemplo, sesenta y cuatro «artes» que pertenecen a la categoría del juego (*lila*). Los juegos infantiles (la pelota, el columpio) figuran al mismo nivel que los juegos literarios de sociedad (como las «estrofas que hay que completar», unos ejercicios de tipo «oulipiano» que consisten en componer el final de una estrofa de la cual solamente se proporciona el principio). Si nosotros hacemos hincapié en las diferencias que separan los juegos (pelota, ajedrez), los indios hacen hincapié en lo que los une, la actividad lúdica.

¿En qué consiste? Esencialmente en la gratuidad, la libertad y la autonomía. Nadie está obligado a jugar. El juego es ante todo libre despliegue, alegría desinteresada, profusa y autoengendradora. Porque el trabajo obedece a la necesidad, pero el juego solo se obedece a sí mismo. El juego «regocija», como decía Montaigne. El trabajo responde a la necesidad, de forma inevitable y a menudo agotadora. El juego no responde, sino que afirma. Ninguna necesidad lo condiciona. En él, el ser se despliega a su gusto, regocijándose.

El juego obedece a unas reglas, pero es el jugador quien las dicta o las acepta. Ninguna regla se presenta jamás como un hecho del mundo, como un dato objetivo de la realidad. Todas esas normas están construidas, fabricadas, generadas por el propio juego. Porque el juego solo es acción. El denominador común de todos los juegos —muy diferentes, a primera vista— es la actividad.

La regla no dice nada de lo que será la partida. Hay que jugar para experimentarlo, entrar en sus avatares, caso por caso, recorrer el laberinto de los posibles que se anulan, se actualizan o se reconstruyen a medida que vamos jugando. Por tanto, hay que considerar el juego como una nueva realidad, que se puede manejar y construir hasta el infinito, que siempre se reinventa.

Es lo que en la India hace el Absoluto. El Brahman juega. Dios, si se prefiere, juega a crear el mundo, a destruirlo, a convertirlo en otro, que a su vez pronto será demolido. El Absoluto no necesita nada, no carece de nada, no trabaja. Por consiguiente, juega. Tira los dados, lanza el columpio, comienza el poema. Prestidigita el universo, simplemente por placer.

El Absoluto-infancia juega con el mundo, juega el mundo, juega con nosotros, con la historia, con el cosmos, sin que podamos comprender sus caprichos, sus ramalazos, sus actos gratuitos. De ese juego divino se derivan varias consecuencias.

El mundo pierde su pesadez, la existencia su gravedad. Eso no significa que las desgracias se desvanezcan ni que los sufrimientos se evaporen. Pero, en esta óptica del juego divino, de la infancia cósmica, la textura del universo es la de la ilusión —lo que los indios llaman *maya*—, la de los sueños y los espejismos.

Esa *maya* puede concebirse como un velo engañoso que enmascara la realidad. Entonces habría que apartarlo, suprimir el obstáculo para contemplar la verdad, según un movimiento comparable al de Platón. Pero esa ilusión también se puede considerar insuperable, como sostienen las escuelas shivaítas de Cachemira. Su velo se convierte entonces en la única textura del mundo: el Absoluto engendra el juego de la ilusión, juega a la creación, se divierte con ella, se deja envolver por el juego...

No sé si esa concepción puede o debe considerarse más pertinente que la de las teologías occidentales. Lo único que sé es que es muy diferente. Aquí no hay designios divinos, sentido de la creación, historia severa y coherente de la redención. Todo es infancia, juegos, representación. *All the world a stage...* Aunque sea trágico, el teatro es alegría porque es ilusión.

Pero esto no siempre es fácil. Porque a veces el mundo es una pesadilla. Hay muchísimos horrores y matanzas, y se distribuyen al azar, sin justicia ni justificación. Hay inocentes que gimen desesperados, hay justos que perecen. Ni en todas partes ni todo el tiempo, de acuerdo. Pero con frecuencia. Por lo tanto demasiado, siempre demasiado, ¿cómo hablar de alegría, sumidos en esa noche?

¿Habrá que decir que la distancia que el juego instaaura deja un espacio para que se instale la alegría? Me temo que esa extraña gratuidad cósmica, constituida por el juego divino, sea una fuente poderosa de negación de la realidad. Lo peor no es más que una ilusión. Una pesadilla sin duda, pero pesadilla al fin. Lo cual exime de toda responsabilidad.

Siempre es tentador quedarse solo con la pulsación en el corazón del juego, con lo imprevisible como modo de existencia, con la construcción-destrucción como forma de actuar. Puede ser fascinante pensar que la aspereza es su constante, y las rupturas su línea fija.

Soñaremos, pues, que todo el mundo juega. Y que jugamos a todo. El Absoluto juega a crear mundos, donde los niños juegan a los dados, los sabios a la salvación, los hombres a la historia. Lo sublime y lo fútil permutan, intercambian sus lugares. Y también lo irrisorio y lo grandioso, lo infinitesimal y lo infinito, la mugre y lo diáfano.

¿Dónde están, en ese caso, los juicios éticos, la existencia misma del bien y del mal? ¿Dónde están los límites del juego, los del mundo y los de la humanidad?

La infancia también es una fuerza de la que conviene guardarse. El juego y la alegría pueden hacernos olvidar la realidad. Todos conocemos la alegría del juego. Todos, algún día, hemos estallado de júbilo, hemos pataleado, jadeado y chillado, participando en un juego o en una competición. Sabemos que es mucho más que una distracción, una modalidad esencial de la vida, su afirmación, su expansión, su libertad. Jugar nos transporta, en todos los sentidos de la palabra. Nos conduce a formas de vida más intensas, más soberanas, a éxtasis y a plenitudes.

Si el juego, como dicen, sirve para «pasar el rato», es porque acelera el curso de las horas, pero también porque lo detiene. El tiempo «pasa»; tratemos de entenderlo literalmente: se difumina, se borra y finalmente queda en suspenso. El juego nos transporta a otro lugar fuera del tiempo. Nos lleva, como si nada, a la eternidad. Porque eterno es tanto lo que dura sin fin como lo que se sustrae al tiempo. ¡Y el juego hace las dos cosas!

Nos hace por tanto olvidar el tiempo, lo cortocircuita y al final lo apaga. Pero el juego también hay que recomenzarlo sin parar, retomarlo, continuarlo; es siempre abierto y repetitivo. Podemos terminar una partida, ganarla o perderla. Pero el juego en sí no acaba nunca. Ni nosotros con su perpetuación. La partida vuelve a empezar o continúa, el juego sigue, parecido a sí mismo, pero siempre distinto. Simple y fijo, en apariencia. Múltiple y móvil, visto desde otro ángulo.

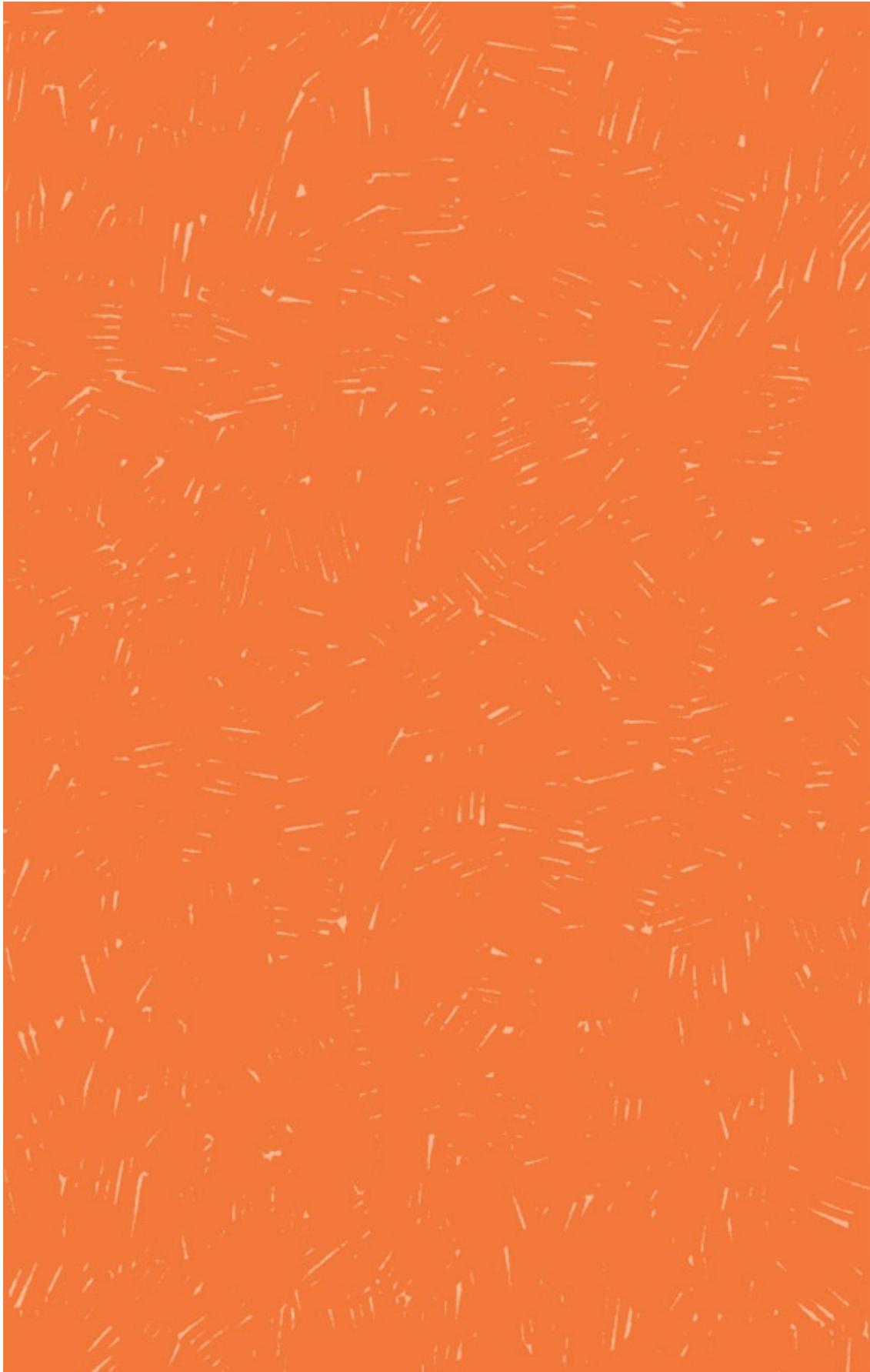
Todo lo que es verdad en el juego también sirve para el espíritu de la infancia. También es eterno, caótico y solar, repetitivo y fluyente.

Después de las risas, los llantos; después de los juegos, el dolor.

Proverbio bretón

Emocionarse siempre





Kodak

Era un pequeño camión amarillo, un camión en miniatura. Su fabricante, Dinky Toys, sigue siendo famoso entre los coleccionistas de juguetes antiguos, los nostálgicos de los cochecitos, los amantes de las antigüedades recientes. Representaba un camión de reparto de Kodak, otra marca desaparecida, que dominó el mundo de la fotografía en color en la época de los rollos de película y los aparatos desechables.

Que ese pequeño juguete esté ligado a dos marcas desaparecidas indica que mi infancia es lejana. Mis juegos y mis juguetes pertenecen a una época que ya no existe. En una palabra, soy viejo. Pero la lección de este juguete no me parece que haya envejecido. Es tan duradera como si fuese un carrito sumerio y mi infancia se hubiese desarrollado hace unos milenios, lo cual, dicho sea de paso, quizá no sea del todo falso.

Ese camión Kodak amarillo tenía un remolque con un toldo rebelde, y ese toldo acabó siendo para mí el símbolo de la resistencia del mundo. Se convirtió en la prueba de mi impotencia frente a dificultades insuperables. Cabe decir que no era un toldo propiamente dicho, sino una especie de tapa, una pieza de metal en forma de U invertida. Había que engancharla en el remolque para que el camión hiciese sus repartos enarbolando el logo de Kodak, unas letras rojas y negras sobre fondo amarillo (lo recuerdo perfectamente, era el mismo que el de las cajas de los rollos de película de mi padre).

El desafío de ese juguete, el desafío que yo no lograba vencer, era precisamente la fijación de ese techo. Había que sostener la pieza metálica, apretar lo bastante fuerte para encajarla en los lados del remolque y soltar la presión para que se metiera exactamente en las ranuras previstas. Para mis manos infantiles, esa secuencia de operaciones que combinan la fuerza con la precisión presentaba una dificultad insuperable.

Lo intentaba una vez, dos, tres, diez. Sin conseguirlo. El toldo quedaba torcido. O solo se enganchaba de un lado. O bien, mal colocado, se mantenía unos segundos y luego salía disparado en cuanto el camión empezaba a rodar. Lo cual me daba una rabia enorme, furiosa. Inextinguible.

Los adultos lo conseguían sin problemas. Cogían el trozo de metal amarillo, lo apretaban, lo ajustaban fácilmente, y todo quedaba bien sujeto. ¡A mí no me salía nunca! Por más que lo intentase. Me esforzaba, me esmeraba, ¡era imposible! Irrealizable.

Me sentía a la vez desamparado, desesperado, humillado y rabioso. Acabé tirándolo todo.

Mi madre encontró el camión en medio de unos cuantos cadáveres de vacas de plástico y ovejas desmembradas. El vehículo había resistido, el toldo infernal estaba en la otra punta de la habitación.

Me preguntó qué había pasado. Tuve que contarle mi angustia y el engaño de Kodak. El caso es que ella decidió enseñarme a hacerlo.

«¡Ya verás cómo lo consigues!» Fue la frase mágica. Me la repitió decenas de veces mientras me explicaba dónde apoyar, cómo, de qué manera sostener el camión, dónde poner los dedos, en qué orden hacer los distintos gestos. Era difícil. Fracasé mil veces más. Pero ya no abandoné: «¡Ya verás cómo lo consigues!».

No podría decir cuánto tiempo duró ese aprendizaje. Unos días me parece poco. Unos meses me parece mucho. Lo más verosímil es que el asunto del camión me llevase unas semanas. No sabría decir cuántas.

Pero sé que ahí aprendí lo que es aprender. Soportar intentos, repeticiones, tanteos, fracasos. Confiar en la práctica. Así descubrí también la duración, y la ascesis, que es el nombre culto del ejercicio.

El día en que yo solo, y sin demasiado esfuerzo, pude poner y quitar y volver a poner el toldo del camión amarillo sentí un orgullo inconmensurable.

Durante mucho tiempo, cuando se me hacían una montaña las novedades a las que me tenía que enfrentar (aprender a leer, por ejemplo, o empezar a nadar), bastaba que mi madre me dijera: «Es igual que el camión Kodak...».

Una lección que no he olvidado. Aquí está la prueba.

Ejercicio

de emoción

Busca bien. Observa dentro de ti. Siente lo que pasa. Estás enfadado, por ejemplo. Fuera de ti, como se dice. Indignado, furioso. ¿Eso te impide pensar? Claro que no. ¡Al contrario! Se te ocurrirá una respuesta, una venganza, una salida de emergencia. Podría ser que, una vez pasado el enfado, juzgaras las cosas de otra forma. Hasta es probable. Pero lo esencial es darte cuenta de que no dejas de reflexionar porque estés emocionado/a, o incluso perturbado/a por la emoción.

Ahora observa lo contrario. Estás reflexionando. Nada te molesta. Aparentemente, ninguna emoción, ningún sentimiento te perturba. Te entregas, libremente, tranquilamente, plenamente, a una actividad intelectual, matemáticas, filosofía, crucigramas... Te limitas a reflexionar.

¿Seguro? ¿No te entran ganas de sonreír? ¿O no te da de pronto un bajón, una tristeza? Al margen, por debajo, por encima, al lado de tu reflexión, o incluso dentro de ella, como acompañándola, dándole color. Y esa emoción no te impide reflexionar.

En realidad, si analizas atentamente las fluctuaciones permanentes de tu mente, encontrarás cantidad de sensaciones yuxtapuestas, a veces entremezcladas, a veces fundidas. Descubrirás, como una forma de ser normal y muy corriente, innumerables variaciones, que pueden ser bruscas o lentas.

La calma de nuestra conciencia no es más que una leyenda. Ese barniz de serenidad nos impide ver nuestras tempestades interiores, los vientos que soplan, los giros, las borrascas y las calmas que se suceden.

Ver en el espíritu de la infancia un equivalente de los vientos huracanados sería sin duda excesivo y simplista. Pero sin duda no es la calma chicha. Lo creemos porque lo miramos desde detrás de un cristal grueso y estanco.

Aunque, de hecho, la estanqueidad no es completa.

El espíritu de la infancia ríe-llora

La infancia ríe. Porque no tiene preocupaciones, dicen. O porque es ingenua. O porque es de naturaleza alegre, porque es fácil de distraer, porque se evade rápidamente de la realidad. Me parece que eso está mal comprendido y mal pensado.

La infancia llora. Entonces se dice que es sensible, frágil, impresionable. La edad endurece, los años secan las lágrimas y el corazón. El niño lloriquea, el adulto calla. Dudo que sea tan sencillo, una vez más.

No ignoro que los niños pasan de la risa al llanto e inversamente sin transición, sin tiempo muerto, de una forma que desconcierta a los adultos. Sin duda les falta equilibrio, templanza y moderación. No tienen termostato, por así decir. Desregulados, expuestos a saltos de humor y de temperatura. Por cualquier nimiedad todo se tambalea.

Caen entonces en una desesperación absoluta, pero también muy fugaz. Al cabo de un segundo, se ríen, estallan de alegría. Como locos.

Locos, sí. Al menos si admitimos que la locura puede caracterizarse sobre todo por cambios bruscos, inmersiones completas en la euforia total o el abandono completo.

Lo que es loco, en la infancia, no es solo la versatilidad de los humores, el paso inmediato de un estado a otro. También es la profundidad, la radicalidad de esa inmersión. La alegría de los niños es perfecta, completa. Habita el mundo, empapa el universo, lo invade todo. Su tristeza es insondable, no tiene salida. Oscurece la mente como el cielo, baña toda la existencia, definitivamente.

La vida de la infancia es una sucesión de *tsunamis*. Varias veces al día o a la hora, la tierra tiembla, unas olas gigantescas se lo llevan todo por delante. Olas de risa, de lágrimas, de angustia, de entusiasmo..., siempre como un maremoto.

De repente, ya no existe nada más. Nada, salvo la risa, la alegría, el placer. Nada, salvo la desdicha, el abandono, el sufrimiento.

Los mundos se suceden. Cada mundo reemplaza al anterior y lo hace desaparecer. La risa no tiene memoria del llanto, las lágrimas no tienen memoria de la alegría. De un momento-mundo al otro, todo queda engullido, sumergido, transformado por la nueva emoción que se torna universo, cosmos único.

Los adultos conocen raras veces semejante violencia de arrebatos repentinos y totales. Casi siempre, recuerdan más o menos otros horizontes, otros momentos. Saben en general que existe algo más, fuera de lo que están experimentando. Recuerdan, en medio de la tristeza, que un día tuvieron una vivencia feliz. En medio de la alegría, conservan la idea de un gusto amargo de desdicha, aunque esté superada.

A los adultos se les reconoce por eso. Nunca están totalmente en lo que sienten, casi nunca se dejan llevar, inundar, engullir por la marea de los afectos. Incluso cuando están emocionados, conmovidos, todos los individuos maduros conservan la conciencia de que se trata de un momento entre otros. Siempre existe un exterior. Un horizonte, una línea de continuidad.

Con la infancia no es así. Son universos sucesivos, mundos cerrados en sí mismos, de felicidad, de angustia, de desesperación, de placer, de dulzura, de miedo, de calma, de susto..., y se suceden, a toda velocidad, sin que en cada mundo esté uno nunca seguro de que existan otros, ni de que antes hayan existido mundos diferentes, ni de que después puedan llegar.

No es una ventaja para la infancia. Por muy emocionado que uno esté, más vale no verse engullido y sumergido en la emoción, saturado totalmente por su poder. La reserva del adulto, esa especie de enfriamiento que le permite continuar recordando otra cosa cuando se siente perdido o exaltado, constituye efectivamente un progreso.

Pero esa evolución no es necesariamente una ruptura. Si el adulto razonable cree poder abandonar para siempre al niño que ríe y llora, se equivoca. Es más, se engaña.

Aquí reside exactamente la diferencia entre la infancia y el espíritu de la infancia.

Infancia: la realidad vivida en los primeros años. Espíritu de la infancia: lo que podemos extraer de ella para utilizarlo durante toda la vida, en todas las circunstancias.

No se trata de echar de menos el tiempo de las risas y los llantos que lo invadían todo, ni las oleadas sucesivas de emociones que ignoraban el exterior. Tampoco de jactarnos de ser tan estables (relativamente), tan adultos y racionales.

Se trata por el contrario de combinarlo todo, en vez de separar y jerarquizar, y por lo tanto de hacer de menos.

Si la razón adulta olvida reír y llorar, se reseca, se empobrece y se marchita. Si se disuelve y se pierde en ello, lo pierde todo. Conviene, pues, alimentarse de las emociones sin ahogarse en ellas, acogerlas sin despreciarlas, sin proponerse constantemente reprimirlas.

Una larga y poderosa tradición cultural ha clasificado como debilidad las risas y los llantos, la emotividad, la sensibilidad, la versatilidad del humor. De las grandes personalidades marginales de la razón se dice que se emocionan «como niños», de una forma súbita e incontrolada.

Las mujeres ríen y lloran, se emocionan por nada, cambian de humor y de opinión, dicen. Los salvajes, los bárbaros, los no civilizados, los mal educados, los poco desarrollados —quiero decir, por supuesto, los presuntamente tales— también se nos describen como dominados por sus risas o sus lágrimas, arrastrados por sus afectos como briznas de paja. Igual que las mujeres y los niños, no saben comportarse, eso dicen.

¿Qué más dicen? Que también los locos, que han perdido la razón, ríen y lloran sin poder parar, sin ni siquiera saber por qué, sin poder evitar pasar continuamente de una emoción a otra, sin dominio ni control, sin identidad, porque carecen de poder sobre sí

mismos.

¿Y los ancianos? ¿Acaso no se los ha representado demasiado a menudo como niños, que ríen y lloran sin cesar? En la extrema vejez, para cerrar el círculo, el adulto volvería a ser irracional, hiperemotivo, incapaz de controlarse. Por lo tanto, niño.

El esquema siempre es el mismo. Es antiguo, todavía poderoso, pero se va erosionando. Su principio es sencillo: la vida controlada por la razón se supone que aparta las risas y los llantos, así como todos los trastornos del mismo tipo. Esa supresión se considera una mejora, una humanización, una victoria sobre la animalidad, sobre el cuerpo que se emociona, pero que no piensa. Finalmente, esa victoria gloriosa sobre el caos emotivo y animal es propia del adulto macho, civilizado, educado, maduro y mentalmente sano.

La crítica de esa división y de sus abusos es bien conocida, pero raras veces se hace bien. La trampa en la que cae la mayoría consiste en invertir la jerarquía en vez de salir de ella.

¿El niño era despreciado? Pues será glorificado. ¿Las risas y los llantos incesantes eran rechazados? Pues serán sobrestimados. Y todos los inferiores de ayer se convertirán en superiores. Sensibilidad de las mujeres contra brutalidad de los hombres. Pureza de los salvajes contra corrupción de los civilizados. Genio de los locos contra mediocridad de los normales. Sabiduría de los ancianos contra irreflexión de los jóvenes...

Invertir así las polaridades no sirve de gran cosa. Más esencial es mantener unidas las facetas opuestas, asumir su tensión. Lo cual significa aprender a combinar la edad adulta y el espíritu de la infancia, la razón distante y la emoción cercana, las lágrimas y la reflexión, las risas y el pensamiento.

¿Es *combinar* la palabra adecuada? Apenas la acabo de escribir y ya me entran dudas. Pues una combinación supone dos elementos distintos, heterogéneos e independientes, que se pueden trenzar uno con otro. Pero yo hablo de otro tipo de mezcla.

Las risas alimentan el pensamiento, lo estimulan, lo tonifican. A menudo constituyen ellas mismas pensamientos, no se distinguen. Reír es un pensamiento, pensar es una risa. Son desequilibrios, reajustes, rupturas creativas. No siempre, por supuesto. No sistemáticamente. Pero en tantos casos, en tantas ocasiones diversas y en tantas circunstancias múltiples que no se pueden considerar elementos separados.

Lo mismo ocurre con las lágrimas y la tristeza. Baudelaire habló de las virtudes del esplín, mucho tiempo después de que Aristóteles señalase la presencia de la melancolía en los pensadores. Dejemos pues de imaginar que el flujo de las emociones es independiente del pensamiento. No es ni contrario ni siquiera exterior a él. No es más que un mismo proceso, bajo dos formas, que a veces se funden y a veces se enfrentan, que se alimentan y se combaten, pero que, en el fondo, no pueden dissociarse totalmente la una de la otra.

«Para de reír, es hora de reflexionar», dice el maestro malo y austero. «Sécate las lágrimas, es hora de pensar», dice también, en otros momentos. No me gustan esas restricciones. «Ríe, llora, y de esta manera piensa», dice el espíritu de la infancia. Esto me gusta más.

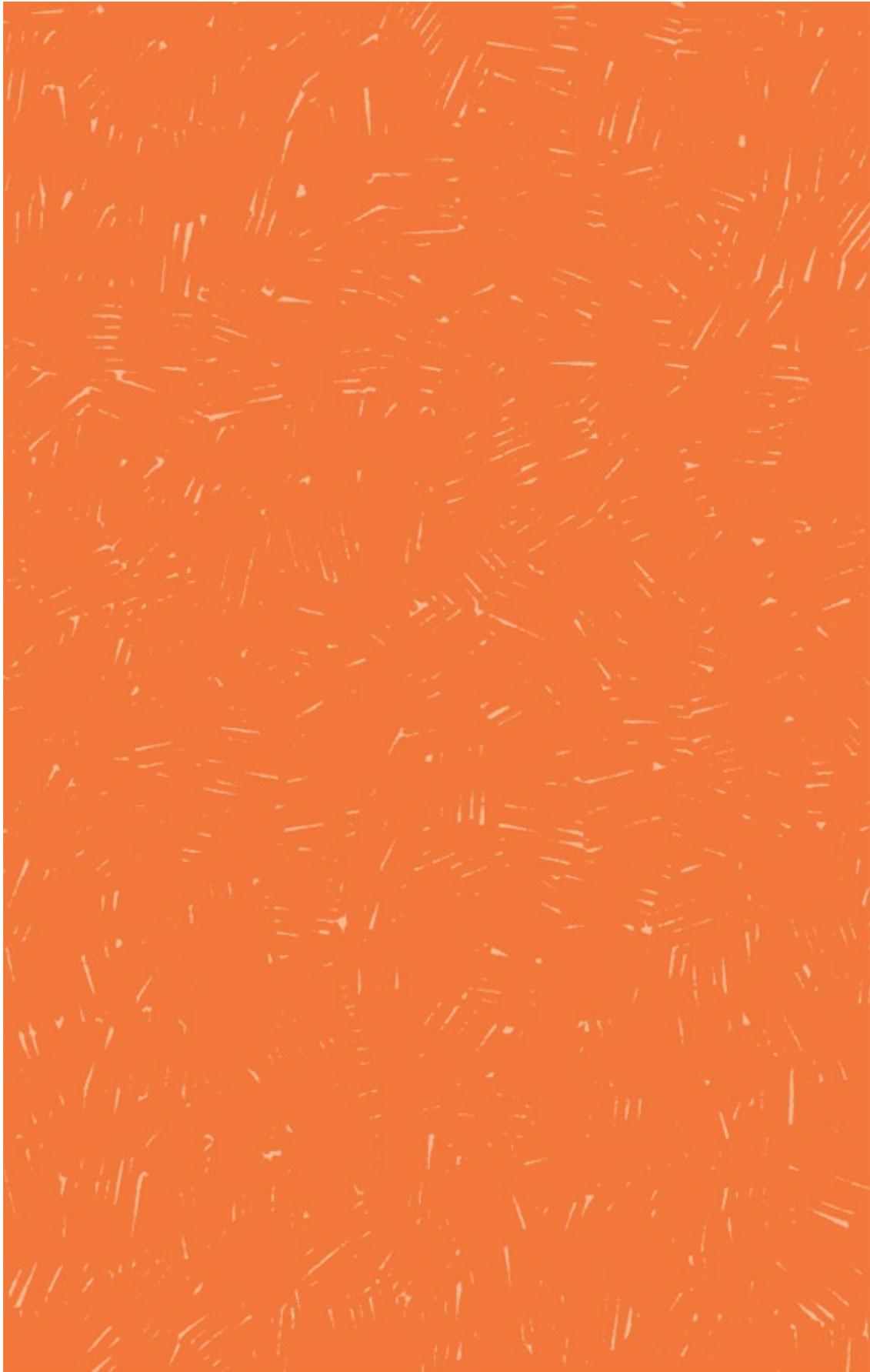
Cada vez me indigna más la estupidez humana. Lo cual es imbécil, porque es lo mismo que indignarse por la lluvia.

Gustave Flaubert

Carta a Caroline Commanville, marzo de 1880

**Entontecerse
divinamente**





La salvación del ángel

Mis abuelas eran católicas como lo es la gente en Sicilia. Llevaban medallas protectoras, tenían una devoción especial por determinados santos, hacían peregrinaciones, novenas, recitaban rosarios y conservaban en lugar seguro unas imágenes piadosas, preferentemente bendecidas.

Digo mis abuelas porque estaba la madre de mi madre, pero también la abuela de mi madre, esa bisabuela que para mí, cuando tenía pocos años, era una especie de Urmutter, de madre primigenia, primordial, de la cual descendían las demás.

Dos siglos en la isla de Guadalupe habían cruzado a esos antiguos bearneses con el vudú, la magia negra o blanca y con toda clase de supersticiones. Todo ello me destinaba, casi inevitablemente, por reacción, a un ateísmo robusto y a una marcada tendencia al racionalismo.

No fue hasta mucho más tarde cuando pude darme cuenta, por comparación, de lo extrañas que eran sus prácticas. De pequeño, todo aquello me parecía normal porque no conocía otra cosa. Comprendía vagamente que mi padre, que jamás ponía los pies en una iglesia, no compartía su opinión. Pero eso era algo vago. Sencillamente, ellas iban a la iglesia y él no.

Yo no entendía mucho de oraciones. Sinceramente creí, y durante mucho tiempo, que se rezaba por los pescadores que estaban en el mar. En los Evangelios se habla de barcas y de pescas milagrosas. Encontraba raro que se dijese «ruega por nosotros, pobres pescadores» ya que no teníamos barca ni redes. Pero debió de haber una época en que todos los cristianos vivían de la pesca, y seguramente se había conservado la fórmula.*

También tenía dificultades con la gracia y las entrañas. «Dios te salve María llena eres de gracia» evocaba para mí la grasa. A una mujer a la que se respetaba tanto, ¿por qué se le recordaba que estaba «llena de grasa»? ¿Y qué eran sus «entrañas»? «Jesús, el fruto de tus entrañas.» Esa mujer con unas entrañas llenas de grasa no me parecía muy atractiva, la verdad. Pero no decía nada.

De hecho, aquel mundo mágico se me antojaba como algo independiente de lo demás. Era divertido, a veces, por su extrañeza. Mis abuelas, por ejemplo, tenían una devoción especial por la «medalla milagrosa de la Rue du Bac», detrás de los almacenes Bon Marché. Por eso, a intervalos regulares, yo me encontraba en el corredor que lleva de la calle a esa capilla, situada en un traspatio.

Allí había una estatuilla que representaba a una especie de ángel sentado. Debía de ir vestido de monje, o a lo mejor no era un ángel; mi recuerdo en este punto es borroso. El resto no lo es. Aquella estatuilla estaba destinada a recibir dinero. Habían abierto para este fin una ranura entre las piernas del ángel. Dejo para los expertos las interpretaciones.

Cuando yo metía en esa ranura la moneda que me habían dado, el ángel movía la cabeza, de delante atrás, en señal de agradecimiento. Su movimiento de cabeza, lento, duraba bastante.

Esa estatuilla que saludaba me encantaba. También me daba un poco de miedo. Pese a saber que no estaba viva del todo, yo veía que se movía, que daba las gracias con la cabeza insistentemente, y eso me asombraba. Como pueden asombrar y maravillar las marionetas y los autómatas. Las apariencias. ¿Los dioses?

Ejercicio

de incomprensión

No te propongas dejar de pensar, es imposible. Nunca lograrás parar totalmente el flujo. Lo intentas, empiezas a hacer el vacío, crees que funcionará, se instala la calma, empieza la paz, y ¡zas! Se presenta la idea de que hay que llamar a Pierre, pedirle una cita a Paul, decirle a Jacques que no podrás ir. Pararlo todo no funciona. Y no puede funcionar porque no somos dueños de nuestros pensamientos. No está en nuestro poder mandar sobre nuestras imágenes mentales, hacerlas aparecer y desaparecer a voluntad. Sea cual fuere nuestro nivel de autodomínio, de sabiduría, nuestra práctica de la meditación y la concentración, fracasamos a la hora de controlarlo todo.

Lo mejor que podemos hacer es dejar de adherirnos, dejar de incluirnos en nuestros propios pensamientos. Mirar pasar las citas pendientes, y cualquier otra cosa, como nubes en el cielo. Sin demorarnos en ellas, sin quedarnos pegados a ellas. Sin comprender...

Intentar no comprender es un ejercicio de la infancia. No comprender —no comprender bien o no comprender en absoluto— lo que uno ve, lo que oye, lo que pasa, es algo que les ocurre a todos los niños. Los adultos confiesan enseguida que no entienden bien qué es lo que piensan ni lo que quieren. Dicen que todo eso desaparece con la edad. ¿Será verdad?

Lo cierto es que basta con muy poco —un paso al lado, un desajuste, un desencaje, aunque sea mínimo— para que ya no sepamos muy bien de qué se está hablando, qué se dice ni qué hay que responder.

Fíjate en esos momentos en que flotas, esos tiempos en que te distancias. Si los acentúas, los repites y los cultivas, empezarás a captar que la ineptitud también es una manera de ser totalmente natural.

Sin duda estás convencido/a, como prácticamente todo el mundo, de que ser inepto es una inferioridad. Algo negativo. Una falta, un fracaso, por no decir una tara.

Sería hora de que te entrenaras para ver la ineptitud de otra forma, como un recurso posible, un continente por explorar, una modalidad de la mente por experimentar. Seguro que sí.

Inepto como Dios

Conviene repetirlo: *infancia* es el nombre de un espacio enigmático. Los contrarios se tocan y se conectan en vez de oponerse. Todo lo que habitualmente se distingue, se excluye, se revela como incompatible, en el espacio de la infancia se articula en silencio. No diría que, en ese lugar misterioso, los opuestos coinciden, ni que se anulan. Se trata más bien del espacio que los contiene, y que puede hacerlos coexistir en la medida en que se sustrae a su oposición.

Se ha señalado mil veces que los niños alternan la ternura con la crueldad, la risa con el llanto, la cobardía con el valor, la prudencia con la temeridad, la paciencia con la rabia y el amor con el odio... A menudo también se ha practicado la inversión de una característica de la infancia para convertirla en su contrario: la infancia, que es ignorante, tiene fama de omnisciente. Pese a no tener nada, se la considera soberana. Siendo dependiente, se le atribuye el poder supremo.

Siempre se supone que esa inversión de los signos desvela una verdad última del estatus de infante. Solo en apariencia sería débil, vulnerable, incompleto, carente de autonomía, miserable, en definitiva. Si lo observamos mejor, si lo miramos como hay que mirarlo, su existencia manifestaría lo que realmente es: omnipotencia absoluta, vida infinita, indecible grandeza.

Una escena popular del panteón indio lo recuerda con impresionante sencillez. La madre del dios Krishna está durmiendo a su bebé. Lo amamanta, lo mece, lo acuesta, como hacen todas las madres. El cuerpecito, tan vulnerable, tan frágil, tan dependiente, sobrevive y empieza a crecer únicamente gracias a los cuidados que ella le prodiga, al pecho que le da, a la protección con la que lo envuelve.

Una noche, ella contempla al bebé soñoliento. De pronto, él abre mucho la boca. Bosteza, o ríe, no se sabe. Ella ve entonces, dentro de la boca abierta de su hijo, algo que no es la lengua ni las encías. Descubre unas galaxias, unas estrellas en número infinito, un cielo sin fondo..., el cosmos, hasta perderse de vista. Dentro de ese niño inerte, ¡de pronto se muestra todo el universo! La madre comprende que su hijo es un dios.

Podemos hacer otro uso de este relato, entender por ejemplo que la infancia contiene un principio de infinito que nada tiene en común con la apariencia indefensa, a menudo estúpida, de los niños. Detrás de la ineptitud, un espíritu sin límites. ¿Como en la garganta del recién nacido la bóveda celeste? Es una hipótesis. Loca, evidentemente. Razón de más...

«Dejad que los niños se acerquen a mí.» Esta frase de Jesucristo es famosa. Pero ¿qué acuerdo tácito implica esta llamada? Generalmente se piensa que los niños estarían preservados del mal, del interés y de las picardías mezquinas. Más cercanos a lo originario, a lo arcaico y a lo divino, serían más puros. Inocentes. A primera vista, la infancia y la inocencia serían equivalentes. Hay que entender *inocencia* en todos los sentidos: ingenuidad, ausencia de culpabilidad, sin astucia y sin maldad.

Contra esta representación, el catolicismo, para mantener el dogma de la caída, tuvo que inventar la culpa primigenia del género humano, el mito del pecado original. Como parecen exentos de todo mal, hubo que imaginar a los niños como corruptos desde siempre, culpables, pecadores antes incluso de haber hecho nada.

¿Sería esta la única razón por la que Cristo quiere que los niños vengan a él? No estoy seguro. Otra perspectiva me parece posible. Para verla, conviene invertir la mirada. Pensar que no es la infancia la que es divina. Es lo divino lo que es infantil.

La India, al inventar el *lila*, el juego divino, nos lo ha hecho comprender en parte. Pero el cristianismo, al inventar la encarnación, provoca otras consecuencias. Conviene examinarlas, no por ningún afán religioso, sino para profundizar en el espíritu de la infancia.

En el relato de un Dios que se hace hombre, que se convierte en niño para ser hombre, hay una locura vertiginosa que merece nuestra atención. Lo creamos o no. Lo que me interesa no es ni la realidad ni la irrealidad de este relato, sino su alcance desconcertante. Yo personalmente ignoro si Dios existe o no, no sé si existe ni si se ha encarnado o no en Cristo. No obstante, puedo considerar lo inquietante que resulta para el pensamiento la idea de Dios haciéndose niño.

Es un inmenso escándalo. Hemos olvidado su intensidad. Hay que reavivar la percepción. Porque nada, en las definiciones respectivas de Dios y de la infancia, parece compatible. Dios es infinito, el niño es efímero. Dios es divino, el niño humano. Dios es todopoderoso, el niño es todo debilidad. Dios es omnisciente, el niño ignorante. Dios es verbo, palabra, razón, *logos*. El niño no tiene palabras, es mudo y está desprovisto de razón. No se trata por tanto de un contraste, sino de una absoluta contradicción.

Uno y otro no pertenecen de ninguna forma al mismo mundo. Sus diferencias son inconmensurables, la distancia entre ellos es por tanto insalvable. No es una distancia espacial, ni siquiera cualitativa, sino una distancia ontológica, que los separa absolutamente. El niño Jesús parece por tanto una imposibilidad viva, a la vez inconcebible y real, si se admite que es realmente Dios y realmente niño.

La locura de la encarnación y la locura de la cruz han sido señaladas por los propios cristianos. La locura de Cristo niño se menciona menos. Nadie la ha expresado mejor seguramente que Pierre de Bérulle. Aunque no le tengo ninguna simpatía a ese cardenal católico del siglo XVII, teórico del absolutismo, místico y hombre de poder, creo que captó con muchísima agudeza las consecuencias paradójicas de la encarnación de Dios en un niño. Porque no basta con imaginarse que el espíritu se hace carne, limita su

omnipotencia, se rebaja a encerrarse en una envoltura humana. Haber sido niño, durante mucho tiempo, banalmente, normalmente, es el colmo del escándalo y de la locura de la encarnación divina.

Según Bérulle, la infancia es sucia y vil: nace en medio de la sangre, los excrementos y el sudor. Para hacerse hombre, Dios se ha encarnado hasta las últimas consecuencias, por así decir, haciéndose niño. Embrión, feto, lactante. Cuerpo débil, impotente, dependiente. E incapaz de pensar. Desprovisto de palabras, de saberes, de horizontes. ¡El Verbo divino se ha hecho él mismo incapaz de hablar! ¡El entendimiento divino se ha sometido él mismo a la incomprensión, a la confusión, al desconcierto! Esto es lo impensable.

Porque en modo alguno se trata de un desdoblamiento. No cabe postular que Jesús Niño conserva el entendimiento divino, infinito y omnisciente. Estaríamos entonces ante un caso análogo, *mutatis mutandi*, al del dios Krishna en la cuna: aparentemente, un bebé, pero en realidad un dios con todo el universo en el fondo de su garganta. Asimismo, según la leyenda, el Buda recién nacido se dirige hacia los cuatro puntos cardinales rugiendo: «Este es mi último nacimiento». Ese bebé ya anda, habla, proclama su destino, se muestra consciente de su historia.

No hay nada de eso en la encarnación cristiana. Si Dios se hizo hombre, y por tanto niño, hay que llegar hasta las últimas consecuencias: Dios mismo ha olvidado todo lo que es, todo lo que sabe, todo lo que quiere, puede y debe. La idea enloquecedora de un Dios absolutamente Dios y absolutamente hombre va ligada de manera inextricable a las paradojas del Niño Jesús.

Y Jesús Niño no sabe hablar, y debe aprender. No tiene la edad de la razón, y debe esperar. Pese a ser Dios (en hipótesis), no comprende nada, puesto que es un bebé (en hipótesis). De ahí se derivan extrañas consecuencias.

La primera es el suicidio de Dios. Si Dios se hace niño, mudo, idiota, es legítimo concluir que en cierto sentido se niega a sí mismo, se destruye, se aniquila. El hecho de que no desaparezca desintegrándose se convierte entonces en una nueva dificultad. Esa autosupresión de Dios, que se aniquila y al mismo tiempo se conserva, es el resorte interno del cristianismo.

Con otra consecuencia: al hacerse niño, Dios se vuelve inepto. Babea, mama, eructa, vomita, se duerme, se hace pipí. Sobre todo, no piensa gran cosa. Conoce emociones desordenadas, alucinaciones, momentos de estupor. Dios, de niño, es idiota.

No creas que es una burla. Sería fácil: Dios, su babero, sus pañales... Sin embargo, de eso precisamente, aunque con otras palabras, tratan las meditaciones del cardenal de Bérulle sobre el insondable enigma de la omnipotencia hecha impotencia, de la inteligencia infinita hecha estupor, del pensamiento absoluto que se borra a sí mismo. Así pues, no se trata de ninguna burla; simplemente he evocado ese vértigo para hablar del espíritu de la infancia.

Para captar lo que se puede extraer de la situación de Cristo Niño a la hora de elaborar el espíritu de la infancia es preciso invertir la perspectiva: no es Dios el que es inepto, mudo e ignorante. Son la ineptitud, el mutismo y la ignorancia los que deben considerarse divinos. El suicidio de Dios al hacerse niño hay que mirarlo entonces al revés: la incompreensión sería una fuerza, una posible superioridad, un estado preferible al saber. En vez de «Dios se hace idiota», hay que suponer que «la idiotez se revela como divina». ¿Y si las debilidades, incapacidades, límites y carencias de la infancia también fuesen unos poderes infinitos?

El espíritu de la infancia, en ese caso, sugeriría que no comprender nada no es necesariamente malo. Podría ser una fuerza superior a la comprensión. El espíritu de la infancia diría también que ser incapaz de pensar, de hablar, de representarse claramente las cosas no es necesariamente una abominación. La estupidez descerebrada, la vida acéfala, tal vez también tenga su grandeza, su lado sublime, su genio infinito.

Ya sé que estas afirmaciones son peligrosas. Hacer el elogio de la ausencia de pensamiento, cantar la gloria de la afasia, celebrar los encefalogramas planos es contrario a toda filosofía, y potencialmente mortífero y destructor.

Ya lo sé. Pero de todas formas persisto. Porque el espíritu de la infancia no solo es tranquilizador y benigno. Si, como supongo, constituye la otra cara de nuestro mundo, su envés, su reverso, entonces inevitablemente es peligroso, y hay que manejarlo con precaución. Lo mismo que la ebriedad, la locura, el desarreglo sistemático de todos los sentidos.

Yo jamás diría que vale más no pensar. Ni que el mutismo es preferible a la palabra. Ni que la confusión mental constituye un ideal. Pero me parece importante —hablando, reflexionando, intentando estar presente, ser claro y consciente— recordar la perspectiva de esa otra vertiente. No como una amenaza, sino como una reserva desconocida de la que a veces nos llegan, peligrosa y enriquecedoramente, recursos que ignoramos.

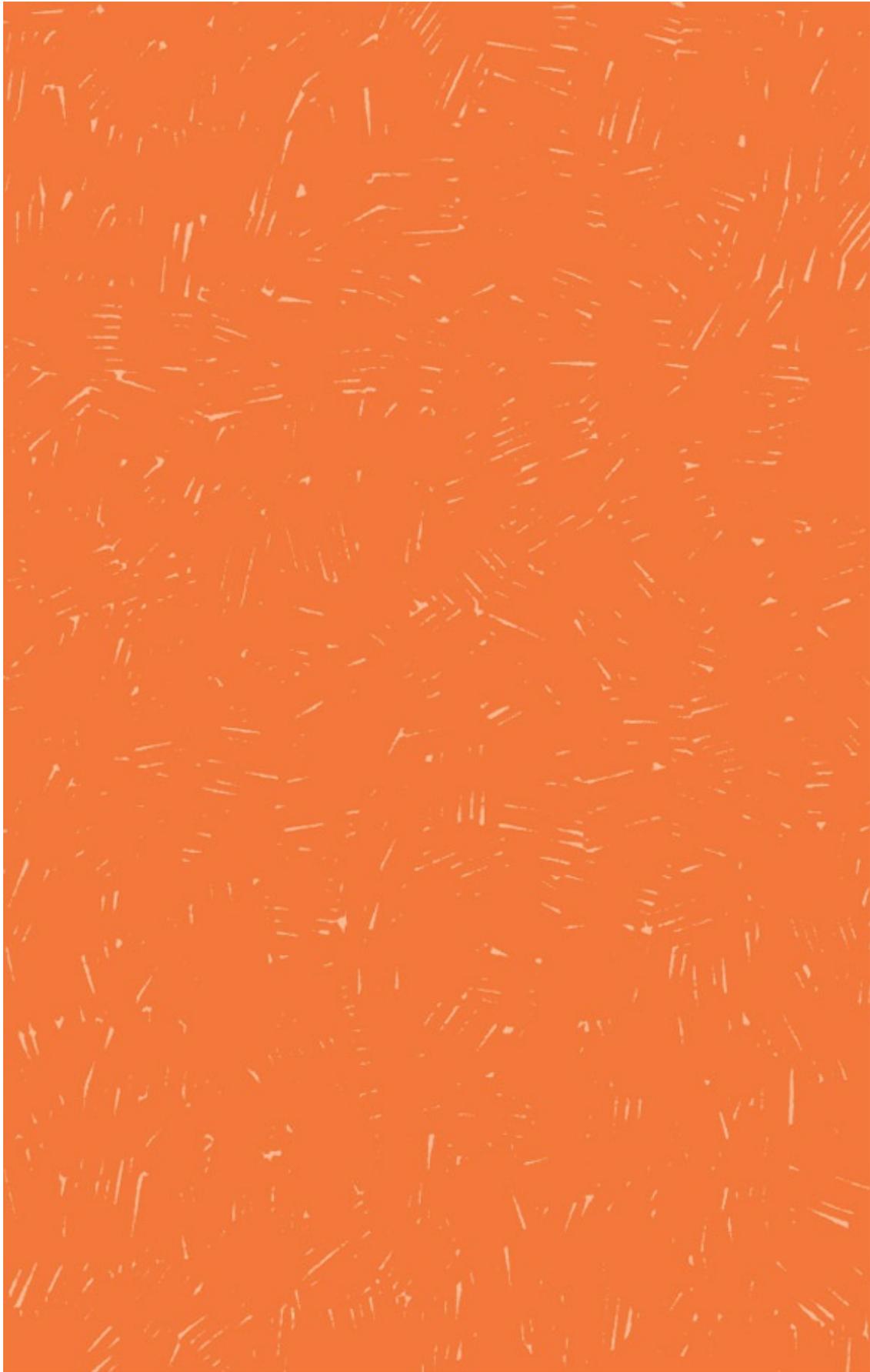
La parte de la ineptitud, de la no inteligencia, del estupor, no es una parte maldita. No es ni el país del diablo ni el desierto del alma. Solo otra cara del espíritu, que yo también denomino espíritu de la infancia, y del que sigo creyendo que aún podemos esperar extrañas sorpresas.

Creo que estamos hechos para dormir boca arriba mirando las estrellas.

Gustave Flaubert
Carta a *mademoiselle*
Leroyer de Chantepie, 1858

Vagabundear siempre





El metal rojo

Una vez sentado al volante, me sentía en casa. Creo que aquel coche rojo de metal había sido el regalo de Navidad de mis tres años. O cuatro. Qué más da. Sus pedales, su asiento tosco sin cojín, su volante recto, sus cuadrantes pintados en la chapa del salpicadero, sus neumáticos macizos y negros, aún los estoy viendo.

Lo que me interesa, en esa foto Kodachrome con los colores desvaídos, es una idea del movimiento de la infancia. Hacer avanzar yo solo aquel coche sin fondo (era muy importante que no tuviera fondo), ver desfilas el cemento bajo mis rodillas pedaleando, me proporcionaba una alegría intensa. Un orgullo alegre, una sensación de autonomía.

Se combinaban muchos elementos circunstanciales: la afición de mi padre por los coches, que yo estaba orgulloso de imitar; la borrachera de la velocidad, que a veces experimentaba yendo a ocho kilómetros por hora, el misterio persistente de los mecanismos, pues no lograba entender la transmisión del movimiento de los pedales a las ruedas traseras, ni el artilugio que hacía funcionar la dirección, y esos enigmas insondables añadían un encanto vagamente inquietante a aquel objeto resplandeciente que me transformaba en centauro de carne y chapa.

Todos estos elementos, que hacen de aquel coche rojo uno de los juguetes claves de mi infancia, no eran nada comparados con el movimiento. Lo más importante era el desplazamiento, los viajes, el ir y venir varias decenas de metros, el dar la vuelta al final, aquellas carreras hasta la otra punta del mundo, exploraciones sin fin, periplos sin nombre.

Recorría unos metros de jardín en el coche rojo, pero también las llanuras de China, los desiertos de África, el país de los vaqueros y los indios. A veces incluso, ebrio de velocidad, atropellaba algunas babosas.

Lo que me apasionaba sobre todo era el ir de un lugar a otro, el simple hecho de no estar inmóvil, anclado, sin moverme.

Aunque fuera minúsculo, circular, cerrado, aquel nomadismo me entusiasmaba. La infancia es nómada. Le gusta vagar. Sin ir demasiado lejos.

Ejercicio

de movilidad

Creer estar inmóvil porque estás ahí, sin moverte, leyendo. Pero en realidad, si te fijas, hay movimiento. Hay muchos movimientos. Tu corazón late, tu sangre se mueve en tus arterias y tus venas, tus costillas se abren y se contraen para inspirar y expirar, sin olvidar que tus ojos se desplazan para seguir el texto, y que quizá mueves rítmicamente un pie, o un dedo, sin darte cuenta.

Podría alargar esta lista, hacerla más compleja. Diría lo mismo: los movimientos que te animan son múltiples, aunque no seas consciente. Por lo tanto, no estás ni realmente ni totalmente inmóvil. Nadie está nunca absolutamente inmóvil, a menos que esté muerto. Pero en general no somos conscientes de todos esos movimientos.

Dirás sin duda que cuando se habla de movimiento se habla de otra cosa. Se habla de levantarse, de ponerse en marcha para realizar una acción voluntaria, para cambiar de sitio de forma deliberada. Esto es lo que llamamos *movilidad*.

Claro que sí. Pero con esto no zanjás el tema. Porque al moverte para ir de un sitio a otro sigues estando ahí. Tu proyecto de ir a algún sitio no cambia. Tu resolución sigue siendo la misma. Tu humor no se modifica. Y suponiendo que se modifique, lo que no cambia es tu identidad. Y menos aún tu ADN.

La dificultad en la que estamos entrando es que siempre existe movimiento en la inmovilidad e inmovilidad en el movimiento. Una paradoja antigua, que siempre hay que volver a estudiar. A los primeros filósofos les preocupó. Movimiento y reposo figuran en la tabla de los contrarios de Pitágoras. Las preguntas sobre lo que se mueve y lo que no se mueve son constantes, bajo mil formas, en cantidad de textos griegos. Pero también en textos sánscritos y chinos. Tiendo a creer que esa cuestión es una de las más antiguas, y que seguramente está relacionada con la infancia.

Porque empezamos estando inmóviles, siendo incapaces de movernos, ni siquiera de sentarnos. Nos resulta imposible levantarnos, caminar, ir a donde queramos. Saber lo que se mueve y lo que no es una cuestión primigenia. Poder moverse uno mismo, hacer que se muevan las cosas o la gente son acciones primarias. Podría ser que las distinciones —indispensables, evidentemente— entre moverse uno mismo y hacer que se muevan los elementos del mundo, entre movimientos del cuerpo y movimientos del alma, movilidad en el tiempo y movilidad en el espacio, fueran matices secundarios. Al menos desde el punto de vista del espíritu de la infancia.

Más decisiva sería la percepción del movimiento, bisagra secreta entre inmovilidad y desplazamiento, tan enterrada que debemos ejercitarnos mucho para captar su sombra.

El espíritu de la infancia es sedentario y nómada

Lo que más le gusta al espíritu de la infancia es anclarse en un lugar, agarrarse a unos puntos de referencia fijos y siempre idénticos. Nada es más tranquilizador que saber que el mundo sigue ahí, que se repite y que está siempre en su sitio. Cuando todo fluctúa, cuando las sensaciones, las emociones y las imágenes varían, sin que podamos ni comprenderlas ni pararnos, la recurrencia de un olor, de un color, de un sonido, de un tacto, constituye una referencia. Algo insiste y lo reconocemos, hay algo con lo que podemos contar.

Esa reiteración constituye el primer suelo, el lugar donde cada uno se instala y arraiga, no en el mundo en general, sino en unas briznas, unos retazos que no cambian. Es imposible olvidar, si pensamos en esas primeras referencias, que el cuerpo infantil no camina enseguida. Estático durante mucho tiempo, incapaz de moverse, identifica sus marcas en aquello que se le ofrece dentro de un área muy estrecha.

El anclaje, el punto fijo y el principio están bajo los pies: el suelo, la tierra, el humus, la roca. Ahí es donde estamos primero, inmóviles, pequeñísimos, casi incapaces de andar, agarrados a un rincón, quietos en el tiempo.

Basta ver el cielo para que todo cambie. El cielo nos hace nómadas. Nos hace deslizarnos por la tierra, desincrusta y moviliza. Porque no tiene bordes, ni forma, ni contenido. Nadie puede detenerse en él. Obliga a vagar, a viajar, a moverse, indefinidamente.

El cielo nos hace vagabundos. Nos separa de la tierra, impide que nos enmohezcamos, que nos pudramos de pie. Ver el cielo, ponerse de pie y andar, eso es lo que hacen los niños al convertirse en humanos. Si nada los detuviera, tal vez echarían a volar, sin objetivo, sin freno, amigos de las nubes, las maravillosas nubes...

Pero existe la gravedad, que los mantiene sobre la tierra, que les impide salir volando. Entonces van y vienen, son nómadas, vagan, se van cada vez más lejos, sin saber adónde, pero tiene que ser a otra parte, siempre a otra parte, hacia el horizonte, allá lejos.

Quizá sueño, pero no invento nada. La literatura y la historia están llenas de niños nómadas, errantes, solitarios o en bandas. Hay cantidad de relatos donde figuran esos niños, generalmente sin nombre.

Pienso en la cruzada de los niños, que durante años reunió en toda Europa a legiones de vagabundos jovencísimos que encontraron de pronto una meta, soberbia y mirífica, para sus expediciones insensatas. Pienso en esas figuras medievales de

huérfanos, de mendigos, de pastores, de aprendices, que entrevemos por todas partes. Pienso en la autobiografía del humanista del Renacimiento Thomas Platter, donde descubrimos asombrados lo que podía ser la vida de un niño pastor en el Valais del siglo XVI, luego el día a día de un estudiante vagando por Europa, y finalmente la existencia de un letrado itinerante.

Pienso en el siglo XIX, que confirió tan poderoso relieve a la infancia vagabunda. Tal vez porque empezaba a resultar chocante, a constituir una mancha en un paisaje sedentario. Los niños deshollinadores en Hugo y en Stendhal, los aprendices de *Sin familia*, Cosette o Gavroche;* en Dickens, *Oliver Twist* o *La pequeña Dorrit*; y en otro registro, el Mowgli de Kipling, o también, entre tantos otros, los *hauts-bambins* que Charles Fourier convierte en personajes de su utopía social, todos esos niños vagan solos, sucios, libres, a veces asustados, a veces risueños, siempre soberbios.

Pero, antes que nada, son personajes literarios. No dudo en absoluto que hubiese largas colas de niños reales más o menos parecidos a Gavroche, Cosette, Oliver Twist o al Rémi de *Sin familia*. Basta ir hoy a las favelas de Río o a los suburbios de Lagos para encontrar a sus hermanos, niños de la calle errantes, abandonados a su suerte, viviendo en unas condiciones muy parecidas.

Lo que me interesa es más bien lo que se puede extraer de esas constataciones para definir mejor el espíritu de la infancia. No son, pues, los niños errantes reales los que me interesan, ni como objetos de fascinación más o menos complaciente y por lo tanto fantasmagórica, ni como objetos de compasión, de emoción, de ayuda humanitaria. Esta última es indispensable. Pero los vagabundeos reales son una cosa, el principio del vagabundeo es otra.

Todos vagamos siempre. Porque todos somos desarraigados. Pero lo olvidamos, nos imaginamos asentados, estables, arraigados, identificados... Claro que existen siempre, en todas partes y para todos, unos suelos, unos terruños, unas familias, unas comunidades..., pero eso no impide que vaguemos. Esos arraigos no son anclas. Son lastres, balastros, jalones. No hay parada.

El espíritu de la infancia debe integrar esa tensión perpetua entre parada y vagabundeo. Incluso donde todo nos retiene, nada nos detiene. Decir que somos libres es decir, a fin de cuentas, que vagamos, que nunca estamos quietos, que nunca hemos llegado, que no estamos completos ni instalados definitivamente.

Ese vagabundeo ineluctable no es necesariamente angustiante, ni siquiera da miedo. Existe una alegría de perderse. No de destruirse, pero sí de extraviarse, de no saber dónde estás, adónde vas, de no encontrar el camino, o mejor dicho, de seguir un camino y luego otro, sin saber ni adónde van ni adónde vas.

El espíritu de la infancia contiene ese principio de movimiento, que nos hace avanzar siempre, indefinidamente. Pero nunca un paso más se suma al anterior. Sería falso (¡y loco!) creer que yendo cada vez más lejos progresamos hacia una meta última,

o incluso hacia alguna etapa superior a la precedente. Es puro espejismo. *Más lejos* no significa *más alto*. *Más lejos* solo significa *a otra parte*, una y otra vez.

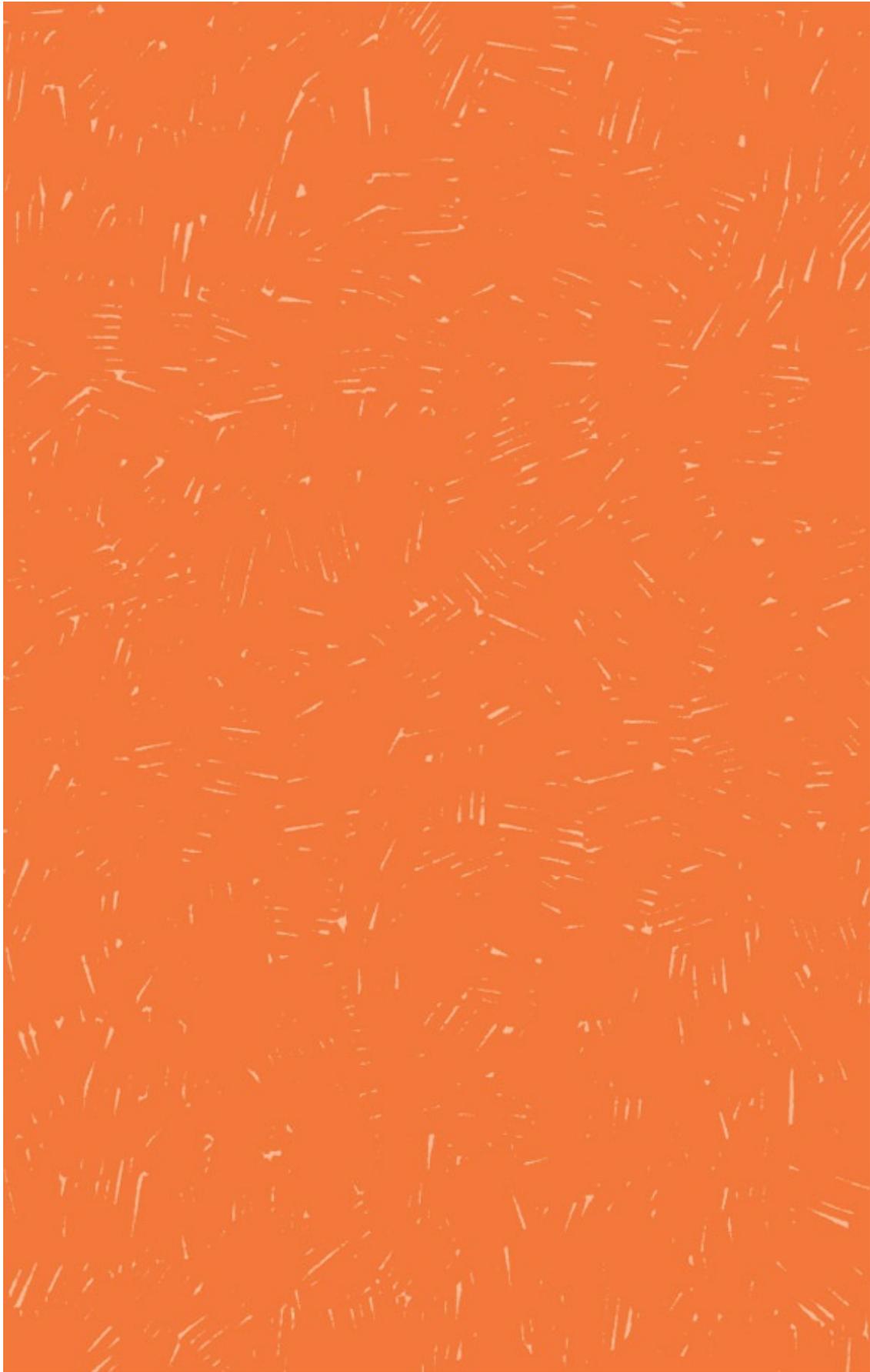
Por eso, en realidad, no nos perdemos en el mundo. Porque siempre estamos perdidos y siempre anclados. El espíritu de la infancia consiste en no olvidar que esto es así.

Todos los materiales que la memoria ha ido acumulando se clasifican, se ordenan, se armonizan y sufren esa idealización forzada que es el resultado de una percepción infantil, es decir, de una percepción aguda y, a fuerza de ser ingenua, ¡mágica!

Charles Baudelaire

El pintor de la vida moderna, 1885





Disolvente

Sin duda, es el recuerdo más lejano que tengo. Para ser totalmente sincero, ni siquiera sé si se trata de un recuerdo, o si lo he reconstruido a posteriori. El caso es que durante mucho tiempo fue uno de mis juegos favoritos. Una experiencia turbadora, siempre la misma, siempre distinta.

Basta estar acostado boca arriba. O simplemente echar la cabeza atrás. Pero es más cómodo estar acostado al aire libre. Hay que estar al aire libre porque se trata de mirar el cielo. De día, un día gris a poder ser. Una luz polarizada y uniformemente gris pálida es lo mejor.

De hecho, no hay nada que ver: ningún objeto, ninguna forma, ningún borde, ningún rastro. «Alguna cosa», sin duda, pero alguna cosa... sin cosa. Lo cual no es nada, pero no tiene contornos. Un vacío no realmente vacío. Algo indefinido no enmarcado por nada. Solamente un gris, un gris que nada turba ni detiene.

Mirar fijamente la luz del cielo siempre ha sido para mí la experiencia más turbadora. No mirar nada, ¿sigue siendo mirar? Más bien ver, simplemente ver... Pero ¿ver qué, si no hay ninguna forma, ningún contraste, nada que se recorte? Para ver «alguna cosa», hace falta una cadencia, una tensión, un fondo, una forma, un dispositivo de aparición. Aquí, nada. Solo el gris. O el azul, a veces el rosa. Únicamente la luz, sin fin, sin fondo, hasta perderse de vista.

La turbación que provoca es indescriptible. Prácticamente inaprensible. Tranquilizadora e inquietante a la vez, como si el desvanecerse de todo objeto delimitado hiciese perder al sujeto sus propios contornos, disolviese su cohesión, diluyese su presencia.

Frente al cielo, siempre me he preguntado si yo existía. Ya no sé si todavía existo, si existo como se cree, o como yo pienso. Ya me he ido, arrebatado por esa nada sin fin. Disgregado, deshecho, fundido en esa inmensidad. A menos que ya solamente sea un recuerdo, un recuerdo antiguo, perteneciente a la pura mirada.

Esa turbación tan difícil de formular también se debe a la impresión de no saber ya si miro el cielo o si es el cielo el que me mira, el que me contempla; ninguna de esas hipótesis, sin embargo, funciona.

Recuerdo haber jugado, muchísimas veces, en el campo, en la montaña, junto al mar, a distinguir en el cielo, cuando era niño, mi propia mirada. En el azul pálido o en el gris uniforme, miraba pasar formas móviles en mi retina, cristales, células, glóbulos... No comprendía si esas minúsculas perturbaciones diáfanos estaban en el

cielo (sabía que no, y sin embargo las distinguía en él claramente) o bien en mi mirada (lo cual era evidente, pero en ese caso, ¿cómo podía mirar mi mirada? Y si miraba mi propia mirada, ¿dónde estaba yo para verla así?).

Tal vez con eso aprendí que los juegos fisiológicos son juegos metafísicos. Y que siempre miramos el cielo por primera vez. Jamás nada se inscribe en él. No conserva rastros, ni memoria, siempre tiene la frescura del momento inaugural. De ahí, supongo, su inquietante singularidad.

Ejercicio

de refrescamiento

La revolución digital abunda en nuevas posibilidades y nuevos riesgos. Y en términos antes desconocidos. Muchos son bárbaros, especializados, reservados a los expertos. Algunos resultan encantadores y dan que pensar.

Es el caso de *reiniciar* y de *refrescar*. Los dos términos no designan la misma operación. *Reiniciar* es devolver todo el sistema a su estado de arranque. *Refrescar* es cargar el último estado de una página web. Ambos tienen en común un proceso análogo: volver atrás, borrar el estado anterior, empezar de nuevo, como si lo pasado no hubiese tenido lugar. No acumular, no sumar, no tener historia. El reinicio tiene este poder fantástico: aniquila el tiempo pasado. Reiniciarte es imposible, fuera de la ciencia ficción. Tendrías que volver al estado de embrión, el desarrollo de tus células debería entrar en involución, etc. Trata más bien de refrescarte, en el sentido digital de la palabra. Eso sí parece practicable.

Hay que proveerse a demanda de una mirada nueva, recargando los últimos datos, remplazando totalmente los antiguos. Las máquinas lo hacen perfectamente. A nosotros, que no somos robots, nos cuesta mucho. Nos lo impiden toda clase de imperfecciones: memoria, afectividad, complejidad. Solo logramos formas parciales y frágiles de refrescamiento. Para el espíritu de la infancia, por el contrario, es coser y cantar.

Tema que hay que estudiar: las similitudes y las diferencias entre refrescar páginas web, el ideal del sabio que vive en el puro presente y nuestros esfuerzos cotidianos por engañar el paso del tiempo.

Cuando empieces a hacerte un lío, borra la pantalla.

El espíritu de la infancia es comienzo

Dicen que los niños son cándidos, ingenuos, que es fácil maravillarlos. Obviamente, eso es cierto. Con nada se entusiasman. Para atraerlos, para cautivarlos, para hacerles abrir los ojos como platos, basta con muy poco. Una luz, un gesto, un sabor, un cuento, cualquier cosa los maravilla, les da ese aire de criaturas celestiales descubriendo de pronto la tierra, sus tesoros y su singularidad.

Esa frescura hay que examinarla. Porque no hay que buscarla en la naturaleza propia de los niños. Imaginarlos más sensibles, más receptivos, más crédulos que nosotros, podría ser confundir la consecuencia con la causa.

En efecto, la razón de su asombro espontáneo se debe ante todo a su situación de principiantes. Todo lo que experimentan, lo experimentan por primera vez. Por eso lo descubren con asombro.

La sorpresa no estaría ligada por lo tanto a su sensibilidad más viva, sino a su lugar en el tiempo de la experiencia. Lo esencial no sería la vitalidad de sus sensaciones, sino la frescura. Me dirás que las dos cosas van de la mano. Y tienes razón. Pero falta comprender cómo. Lo que cuenta es el descubrimiento inicial. Con las repeticiones, se embota. La indiferencia se impone a medida que la costumbre adormece la sensibilidad. Se diría que la luz se atenúa, que el gusto se debilita, que el tacto se duerme. Los sonidos ya solo llegan más apagados, los olores ya casi no se perciben, la piel se transforma en un callo insensible.

A fuerza de percibir el mismo mundo, las mismas cosas, las mismas impresiones, caemos en el estupor y la insensibilidad. Como si la repetición nos anesthesiara. La repetición desvitaliza, debilita, empaña, hace perder energía. Poco a poco, el mundo que se repite se transforma en una rutina gris, una vida adormecida, una modorra de los sentidos, de la inteligencia, de todo... El crepúsculo cae por todos lados, la realidad se mustia, la risa se marchita.

Sin embargo, los niños, pequeños o grandes, gustan de la repetición. Quieren los mismos cuentos, los mismos juegos, los mismos sitios, los mismos sabores, los mismos gags. Les encanta volver a empezar, aparentemente sin cansarse. Volver a ver lo mismo no los aburre. ¿Por qué? ¿Cómo pueden repetir sin perder vitalidad?

Se hace necesario distinguir entre *repetición* y *reiteración*. Lo que los niños quieren, lo que les gusta, es volver al principio, sí, pero al principio *de la primera vez*. Su alegría reside en reiterar exactamente igual lo que la primera vez les gustó. La memoria por tanto no les hace perder la sensibilidad. La enésima vez es para ellos absolutamente igual que la primera. En cierto sentido, nuestra experiencia también lo confirma: ninguna

sensación se transforma en sí misma por su reiteración. Lo que seguramente nos pierde es que dejamos que la repetición se instale en lugar de la reiteración. La repetición sedimenta las experiencias, las coagula, las pega unas a otras, las memoriza fijándolas, y las petrifica.

Si queremos que el filo del mundo se aguce, debemos encontrar en todo el vivo resplandor de la primera vez. Ese retorno no es una regresión, tampoco un viaje en el tiempo. No se trata de remontarse al origen, de volver a un punto inicial, anterior a la costumbre. Porque esa vivacidad, de hecho, está siempre ahí, indiferente al tiempo que pasa. Recuperarla no consiste en volver atrás en el tiempo, lo cual es imposible, sino en sumergirnos de otra forma en lo real, cosa que sí está en nuestro poder, por lo menos en parte.

Hacer que cada repetición se convierta en una reiteración, una primera vez. Viva, presente, desconcertante, única y nueva, y no enésima y apagada. Debemos tender — siempre y en todas partes— hacia una galaxia de las primeras veces. Todo el rato primeras veces, aunque sea la número cien, mil, un millón. Así es como funciona el espíritu de la infancia.

Por ejemplo: respirar por primera vez, siempre. Dormir, despertarse, comer, beber, tocar una piel por primera vez siempre. En la medida de lo posible, obviamente. En sentido estricto, siempre podrás decirme que es imposible, que la primera vez, por definición, es pasado y por tanto es inaccesible. Tendrás razón.

Pero el espíritu de la infancia es el espíritu de la primera vez.

Tiene la preocupación constante de reiniciar, de refrescar, de empezar de cero. Así crean los artistas. Jamás quieren continuarse a sí mismos. Cuando les sucede, es que ya no crean. Solamente producen, se copian y se repiten. La creación es un comienzo que no acaba nunca, que se reitera y se reinicia indefinidamente.

También proceden así, aunque se sepa menos, los filósofos. Se asombran, todo el mundo lo ha oído decir. Platón afirma que la filosofía es hija de *Thaumas*, el asombro. Aristóteles sostiene que la filosofía «no tiene otro origen» más que el *Thaumazein*, el «asombrarse». Más cerca de nosotros, Vladimir Jankélévitch afirma que «filosofar equivale a considerar el mundo como si nada fuese evidente» y Jeanne Hersch ha dedicado al asombro filosófico un libro esencial y luminoso.

¿Comprendemos lo que implica semejante asombro? Una mirada de primera vez. Asombrarse supone romper las rutinas, abandonar los conocimientos consabidos, las respuestas y las pretendidas evidencias. Todas las evidencias, rutinas y respuestas. Las que son grandes y nobles, y decirnos que es raro que el mundo exista, entusiasmarnos de que sea bello, preguntarnos cómo es que estamos en él. Pero también las pequeñas evidencias nimias, las familiaridades de cuatro cuartos, y extasiarnos de pronto por un olor banal, una melodía fortuita, un ritmo que nos sale al paso, deleitarnos con un sabor que ni siquiera es nuevo, derretirnos al calor de una caricia. Y preguntarnos por qué las cosas son así, de dónde vienen, de qué están hechas, qué significan.

Sentir, pero observando, interrogándonos, queriendo comprender cueste lo que cueste. Como hacen los niños, que no paran de preguntar: «¿Y por qué esto? ¿Y por qué lo otro?». Porque para ellos siempre es la primera vez. El encuentro siempre es inaugural. El encuentro con lo que es, con las cosas, con los demás, con uno mismo. Con los lazos, desconcertantes, entre las cosas, la gente y las palabras.

El primer motor de la filosofía, en este sentido, es efectivamente el espíritu de la infancia. No una puerilidad, un volver atrás. Sino un refrescamiento de la primera mirada, una reactivación de la sorpresa y del deseo de comprender.

La palabra *filosofía*, como todo el mundo sabe, puede entenderse en dos sentidos, cada uno de los cuales corresponde a una de las traducciones posibles del término griego. Se puede traducir por «amor a la sabiduría», y tendremos de la filosofía la imagen de una disciplina que tiende a la serenidad de los ancianos, al saber vivir de los antiguos, a los secretos que poseían aquellas gentes del pasado. O bien se entiende (la palabra dice ambas cosas) como «deseo de saber», y el paisaje es totalmente distinto: lo que se busca ya no está detrás de nosotros, sino delante, y no es patrimonio de nadie, sino que hay que descubrirlo.

Este deseo de saber supone un comienzo perpetuo. Filosofar, desde este punto de vista, es empezar siempre, colocarse de nuevo en una situación inaugural, romper con lo adquirido, con las certidumbres, y hasta con los saberes, sean auténticos o ilusorios.

El asombro del que hablan tantos filósofos no tiene, pues, nada que ver con la sorpresa necia, con el estupor ignorante. Más bien es una ascesis, y tal vez incluso una forma de amputación. Porque hay que decir adiós a las evidencias, a las seguridades y a la estabilidad. Asombrarse es cortar por lo sano con los saberes continuos. Es verlo todo como nuevo, y por tanto ignorar siempre. Todo ello presidido por el espíritu de la infancia, lo sepamos o no.

Me dirás que la filosofía está hecha de razones y discursos, todo el mundo lo reconoce. El espíritu de la infancia, por el contrario, es irracional y está hecho de mutismo, como hemos visto. ¿Cómo puede presidir entonces la filosofía? No te sorprenderá que tenga una respuesta.

Consiste en señalar que *punto de partida e itinerario* no son del mismo orden. No confundir impulso y trayectoria. El asombro, en tanto que mirada nueva, reiniciada, no necesita la palabra. Constituye un detonante, una ruptura de las seguridades, un arranque para futuras preguntas. Este origen puede, por consiguiente, ser en sí mismo poco razonable y afásico. Este resquebrajamiento de la rutina no necesita palabras ni razones para producirse, para desencadenar un deseo de saber.

Elaborar ese saber, responder a ese deseo, satisfacer su exigencia, requieren por el contrario hacer camino, movilizar palabras, conceptos y demostraciones, apoderarse de toda la caja de herramientas de la razón. Pero eso no viene hasta más tarde, y es distinto del choque inicial.

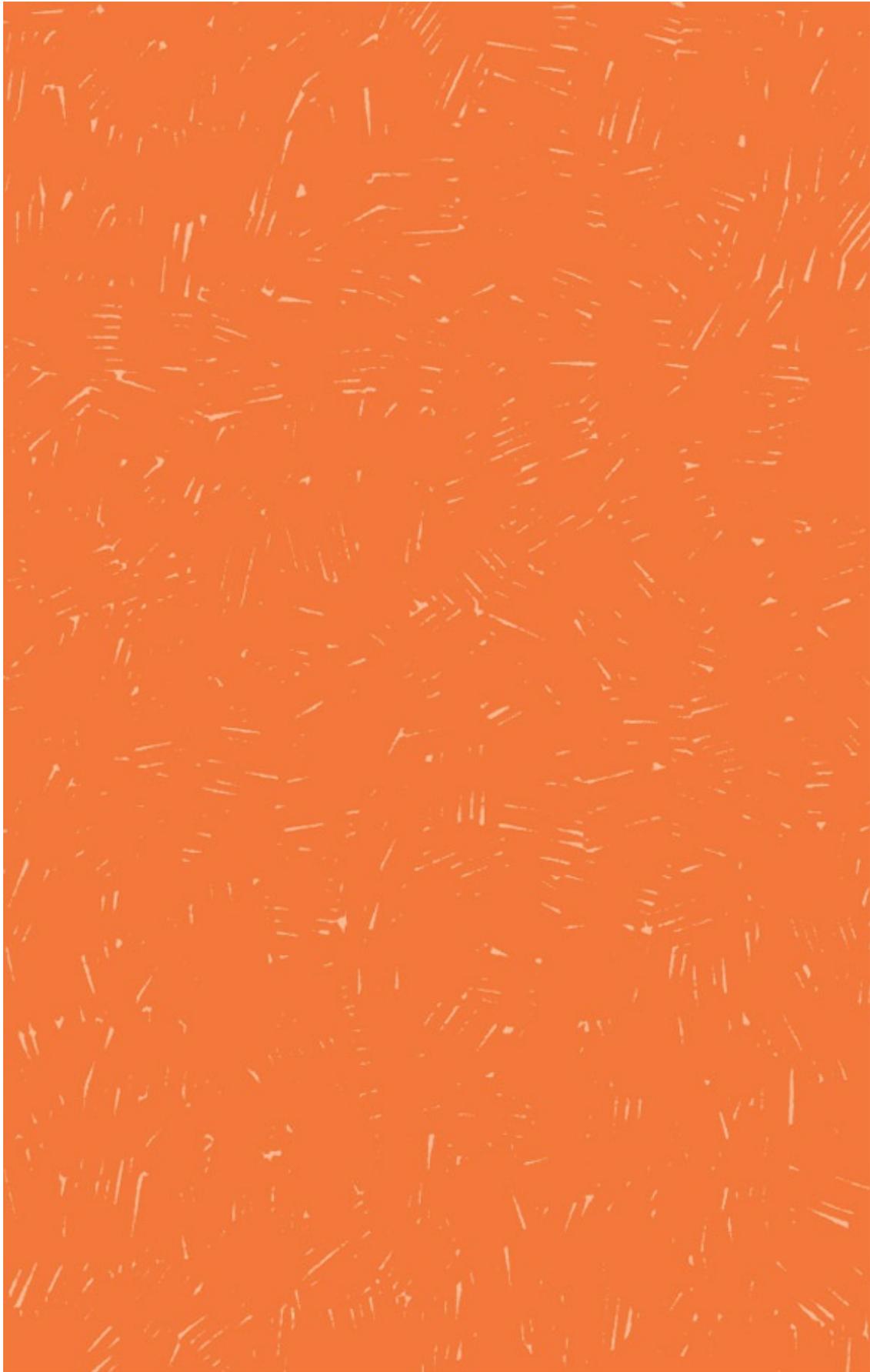
Por eso, el espíritu de la infancia, igual que la filosofía, es una historia que no termina nunca de empezar.

Cuando no me preguntan qué es el tiempo, lo sé. Cuando me lo preguntan, no lo sé.

Agustín de Hipona
Confesiones, libro X

Extraerse del tiempo





Los budas

Tenían una barriga redonda. Y reluciente. Con su barriga, redonda y reluciente, casi demasiado redonda y reluciente, deambulaban a mi altura. Pequeños, extraños, maliciosos. Me parece que me intrigaban de una forma curiosa, ligeramente amenazadora, también divertida y medio cómplice.

Estaban esculpidos en las puertas, en las puertas de unos muebles de los que yo, en esa época, no sabía ni por asomo que eran raros, imponentes y chinos. Yo era muy pequeño, apenas tenía tres años. Un recuerdo incierto, quizá también modificado, aunque veo de forma clara y nítida la barriga negra, redonda y reluciente de esos budas de madera chinos, esculpidos en las puertas.

Hacia los tres años dejé de vivir en ese piso, que un excónsul de Francia en China, viejo amigo de la familia materna, les había prestado a mis padres. Debí de vivir ahí dieciocho o veinte meses, entre los dos y los cuatro años, no lo sé exactamente.

Habité por tanto durante un tiempo bastante breve (al menos visto retrospectivamente), en un periodo precoz de mi vida, en un piso saturado de budas, de budas grandes de metal dorado y de budas pequeños esculpidos en madera, diseminados por cantidad de muebles, papeles pintados y biombos procedentes de China, la mayoría de ellos de buena factura. Solo he conservado unas pocas imágenes, pero muy claras.

Luego olvidé esas figuras durante décadas.

Unos treinta años más tarde... me especialicé en el budismo. Aprendí un poco de sánscrito. Estudié sobre todo cómo descubrieron los europeos el budismo, y los malentendidos e incomprensiones que ese descubrimiento suscitó al principio, la fascinación y las inquietudes que originó.

Nunca relacioné una cosa con la otra. Cuando, más tarde aún, vi que había una relación, lo primero que hice fue echarme a reír. Y después constaté que no comprendía lo que ligaba ambas cosas; ver una relación de causa-efecto, mecánica y directa, era una explicación muy endeble. Haber contemplado unos budas siendo niño no necesariamente implica que al llegar a adulto uno estudie el budismo... A pesar de todo, era imposible que no tuviera nada que ver.

No podía imaginar la manera cómo esos budas han estado ahí durante todo este tiempo.

Si hubiera que contar esta historia como un mito indio, sería fácil. Una asamblea de budas eternos se habría reunido antes de mi nacimiento. Habrían tomado la decisión de que yo estudiase el descubrimiento del budismo en Europa y sus interpretaciones filosóficas. Habrían decretado que este sería el tema de mi tesis. Habrían dispuesto tranquilamente mi destino para que me empapase de representaciones budistas a la edad en que uno descubre el universo.

No me creo esa versión.

Más valdría imaginar una relación transversal a lo largo del tiempo. Hubo, hay, y sin duda habrá budas en esa sucesión de apariencias que yo llamo «mi vida», pero perduran a través de estratos temporales distintos, sin verse ellos mismos afectados por el tiempo.

Esos budas habitan tal vez un trastiempo, una especie de patio trasero o de trastienda del tiempo. Es una hipótesis. Confieso no saber exactamente lo que significa, ni cómo se podría demostrar que es verdadera o falsa. Es una fantasía. Como el tiempo, quizá.

Ejercicio

de eternidad

—¿Cuántos años tienes?

—Soy eterno.

Estuve a punto de abofetearlo, de tan tonta, inútilmente provocadora y arrogante como me pareció su respuesta. Era una de mis primeras entrevistas. Tenía unos veinte años y mi interlocutor también. Era un discípulo de los Hare Krishna franceses, un grupúsculo de iluminados que recorrían las calles de París con campanitas y tamboriles, repitiendo interminablemente «Hare Krishna, Hare Rama, Hare Krishna, Hare, Hare».

Hoy, con la perspectiva del tiempo, considero que en aquella época yo era casi tan tonto como él. Porque ahora veo claro que tenía una edad, como todos nosotros, pero que también era eterno, como todo el mundo, sin que haya en ello nada extraordinario ni contradictorio. Ejercitarse en comprender no debería ser tan complicado.

¿Cuántos años tienes tú? Debes de saberlo, seguro que lo sabes. Pero es un saber de fuera. Sin duda puedes sentirte joven, o viejo, globalmente hablando. O te has sentido rejuvenecer, o envejecer en algún momento. Sin embargo, creo que ni tú ni nadie puede *sentir* que tiene exactamente veintisiete años, o treinta y cuatro, o setenta y tres... Nuestra edad, como saber exacto, es exterior a nosotros. Existen sociedades donde la gente no sabe su edad, porque no hay registro civil, ni carnet de identidad, ni se presta atención a este dato.

Aunque cada uno tiene una edad, nuestra conciencia no la tiene. Permanece siempre impenetrable a la acumulación de los cumpleaños, de los calendarios, de las añadas. Se mantiene fuera. Y lo que está fuera del tiempo por definición es lo que es eterno. Voy un poco deprisa, sin duda, pero precisamente el tiempo no tiene que ver con lo que digo. La dificultad, ya te habrás dado cuenta, es que esa salida del tiempo para nosotros no es nunca completa ni definitiva. Nuestra conciencia es temporal en los dos sentidos de la palabra. Por tanto, según toda verosimilitud y toda inverosimilitud, está a la vez fuera del tiempo y en el tiempo, es eterna y efímera.

La infancia conoce esa doble cara: fascinada por los cumpleaños, por el aprendizaje del tiempo («¿cuántos años tienes?»), el descubrimiento de las generaciones, y por otra parte despreocupada de las horas, los días y las fechas.

El espíritu de la infancia conserva esa ambigüedad.

Lo exterior al tiempo reside en él

En la imaginación, hay niños que ya nacen viejos, provistos de la sabiduría de los antepasados. En la Edad Media los representan muy pequeños pero arrugados, con la piel llena de pliegues y el cabello blanco. Jóvenes y decrepitos. La imagen del *puer senex*, el niño viejo, se remonta a la Antigüedad. En aquella época expresaba un lugar común: bajo unos rasgos juveniles puede ocultarse un espíritu maduro. Hay muchísimos ejemplos —desde Homero a Ovidio, desde Virgilio a Apuleyo, desde Plinio el Joven a Filóstrato— de héroes o de dioses descritos con un rostro de bebé, pero con un pensamiento de cabellos canos.

Un alma envejecida en un organismo infantil, o bien un espíritu de niño en un cuerpo de anciano, son interrelaciones que hallamos por todas partes. El personaje de Filosofía, en Boecio, posee una sabiduría multiseccular en un cuerpo de doncella. Muchos niños, en la obra de los padres de la Iglesia, tienen una barba blanca en la cabeza en vez de tenerla en el mentón. El que se lleva la palma en este tema es, sin duda, san Rumwold de Buckingham: se supone que solo vivió tres días, pero al nacer ya hablaba y, antes de morir, pronunció un largo y notable sermón a su familia.

China conoce figuras similares: el mismo nombre de Lao Tsé significa «viejo niño». Esta alianza caracteriza a muchos héroes, sabios, salvadores, profetas y santos. Yo creo que esos niños viejos no deben considerarse simplemente como imágenes de la sabiduría eterna o como figuras excepcionales para expresar que la sabiduría no depende de la edad.

A su manera, estas criaturas imaginarias hablan del espíritu de la infancia, pero para indicar que este espíritu se sustrae al tiempo. Interrelacionando las edades de la vida, tienden a anular la infancia mediante la vejez y la vejez mediante la infancia. Cuando todas las edades se confunden, ninguna es ya efectiva. El espíritu de la infancia no pertenece efectivamente ni a los niños ni a los viejos. Los atraviesa y los une. Los sobrepasa y los trasciende.

Lo más interesante que expresa la figura del niño-viejo es, por lo tanto, que el espíritu de la infancia es transtemporal. Por consiguiente, no se puede representar, salvo de forma paradójica, con la apariencia de lo monstruoso, de lo grotesco y de lo extraño. Porque la relación del espíritu de la infancia con el tiempo desconcierta nuestras representaciones comunes.

Esta relación singular nos hace ver que, en lo que al tiempo se refiere, tenemos unas visiones falsas. En todo caso, parciales e incompletas. O aproximadas. Creemos, por ejemplo, que es universal, que nada en nosotros escapa a sus flujos ni a su transcurrir.

Un poco de observación demuestra que no es el caso.

Parece que efectivamente existen, en el seno mismo del tiempo, muchas excepciones a su transcurrir universal, y la infancia nos da algunos ejemplos. Hay recuerdos antiguos que vuelven intactos y se hacen presentes: escenas, imágenes, sensaciones que se presentan, de pronto, llegadas de no se sabe qué túnel del tiempo. Pertenecen a veces al futuro, ya que no captamos su sentido y su alcance hasta mucho más tarde.

De hecho, en cuanto escrutamos esos encabalgamientos temporales, esas idas y vueltas entre pasado, presente y futuro, nos convencimos rápidamente de la existencia de varios tipos de temporalidades, lo cual es relativamente fácil de concebir, pero también de la existencia de un «fuera del tiempo», que es mucho más difícil, por no decir imposible, de comprender.

¿Fuera del tiempo? Ahí se encuentra, en primer lugar, todo aquello que no experimenta la temporalidad, que se mantiene fuera de sus flujos, que parece no estar inmerso en ellos. Las cosas, en su totalidad, están en este caso. Pero sin duda también, de forma más extraña, una parte secreta, pero tal vez esencial de nuestra conciencia. Estamos tan acostumbrados a la temporalidad, a la conciencia permanente del tiempo, la creemos tan consustancial a nuestra propia existencia, que prestamos muy poca atención a lo que nos hace vivir otra dimensión, fuera del tiempo.

Todos hemos observado, sin embargo, que los niños tienen muy poca conciencia del tiempo. Saber cuántas horas dura un juego, un espectáculo, una actividad cualquiera, discernir claramente la mañana de la tarde, el antes y el después, anticipar el momento en el que hay que salir, el momento en que se llega, evaluar los trayectos, las agendas, los horarios, son siempre actividades de adultos. Los niños, sin excepción, no saben nunca cuándo se llega, ni cómo pasa el tiempo, ni cuánto duran los días.

Porque están sumidos en sus juegos, sus sensaciones o sus sueños. Ahora bien, estas actividades, aunque impliquen procesos temporales (antes, después, etc.), no están principalmente impregnadas de una conciencia del tiempo. Al contrario, todos confesamos «no darnos cuenta del tiempo que pasa» cuando jugamos, cuando estamos absortos en nuestras sensaciones o en nuestro imaginario, felices, ociosos, cautivados.

Ver difuminarse la conciencia del tiempo, sentir que uno se sumerge en la parte baja de la temporalidad, tal vez salirse de ella totalmente, son situaciones bastante corrientes, al fin y al cabo.

De no ser así, no sería posible recomenzar desde el principio, renovarse, reiniciar o refrescar la mirada. El asombro —detonante del espíritu de la infancia, punto de partida de la filosofía, gesto inicial de toda creación— implica en cierta forma salirse del tiempo, romper con la sucesión de los instantes. Algo parecido a un atajo, un pasaje por otro lugar, un estar fuera.

El espíritu de la infancia está ligado a una modificación del eje temporal. No a su pura y simple abolición, no a una salida del tiempo total y absoluta. Esas son fantasías imposibles. Solo unas afirmaciones paradójicas, más o menos sesgadas, pueden evocar esa torsión.

En lugar de imaginar rígidamente el tiempo por un lado y su afuera por otro, en lugar de oponer esquemáticamente tiempo y fuera del tiempo, duración y eternidad, habría que representar la existencia, dentro del flujo temporal, de un vacío que se le escapa. Un afuera en el interior, otra dimensión, situada sin que lo sepamos en lo conocido, o en lo que creemos conocer. Una diagonal del tiempo, en cierto modo, ni temporal, ni temporalizada, ni temporalizable. Una dimensión que, dentro del tiempo desde determinado punto de vista, se sustraería totalmente a él desde otro punto de vista.

Por ejemplo: cuando miras un paisaje, una película o un espectáculo, las imágenes se suceden y son contempladas durante cierto lapso de tiempo, pero la mirada misma está en parte fuera del tiempo. Tienes conciencia de ver una cosa durante mucho rato, o poco, pero esa temporalidad nunca se refiere a tu mirada. Así, los flujos (sensaciones, emociones, pensamientos) son todos sucesivos, temporales. Cronometrables, por así decir. Sin embargo, en el seno de esa mirada de deseos y percepciones, es como si hubiese una forma de conciencia permanente, fuera del tiempo, inalterable e inmóvil. No commensurable.

Porque el espíritu de la infancia se mantiene transversalmente en el tiempo, no es ni joven ni viejo, ni está al principio ni al final. Ni siquiera tiene pasado ni futuro. No está por encima del tiempo, lo domina o lo mira desde fuera, desde un punto de vista exterior, porque esto a los humanos nunca les es dado de manera franca y plena. Lo que ocurre más bien es que se sustrae al tiempo, que escapa y se le resiste, aunque se halle totalmente inmerso en él.

Los niños tienen edades; el espíritu de la infancia, no. Niños, adolescentes, adultos y ancianos se inscriben en el tiempo. Crecen y declinan, nacen y mueren. El espíritu de la infancia, por su parte, permanece inmutable. Inalterable.

Es irrepresentable, desde este punto de vista. Pues no podemos salir del tiempo sin escapar del espacio de la representación. Ni sin poner en cuestión la individuación. Esa es otra historia. Nos está esperando y será la última. O casi.

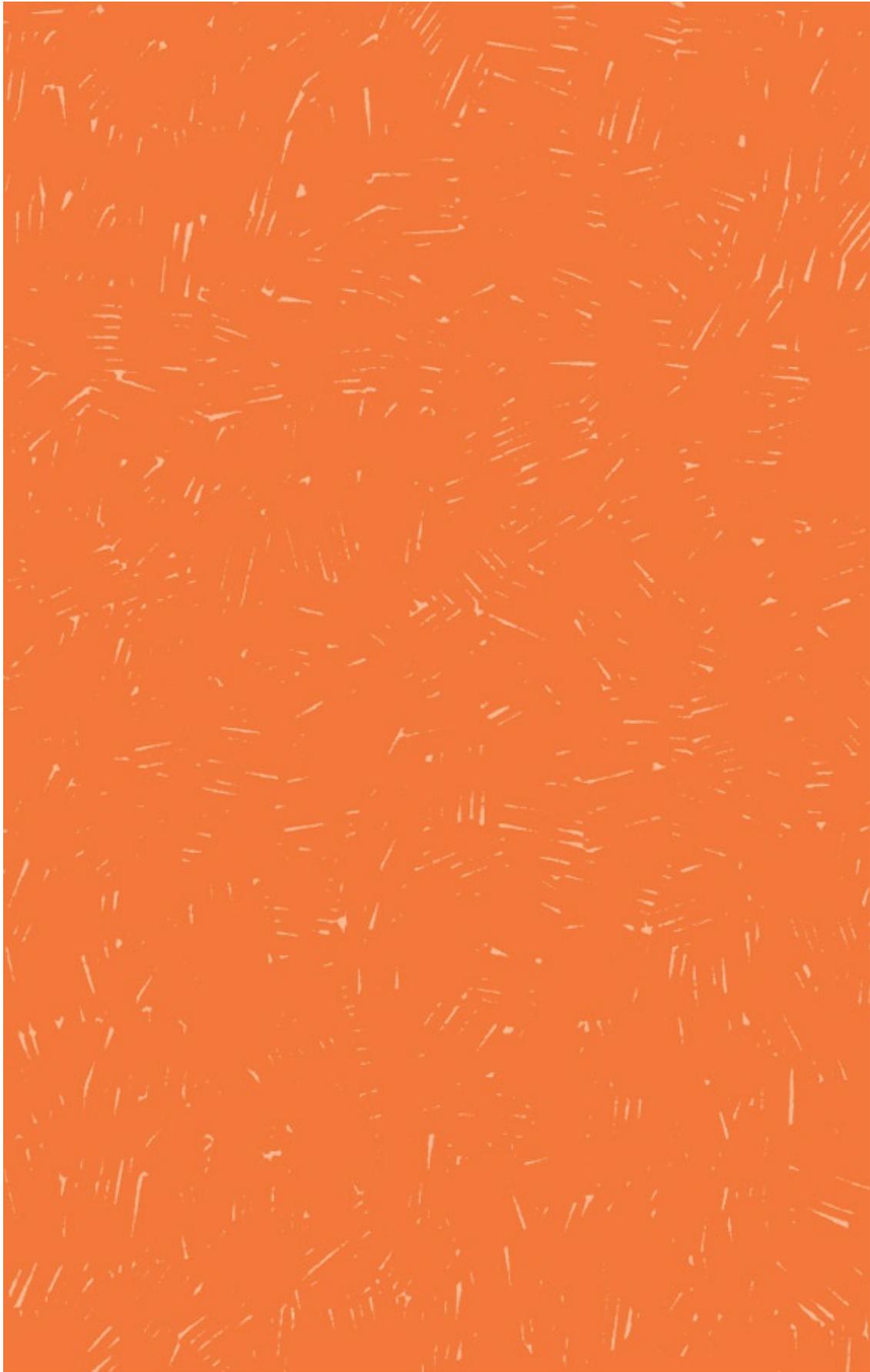
El individuo es relativo en dos sentidos: porque no es todo el ser, y porque resulta de un estado del ser en el cual no existía ni como individuo ni como principio de individuación.

Gilbert Simondon

La individuación a la luz de las nociones de forma y de información

Extraerse de sí mismo





El Zorro

Vivir como un justiciero enmascarado no es cómodo. Yo de eso sé algo... Fui el Zorro durante años.

No sabría decir exactamente qué fue lo que me conquistó del personaje. El antifaz negro, probablemente. También el fino bigote, sin duda. Evidentemente la capa, el sombrero, la espada. Sin olvidar las espuelas que luce en sus botas resplandecientes, aunque también sean negras.

Pero sobre todo la astucia al servicio del bien. El Zorro o la transgresión virtuosa. Proscrito, rebelde, sí, pero para que triunfe el bien, para desbaratar los complots de los malos, defender la justicia, amparar a la viuda y al huérfano, y si se da el caso al viudo y a la huérfana.

Y al final dejar con tres estocadas la «Z» de su firma en la pared de un granero, en el tapiz de un castillo, en el sofá de un salón.

Clase, estilo. Nobleza, valor. Y también misterio. Negro por fuera, luminoso por dentro. En definitiva, lo contrario de los hipócritas malos, de los supuestamente honrados.

Pero no necesariamente simpático. Vengador, retorcido cuando hace falta. Amenazador a veces, capaz de tender trampas, de despertar miedo, de emplear la violencia. Siempre por una buena causa, por supuesto, pero de todos modos...

Ser el Zorro exigía fuerza, constancia, determinación. Había que ser decidido, magnánimo cuando la ocasión lo justificaba, implacable si era necesario. Había que desenmascarar a los traidores, desbaratar sus estrategias, descubrir sus mentiras. Y no perder la capa, y ver a través de la máscara, manejando el látigo, la espada, el Colt y la carabina, y a la vez cabalgando al galope. Era cautivador. Pero la vida de los héroes tiene sus servidumbres.

Por no hablar de los verdaderos momentos de dificultad.

Al final de una larga persecución, de varios duelos y de un combate agotador, el Zorro victorioso volvía un día del salón para ir a ver a su madre a la cocina.

«¡Ah!... ¡Aquí está mi Zorrillo!», dijo su madre.

Era cariñoso, él lo sabía. Pero de todas formas le incomodó... Por inoportuno, irrespetuoso, irritante.

Lo más difícil era que el héroe no sabía cómo vengar esa afrenta.

Ejercicio

de salvajismo

Basta con muy poco para que explote. ¿Qué cosa? El lado salvaje.

En principio, eres educado/a, civilizado/a, normalizado/a. No descuartizas a tus vecinos para comértelos, o para echarlos a los perros. El espectáculo de la agonía de tus semejantes no te provoca placer. En general, no te gustan demasiado la sangre, los gritos de dolor, ver sufrir... En resumen, eres más o menos como todo el mundo.

Como todo el mundo también, no puedes estar seguro/a de lo que harías en circunstancias particulares. Bajo el efecto del alcohol, de ciertas drogas, protegido/a e incitado/a por una ideología que justifica el asesinato, en una sociedad convertida en caótica, en situaciones de guerra, de disturbios, de linchamientos... ¿Estás realmente seguro/a de que no matarías, harías sufrir y te complacerías en ello?

No digo que sea ineluctable, ni que todos seamos verdugos. Ni que los monstruos en el fondo sean gente como tú y como yo, que se ven inmersos en situaciones límite. La realidad es mucho más compleja. Algunos son sólidos, otros no. Algunos son sádicos, otros no. Pero ¿quién lo sabe de antemano?

Simplemente afirmo esto: no tienes ninguna certeza en cuanto a tu propio salvajismo. Podría ser que resistieras victoriosamente, e incluso sin esfuerzo, sin tener que decidirlo. Como una evidencia. También podría ser que un maremoto te sumergiera, que cedieran los diques, que te encontrases siendo bárbaro entre los bárbaros. Yo no lo sé. Tú tampoco. Es lo que te sugiero que medites.

Porque esa incertidumbre cambia el paisaje. No el de la moral ni el de la política. Lo que es crucial, me parece a mí, son las relaciones entre *fuera* y *dentro*. Las circunstancias «exteriores» (la historia, los acontecimientos, un traumatismo) pueden alterar tu comportamiento íntimo. Pero esa primera evidencia no basta. Esa alteración es posible únicamente porque determinado exterior reside ya en tu interioridad: algo inhumano en tu humanidad, algo salvaje en tu civismo.

«Esto me ha puesto fuera de mí», se dice a menudo. Seguro que lo has dicho alguna vez, sin pensar. Trata de analizar lo que implica esa expresión. Sin duda, verás que para que a uno puedan ponerlo «fuera de sí» es necesario que ya sea en parte exterior a sí mismo estando dentro. Si no fuera este el caso, nada jamás podría hacerte «salir» de ti mismo.

Pregunta subsidiaria: ¿los niños están «en sí mismos» o «fuera de sí»? ¿Cuándo entran?

¿El espíritu de la infancia está en nosotros? ¿Fuera de nosotros? ¿Las dos cosas?

El espíritu de la infancia no es inocente

¿Angelical o demoníaco? Es la pregunta dominante, a propósito del espíritu de la infancia en la historia de Occidente. Lo acechan dos catástrofes, simétricas e inversas. Todo bien o todo mal. Paraíso o infierno. Luz celestial o tinieblas exteriores. Y las dos cosas tienen consecuencias incómodas.

Si consideras el espíritu de la infancia como el país de la inocencia, te amenaza el buenismo, que es la enfermedad infantil del angelismo. Corres el riesgo de atribuirle solamente candor innato y ternura uniforme, so pena de permanecer ciego a su violencia, y hasta a su crueldad.

Si pasas a la otra vertiente y conviertes el espíritu de la infancia en el gran refugio del mal, la fuente de las primeras ruindades, te expones al satanismo, a la barbarización, a la desmesura barata. Al ver solo lo inhumano, te pierdes la banalidad del bien, el buen corazón sencillo, las lágrimas de la empatía.

Naturalmente, hay que intentar pensar las dos vertientes a la vez, su oposición, su coexistencia y su tensión. Y ello es tanto más difícil cuanto que una larga historia no ha cesado de instarnos a escoger entre ambas representaciones. Ya sea la inocencia, ya sean los maleficios. O bien la perfecta pureza o bien la perversidad total. Aquí, el espíritu de la infancia intachable, virginal, incorrupto, encarnación de las mañanas del mundo. Allí, la gran reserva de máquinas mortíferas, de pulsiones destructoras y caóticas, sin freno.

Habría que escribir la historia de ese enfrentamiento, explorar sobre todo la complejidad de esas torsiones, que han conducido en especial a ver el mal en la inocencia misma, a distinguir detrás de unos rostros angelicales unas almas de demonios. Esa carne que acaba de nacer, que no habla, que apenas piensa, que todavía no es capaz de querer y menos aún de decidir, esa carne que no ha hecho nada, ha habido que reconocerla ya como pecadora, como culpable, suponer que había cometido una falta ya antes de vivir... ¡Admirable corrupción de la inocencia! Si no fuera obscena y enfermiza, ¡habría que declararla genial! Porque instaura un mundo sin más salida que la salvación cristiana. Justifica el imperio absoluto, la dominación total y, por tanto, totalitaria.

Estas aventuras de la inocencia y del pecado pasan también por Rousseau, que le da la vuelta a la idea de una culpa original, convierte la infancia en el paraíso de la vida, la voz de la naturaleza, el mundo aún virgen de toda corrupción social. Desprovista de hipocresía, de cálculo, de egoísmo, la infancia solo se guía, según Rousseau, por la compasión, la justicia y la equidad.

Ese mito de la «buena infancia», hermano gemelo del mito del «buen salvaje», Freud lo destruyó por completo. El niño ya no es ese dechado de dulzura y de inocencia. Resulta ser un «perverso polimorfo», presa de los placeres, las pulsiones voraces, los proyectos de asesinato. Casi hemos olvidado hasta qué punto, en su tiempo, fueron escandalosas esas afirmaciones. Hablar de sexualidad infantil, de deseos de incesto, de posesión del cuerpo materno, de zona erógena... Toda esa parafernalia que hoy resulta banal, que se enseña en las facultades, constituía una profanación intolerable de la inocencia. El espíritu de la infancia debía permanecer fuera del sexo, del deseo, de las ambivalencias del psiquismo. De lo contrario, era profanado, calumniado, pisoteado.

Mi proyecto no es esbozar esa historia de la inocencia y sus sombras. Si evoco aquí sus oscilaciones es para subrayar que ahora ya parece que no tengan objeto. Hemos integrado, desde hace tiempo, la coexistencia de esos dos polos. Sabemos que la infancia es una moneda que tiene dos caras, capaz de candor absoluto y de extrema violencia, de generosidad profunda y de dominación autoritaria. La vemos a la vez angelical y demoníaca, clara y sombría, transparente y opaca. Sabemos, o creemos saber, que es al mismo tiempo inocente y perversa.

Pero nos cuesta concebir esa coexistencia paradójica. Nos cuesta representarnos esa combinación de atributos contrarios. Y olvidamos plantear esta pregunta: ¿podría el espíritu de la infancia no ser inocente ni culpable, ni bueno ni malo?

Si considerásemos que el espíritu de la infancia no es bueno ni malo, ni bárbaro ni angelical, ni perverso ni santo, eso debería conducirnos a la idea de que no reside realmente en sí mismo. Que siempre está, en parte, fuera de sí. ¿Qué significa esto?

Volvamos, como siempre, a los niños reales. Para extraer una lección de sus comportamientos, lo primero que hay que hacer es observarlos. Ahora bien, generalmente los niños están «fuera» de sí mismos. Están en lo que hacen, en lo que pasa. Puede tratarse de sonidos, de sabores, de juegos, de miedos o de alegría. Lo que les importa es lo que viven, lo que sienten, lo que hacen. Concentrados totalmente en lo que pasa y en aquello en lo que están participando, se hallan inmersos en esos dispositivos, más que acorralados en sí mismos, emparedados en una subjetividad cerrada.

Desde este punto de vista, hacerse adulto obedece claramente a un principio de atrincheramiento constante. El crecimiento parece decir: «Entre el mundo y tú, construye una barricada, fortifica una coraza. Separa, metódicamente, el dentro y el fuera. Procura reforzar la armadura, elimina las brechas».

Lo que caracteriza hacerse adulto es la retirada a una interioridad protegida, el repliegue a un interior cerrado, a una subjetividad estable. Distinguir bien el yo del exterior. Evitar, si es posible, encontrarse «fuera de sí», y en todo caso jamás sin protección, sin control, sin límite.

Sería absurdo negar las ventajas y los beneficios de ese dispositivo. Si el sujeto no es para sí mismo un punto fijo, naturalmente hablamos de locura. Si la interioridad no está protegida y construida, si su paisaje interior no es relativamente constante, reina el caos.

Mi opción no es el elogio de la vida convulsiva. Lo considero irresponsable y peligroso. No creo por tanto que haya que «salir de sí» a toda costa y sea como sea. Rechazo el principio del vagabundeo absoluto, exactamente igual que desconfío del fantasma de una eternidad completa. En cambio, creo que es posible y útil jugar con este fuego, extraerse de uno mismo como nos extraemos del tiempo, de forma parcial, tangencial, o asintótica.

El espíritu de la infancia cultiva una línea del afuera en el corazón de la interioridad. Conserva viva esta intuición: en el seno de lo íntimo, de lo más personal, uno está en el exterior. Al igual que supone en el seno del tiempo un afuera del tiempo transversal, supone en el seno del sí un afuera del sí que perdura. Esa exterioridad interna es lo que permite extraerse de uno mismo, al menos parcialmente, temporalmente. Fugazmente.

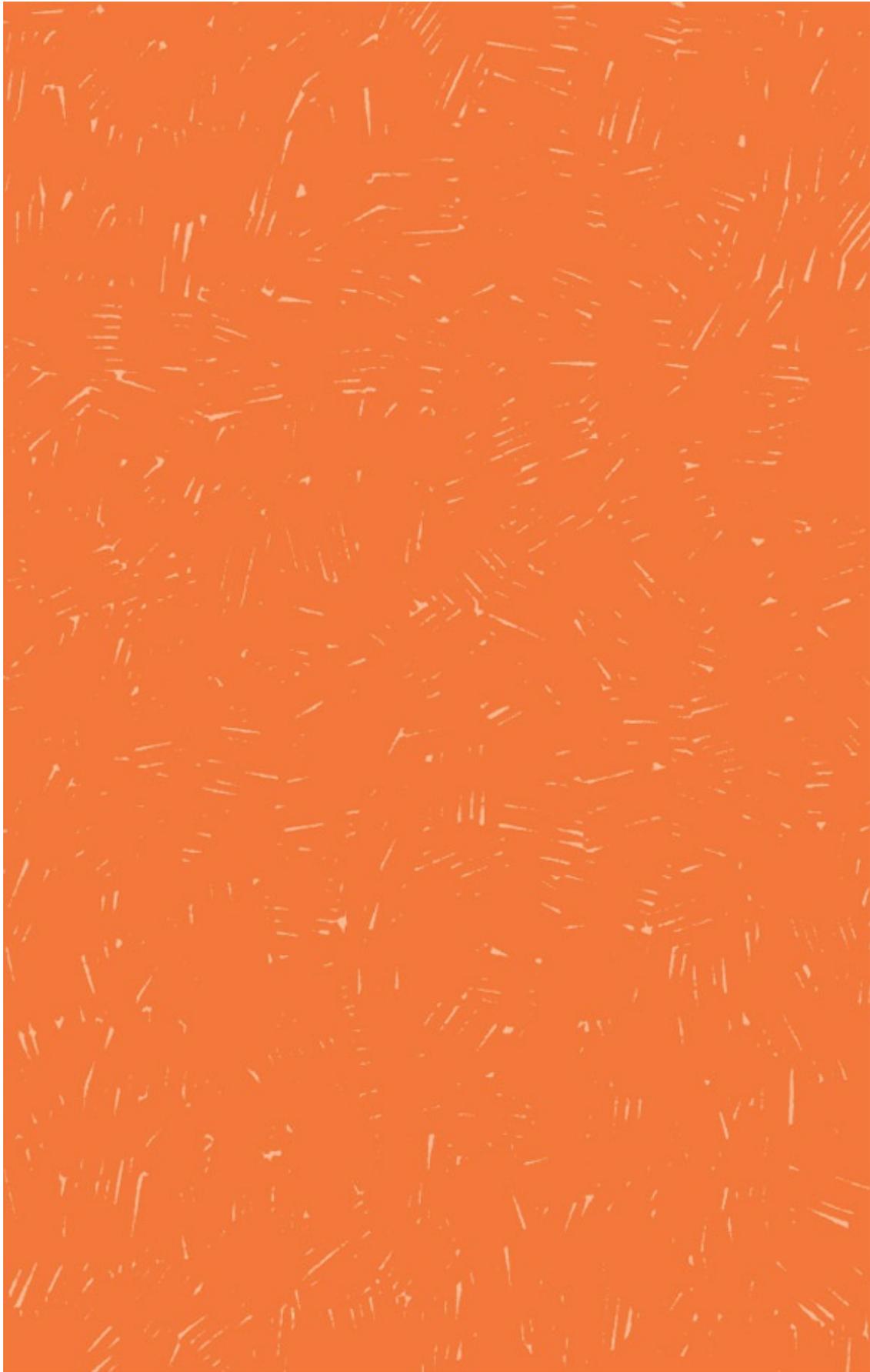
Así escapamos tanto de la inocencia como de la culpabilidad. A veces.

El camino que sube y el que baja son el mismo.

Heráclito
Fragmento 60

Epílogo





El arte del desequilibrio

Cuando uno ha vislumbrado el espíritu de la infancia, comienza todo.

Encontrarse estimulado, impulsado, incitado por él a dar siempre un paso más, alternativamente turbado y tranquilizado, es lo único que cuenta. Si el espíritu de la infancia no fuera más que un juego de la inteligencia, una distracción para los poetas y un rompecabezas para los lógicos, no valdría la pena detenerse en él. Lo esencial es lo que podemos hacer. Sus usos, su alcance práctico, su utilidad.

Pero ¿cómo proceder? ¿Se puede caminar en esa región desconcertante, vivir en el país de los contrarios? La infancia se ha revelado como pasada y permanente, presente y ausente, muda y charlatana, grave y loca, alegre y seria, juguetona y desesperada, temporal y fuera del tiempo, inmóvil y en movimiento, en nosotros y fuera de nosotros, cercana y ajena... ¿Cómo permite todo eso actuar, vivir y crear?

El espíritu de la infancia podría no ser más que una máquina de paradojas. En las palabras habita el silencio; en la inteligencia, la ineptitud; en el saber, la ignorancia; en el juego, la seriedad (e inversamente); en las lágrimas, la risa (e inversamente); en el tiempo, el «fuera del tiempo»; en el yo, el «fuera de mí». Eso, sin duda, da que pensar.

Primero, haciéndonos comprender que lo que es «otro» está dentro de nosotros y no fuera. La extraña memoria que cada uno conserva de su infancia permite entrever esa presencia en nosotros de lo que es otro. Generalmente, nos acordamos de nuestros viajes, nuestros encuentros, nuestros amores, nuestros empleos, nuestras principales acciones, nuestras decisiones y grandes emociones. Más o menos, según nuestra edad, según la calidad de nuestra memoria o la intensidad de los hechos. Los recuerdos son vivos, confusos o fragmentarios. A pesar de todo, el hilo de lo que hemos vivido está en su conjunto a nuestra disposición.

En cambio, nuestros años de infancia están fuera de lo que nos es accesible. Son un espacio en blanco. De ese tiempo tan largo, tan esencial, que vivimos tan intensamente, no queda nada. O muy poco. Pedazos, bloques. Recuerdos aislados, la mayor parte reconstruidos, transformados y deformados. Escenas, olores, imágenes, objetos. Sonidos, ambientes, sabores. Rostros, emociones. Pero fragmentarios, dispersos, aislados. Nada que se articule en una continuidad compacta, en un movimiento constante. Nada que componga realmente una melodía o un relato. Las imágenes del álbum no constituyen una película.

Y, sin embargo, esa memoria llena de lagunas no es un olvido total. Todos conocemos la turbación de encontrarnos de pronto con un pasado que resurge no sabemos de dónde, y que inmediatamente reconocemos, familiar y poderoso. Una casa,

un jardín, la esquina de una calle, un patio... No habíamos vuelto nunca, no lo habríamos recordado, creíamos ignorarlo totalmente. De pronto, «eso» se impone como algo reconocido, evidente, familiar. Esa memoria ausente-presente constituye una cara del otro en nuestro interior, la constatación más simple de la presencia de un «afuera» dentro de lo que llamamos «nosotros».

¿Y eso nos hace vivir?

No basta subrayar que las paradojas del espíritu de la infancia también son fuerzas motrices. Sin duda, siempre es útil recordar estas evidencias olvidadas: el silencio hace hablar, la ignorancia hace buscar, una parte de sinrazón estimula la reflexión, una parte de juego sostiene la seriedad, la eternidad intensifica el instante, el olvido de uno mismo suscita el descubrimiento del mundo, etc. Es importante, pues, subrayar que el espíritu de la infancia, que al principio desconcierta, también es estimulante, fructífero y fecundo. Pero todavía nos falta una regla para su buen uso.

Es la siguiente: solo un desequilibrio permanente hace avanzar. Esta regla forma parte de las pocas certidumbres que poco a poco he ido adquiriendo.

Para caminar, físicamente, para avanzar erguidos, poniendo un pie delante del otro, debemos desequilibrarnos, esbozar una caída y recuperarla, provocar otra e interrumpirla... indefinidamente.

Para pensar, el proceso es el mismo: hay que desestabilizar las certidumbres, hacer que se tambaleen las evidencias, que vacilen las verdades establecidas, y luego salvarlas, recuperarlas de otra manera antes de ponerlas de nuevo en entredicho, indefinidamente.

No se camina ni se piensa sin un desequilibrio mantenido, controlado y constantemente renovado.*

Tampoco hay acción sin desequilibrio. Actuar implica abandonar la inmovilidad, asumir riesgos, exponerse a los peligros de la incertidumbre, de la decepción, del posible fracaso.

Vivir consiste en una ruptura del equilibrio. Restablecida y reiterada, indefinidamente. El buen uso del espíritu de la infancia es mantener ese desequilibrio. De muchas maneras: perturbando la palabra por el silencio, el silencio por la palabra, la lógica por lo ilógico, el sentido por el sinsentido, la seriedad por el juego, la fría lucidez por las emociones, sacudiendo la inmovilidad con el movimiento, el tiempo con la eternidad, el yo con el afuera...

Pero ese desequilibrio no puede bastarse a sí mismo. Debe ser perturbado a su vez, es decir, reequilibrado, puesto en tensión con aquello que ha de impedir que se transforme en una caída o un naufragio, pues el riesgo de semejante destrucción es permanente.

El arte del desequilibrio reside todo él en el movimiento de desestabilización y de restablecimiento. No se trata, por lo tanto, de un desequilibrio sin retorno. No se trata de considerar que sería bueno volverse «desequilibrado», caer en el mutismo, la locura y el

caos. Sino de aprender a rozarlos, de descubrir cómo sentirlos cercanos; saberlos finalmente siempre presentes y posibles me parece indispensable para avanzar.

Este arte del desequilibrio supone, pues, caminar con un pie en el espíritu de la infancia y el otro en el espíritu de la madurez. El espíritu de la madurez es racional, lógico y realista. Sabe sopesar las cosas, tener en cuenta las realidades. Pero a menudo es triste, siniestro y austero, a fuerza de ser únicamente serio. Podemos considerarlo como excesivamente sereno, reticente a los sueños y a los delirios, alérgico a los entusiasmos. En las antípodas, el espíritu de la infancia, poblado de ángeles y monstruos, no se pertenece, no se controla a sí mismo, sino que no cesa de jugar, de inventar y de emocionarse.

La filosofía es el reino del espíritu de la madurez. Siempre ha procurado que los «otros» de la razón —el estupor, la posesión, los éxtasis, la intuición, entre otros— quedasen fuera, mantenidos firmemente al margen. Para que el filósofo lograra vivir bajo el control integral de la razón, había que condenar al ostracismo a los niños, pero también a sus semejantes (las mujeres, los salvajes, los locos, los esclavos, los bárbaros, los poetas), todos sospechosos de una misma carencia de racionalidad, todos con fama de incontrolables, todos presas de sus afectos, deseos y pasiones, todos del lado del cuerpo, de la animalidad, de lo bestial y lo bajo. En definitiva, todos irresponsables y peligrosos. Por lo tanto, unos seres que había que dominar, y transformar.

Así pues, el filósofo era necesariamente adulto, pero también, «por consiguiente», varón, civilizado, lúcido y templado, guiado únicamente por la verdad. Su modo de vida implicaba construir una fortaleza para que nada, jamás, pudiera penetrar en ella, ni el espíritu de la infancia ni cualquier otra cosa que pudiera parecerse. Bajo ninguna forma. En ningún caso. Bajo pena de muerte. O de derrota por caos.

Hoy debemos perturbar esa serenidad cerrada, recordar que los otros y las figuras de afuera ya están en nosotros, constitutivamente. El desequilibrio que nos es indispensable para avanzar no se origina por la diferencia entre nuestra fortaleza interior y el mundo de afuera. El origen del desequilibrio está en nosotros, porque el afuera, los otros, el exterior, también están dentro de nosotros.

Si queremos avanzar, si simplemente queremos vivir de verdad, debemos alternar, paso a paso, entre el espíritu de la infancia y el espíritu de la madurez, escogerlos ora el uno, ora el otro, equilibrarlos y desequilibrarlos constantemente el uno mediante el otro.

No se trata, pues, de vivir según el espíritu de la infancia siempre, en todas partes y en todas las circunstancias. Sería sin duda una vida más insoportable aún que la indiferencia de los sabios y la paz plana de la dictadura de la razón.

El arte del desequilibrio consiste en vivir con el espíritu de la infancia tanto como en contra de él, para avanzar gracias a sus fuerzas sin que estas nos desvíen. Más o menos como navegando contra el viento.

Escuchar en una frase lo no dicho tanto como lo que se dice, discernir en una tragedia lo que es cómico, detectar en una deducción lo que es arbitrario, sentir en el tiempo lo que no pasa, percibir en lo humano lo inhumano..., son puntos de referencia para balizar el espíritu de la infancia.

No para detenerse en él definitivamente. Ni para fijar el movimiento de la marcha, del pensamiento, de la vida. Para relanzarlo, al contrario, para intensificarlo y prolongarlo sin cesar.

El espíritu de la infancia, por lo tanto, no es un refugio. Habla en cierto modo del envés del mundo, no para que nos perdamos en él, sino para que encontremos, inagotablemente, impulsos, asombros y recursos.

Estos son los primeros principios. Ahora cada uno, siguiéndolos, debe inventar día tras día sus itinerarios.

Pictogramas

¿Sal? Una nube de puntitos. Pimienta, pimienta, ¿cómo lo hago? Otra nube, pero de puntos más negros, un poco más grandes, para no confundirlos.

Tenía que dibujar también, como podía, a toda velocidad, cacerolas de diferentes tamaños, cucharas pequeñas y grandes, pescados o verduras, un tarro de nata, o mantequilla...

Aún no tenía cinco años, me encantaba la cocina y no sabía escribir. Había inventado por lo tanto esta misión imposible: anotar para mi madre, con dibujos, las recetas que Raymond Oliver daba por televisión.

La pantalla era pequeña, en blanco y negro, con unos bordes redondeados, pero el chef era simpático, gracioso, divertido, y Catherine Langeais me caía bien.

Anotar una receta un poco larga sin saber escribir no es nada fácil. Con la sal, la pimienta, los ingredientes y los utensilios, más o menos sales del paso. Pero dibujar «dejaremos hervir a fuego vivo el rodaballo un cuarto de hora» ya es más difícil. Por no hablar de operaciones delicadas, como «pelar las cebollas debajo del chorro de agua fría, cortarlas en juliana y hacerlas sudar en la cazuela» o bien «destapar al cabo de cinco minutos».

A los cinco minutos sudaba tinta a fuerza de estrujarme los sesos para inventar cantidad de signos, de jeroglíficos y de pictogramas insólitos. Creaba un sinfín de garabatos que debía ser capaz de retraducir oralmente antes de olvidar su significado.

Porque esos caracteres salvajes solo tenían una finalidad: poder contarle la receta a mi madre. Sin la ayuda de esas notas yo no podía memorizarlo todo. Pero si tardaba mucho en leer mis grafitis ya no podía recuperar su sentido.

Me hallaba, pues, en una situación inestable y precaria, prisionero entre el miedo a dejarme algún elemento de la receta, la preocupación de no lograr simbolizar todos los ingredientes, gestos e instrucciones, y la inquietud de no lograr descifrar los signos que inventaba.

Esa escritura tenía como motor la afición a la comida y a los fogones, el inextinguible deseo de sabores infinitos. Las huellas que quedaban eran unos dibujos aproximados, inseguros, inventados sobre la marcha. La lectura posterior era aleatoria, nunca estaba seguro de que los signos trazados pudieran restituir lo que pasaba en la cocina.

Eso fue hace mucho tiempo. Desde entonces he escrito miles de páginas. A pesar de todo, cuando lo pienso, no veo que haya cambiado nada.

Notas

*En francés, *pêcheurs* (pescadores) y *pécheurs* (pecadores) suena igual. Lo mismo que *grâce* («gracia») y *grasse* («entrañas») que se mencionan en el siguiente párrafo. [*N. de la T.*]

* *Sin familia* es una novela del francés Hector Malot publicada en 1878; Gavroche y Cosette son dos personajes de *Los miserables* (1862), la novela de Víctor Hugo. [N. de la T.]

*He desarrollado este tema en *Comment marchent les philosophes*, Paulsen, 2016.

Volver a ser niño
Roger-Pol Droit

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Esprit d'enfance*

© Odile Jacob, 2017

© de la traducción, Núria Petit Fontserè, 2018

Diseño e ilustraciones de la cubierta y del interior: © Carlos Cubeiro

© de todas las ediciones en castellano,
Espasa Libros, S. L. U., 2018
Avda. Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona, España
Paidós es un sello editorial de Espasa Libros, S. L. U.
www.paidos.com
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): enero de 2017

ISBN: 978-84-493-3418-4 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.
www.newcomlab.com

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

BIENESTAR



¡Síguenos en redes sociales!



Índice

Sinopsis	5
Portadilla	6
Cita	7
Antes de empezar	8
Desbrozar	9
La bola de cristal	12
Ejercicio de definición	13
Lo que yo llamo el espíritu de...	15
No sabes hablar	22
La mica	25
Ejercicio de observación	27
El espíritu de la infancia no habla...	28
Hablar sin saber	32
Las Termópilas	35
Ejercicio de inatención	37
El espíritu de la infancia habla...	38
Desvariar	41
La trementina	44
Ejercicio de ilogismo	45
El espíritu de la infancia desvaría y...	46
Jugar sin fin	48
Maillot	51
Ejercicio de desapego	53
El espíritu de la infancia juega...	54
Emocionarse siempre	59
Kodak	62
Ejercicio de emoción	64
El espíritu de la infancia ríe-llora	65
Entontecerse divinamente	69
La salvación del ángel	72
Ejercicio de incompreensión	74

Inepto como Dios	75
Vagabundear siempre	79
El metal rojo	82
Ejercicio de movilidad	83
El espíritu de la infancia es...	84
Reiniciar	87
Disolvente	90
Ejercicio de refrescamiento	92
El espíritu de la infancia es...	93
Extraerse del tiempo	97
Los budas	100
Ejercicio de eternidad	102
Lo exterior al tiempo reside en él	103
Extraerse de sí mismo	106
El Zorro	109
Ejercicio de salvajismo	110
El espíritu de la infancia no es...	111
Epílogo	114
El arte del desequilibrio	117
Pictogramas	121
Notas	123
Créditos	127
¡Encuentra aquí tu próxima lectura!	128